PIETRO UBALDI

LA LEY DE DIOS

TRADUCCIÓN DEL ORIGINAL PORTUGUÉS:

NÉSTOR IVÁN GUERRA BOSCÁN

ÍNDICE

PREFACIO……..…… 5

I. NUEVOS CAMINOS…….…… 9
II. SEPARATISMO RELIGIOSO……..……13
III. EL PROBLEMA DEL DESTINO…….. 17
IV. EN ARMONÍA CON LA LEY…….. 22
V. LA INFALIBILIDAD DE LA LEY……... 26
VI. A LA PROCURA DE LA FELICIDAD……..……31
VII. CAMBIO DE PLANOS……..36
VIII. LA TRANSITORIEDAD DEL MAL Y DEL DOLOR……. 40
IX. DE LAS TINIEBLAS A LA LUZ…….. 45
X. APARIENCIAS Y REALIDADES…… 50
XI. EL EXTRAORDINARIO PODER DE LA VOLUNTAD……..……... 55
XII. EL EDIFICIO DE LA EVOLUCIÓN…… 60
XIII. EL FUNCIONAMIENTO DE LA LEY…… 64
XIV. LA ESCUELA DE LA VIDA……69
XV. EN BUSCA DE LA FELICIDAD…….…….…… 74
XVI. DEL SEPARATISMO A LA UNIÓN……...……79
XVII. LA REALIDAD DE LOS INSTINTOS……..……... 83
XVIII. LA MUSICALIDAD DE LA LEY……...……..88
XIX. EL FRACASO DE LA ASTUCIA……...…….. 93
XX. LA JUSTICIA DE LA LEY……..…… 99
XXI. EL EVANGELIO Y EL MUNDO……..……103
XXII. LA NECESARIA JUSTICIA DE LA LEY……..…….. 108
XXIII. LA CONQUISTA DEL PODER Y LA JUSTICIA SOCIAL……..….. 112
XXIV. LA LEY APLICADA A LA HISTORIA……... 116
XXV. LA EVOLUCIÓN DE LA HISTORIA…….…….…… 121
PIETRO UBALDI Y SU OBRA…….139

INSTITUTO PIETRO UBALDI DE VENEZUELA

www.ubaldi.org.ve

info@ubaldi.org.ve

PREFACIO

Los capítulos de este libro constituyen una serie de 24 conferencias públicas realizadas en Radio Cultura de San Vicente todos los domingos, en el período del 17 de Agosto de 1958 al 8 de Febrero de 1959, teniendo por eso, algunas veces, el carácter de una conversación. Al mismo tiempo, ellas fueron publicadas en el periódico El Diario de Santos. Presentamos ahora, aquí reunidas, esas conferencias. Ellas continúan desenvolviendo siempre más los conceptos que fueron expuestos en nuestros dos libros *La Gran Batalla* y *Evolución y Evangelio*, volúmenes 15 y 16, que pertenecen a la Segunda Obra, escrita en Brasil. La primera, de 12 volúmenes, fue escrita en Italia. Se trata del estudio y aplicación de la Ley de Dios, para que sepamos, realmente, cómo orientar nuestra propia vida.

En el libro *El Sistema* (Génesis y Estructura del Universo) fueron presentadas las teorías básicas de la vida, su formación y funcionamiento. En los dos referidos libros, *La Gran Batalla* y *Evolución y Evangelio*, entramos en el terreno práctico de las consecuencias y aplicaciones de esas teorías, del control racional y experimental de su verdad. Tuvimos, por eso, que enfrentar el problema de la conducta humana, lo que nos llevó hacia el campo de la ética, que es el tema del presente volumen (*La Ley de Dios*) y del que le seguirá (*Caída y Salvación*). Pero hay una diferencia entre los dos. El primero, que es este que tenemos en las manos, trata el asunto de un modo general, con un lenguaje fácil, accesible, más adaptado para una conferencia por la radio. El segundo, *Caída y Salvación*, enfrenta el mismo asunto de la conducta humana y de la ética, pero de manera diferente, penetrando en profundidad los problemas, alcanzando los pormenores, probando las teorías con demostraciones racionales y poniéndolas en contacto con la realidad de los hechos. Por eso, el volumen 19 volverá a hablar de temas que en este volumen fueron superficialmente esbozados y tratados con un lenguaje diferente, en función de otros puntos de referencia. Podemos hablar así, porque el plano de ese segundo libro ya se está aproximando a nuestra mente, y desde ahora, podemos ver las conexiones que unen los dos volúmenes en el mismo motivo fundamental, que es el de la ética. El aspecto en función del cual es enfrentado este problema en el presente libro es el hombre, como ciudadano de su mundo terreno. Así también, el punto de referencia desde el cual será enfrentado el mismo problema en el libro *Caída y Salvación* es el pensamiento de Dios que, con su Ley, dirige al ser hacia su salvación final. En el primer caso, la ética es concebida mirando hacia la Tierra; en el segundo, mirando hacia el Cielo.

Hasta ahora el problema de nuestra conducta ha sido enfrentado empíricamente por las religiones que de esto se han encargado; de modo que las soluciones que ellas nos han ofrecido se basan sobre principios teóricos axiomáticos, no demostrados, mientras que, en la realidad, muchas veces, aquellas soluciones representan el resultado de ilusiones

psicológicas no controladas y aún no probadas, ciegamente aceptadas, desahogo de instintos e impulsos del subconsciente. La forma mental moderna se ha tornado más culta y astuta. Pretende, por eso, mirar detrás de los bastidores de la fe para ver lo que hay de positivo, tanto más cuando aquella fe implica una vida dura de virtud y sacrificio. El temor genérico de un castigo y la esperanza de una ganancia, sin saber dónde ni cómo, en los cielos que ya la ciencia comienza a explorar y recorrer de verdad, no convencen ya a las conciencias insatisfechas. Ahora que se aproxima el fin de esta civilización, nos encontramos en las mismas condiciones que al final del Imperio Romano, cuando nadie creía ya en los dioses. Como entonces, queda de pie la forma, vacía, sin la substancia. En medio de tantas religiones, ante todo preocupadas por combatirse las unas a las otras para conservar y aumentar su imperio espiritual, el mundo ha quedado substancialmente materialista, apegado sobre todo a sus negocios.

El viejo lenguaje continúa siendo repetido. Pero ya todos están acostumbrados a oírlo y no reparar en él. El mundo ha progresado y se ha vuelto otra cosa. Parece que en los milenios de su vida religiosa, en vez de ser transformado por las religiones al realizar los principios de éstas, el mundo ha aprendido el arte de evadirse de ellas, las astucias de las escapatorias para engañar al prójimo y, si fuese posible, al mismo Dios. Entonces, si los viejos sistemas nada adelantan y si éste es el resultado de ellos, ¿por qué no usar hoy otro lenguaje que sea mejor comprendido? ¿Por qué no apoyarse sobre otros impulsos y mover otras palancas a las cuales el hombre pueda obedecer mejor? ¿Por qué no ver que la vida tiene que ser utilitaria, ofreciéndonos también ventajas cuando pide virtudes y sacrificios?

Fue por eso que nacieron estas conferencias. Con nuestros libros *La Gran Síntesis*, *Dios y Universo* y *El Sistema*, habíamos alcanzado una visión bastante completa de la estructura orgánica del universo. Se trata ahora sólo de deducir de estos principios generales sus consecuencias prácticas, poniéndolos en contacto con la realidad de nuestra vida y verificando si ellos siguen siendo verdaderos también en los pormenores del caso particular. He allí, de este modo, que el problema de la conducta humana fue enfrentado de una forma diversa, es decir, en sentido racional, positivo, lógicamente demostrado, experimentalmente controlable como hace la ciencia, apoyado en los hechos que todos vemos y que así encuentran su explicación. Ha sido posible de este modo llegar a una ética universal, no dependiente de una religión particular, absolutamente imparcial y verdadera para todos, como es la matemática, o la ciencia en general, porque forma parte de la gran Ley que rige todo, que está escrita en el pensamiento de Dios y que podemos ver realizada en los hechos. Llegamos así, en estas conferencias, a una orientación que se sale del terreno empírico de las religiones, para entrar en el positivo de la ciencia, hecho que torna nuestras conclusiones tales que, ellas tienen que ser ponderadas por toda mente que quiera y sepa razonar y por esto acepta la demostración, como si fuera un teorema de matemática.

La novedad e importancia de este punto de vista, sustentado en estas conferencias se basa en los siguientes hechos:

1.- Se trata, como decíamos, de una ética universal que dice respecto a la vida toda, y sigue siendo verdadera en todas sus formas, llegadas a un dado nivel de evolución, en cualquier cuerpo celeste del universo. Por esto, manteniéndose por encima de todos los puntos de vista particulares y relativos, esta ética resulta absolutamente imparcial respecto de las divisiones humanas, porque de ellas es completamente independiente.

2.- Se trata de una ética positiva como es la ciencia, basada en los hechos, una ética que no es sino un capítulo de la Ley que todo rige y que la ciencia estudia en otros de sus aspectos. Ética de efectos calculables, determinística, basada sobre principios absolutos, sin escapatorias, como son por ejemplo la ley de gravitación y las leyes del mundo físico, químico, biológico, matemático, etc.

3.- Se trata de una ética prácticamente utilitaria, que concuerda con el principio fundamental de la Ley, que es la justicia, que es también el deseo del ser; justicia que exige que el sacrificio de la obediencia a la Ley y el esfuerzo para evolucionar, encuentren su recompensa. Ética que corresponde al instinto fundamental del ser, que es el de liberarse del sufrimiento y de llegar a la felicidad. Por eso, se trata de una ética que puede ser entendida y aceptada, porque satisface la forma mental del hombre moderno.

4.- Se trata de una ética racional, lógicamente demostrada, que no se basa en la fe ciega ni en el principio de autoridad o en el terror de castigos arbitrarios y oscuros, sino que convence a quien sepa pensar. Una ética que no admite engaños, porque en ella se puede ver todo claramente: la perfección y la bondad de las reglas, a las cuales tenemos que obedecer y hasta las últimas consecuencias de cada acto nuestro.

5.- Esta ética es el resultado de un sistema filosófico-científico universal que todo abarca y explica desde el principio hasta el fin, sistema del cual esta ética representa un aspecto controlable en sus consecuencias prácticas de la vida común. He allí entonces que estas conclusiones se basan en el valioso apoyo de teorías positivas generales que las sustentan, orientándonos también al respecto de tantos otros fenómenos, de los cuales estas teorías nos ofrecen una interpretación lógica.

6.- Esta ética puede ser sometida a un control experimental en el laboratorio de la vida, con el mismo método positivo de la experimentación que la ciencia usa para controlar la verdad de las otras leyes que ella va descubriendo, y que, todas juntas, al lado de esta ética, constituyen la gran Ley que todo lo rige.

7.- De hecho, las conclusiones aquí referidas han sido sometidas por nosotros que las estudiamos en nuestra propia vida y en la ajena, por medio siglo, a control experimental, que plenamente las confirmaron. Y muchos testigos vieron los hechos que sucedieron.

8.- A fin de cuentas no estamos diciendo nada nuevo, sino repitiendo con otras palabras lo que ya fue dicho en el Evangelio, por las religiones y morales más adelantadas que el mundo posee. De todo esto sólo hemos querido dar una demostración lógica y una prueba experimental. Solamente explicamos la necesidad de tomar en serio para finalmente vivir, lo que el mundo está repitiendo con palabras hace milenios.

9.- Esta ética no solamente nos orienta en el inmenso mundo fenoménico en que vivimos, dirigiendo con conocimiento nuestra conducta, sino que explica lo que está aconteciendo, la razón de los hechos que nos cercan y lógicamente los justifica también cuando no queramos aceptarlos, como en el caso del sufrimiento. Esta ética, respondiendo a nuestras preguntas y ofreciéndonos una solución razonable a los problemas de nuestra vida, ilumina el camino que tenemos que recorrer, de modo que podamos verlo y en él avanzar, no con los ojos cerrados, sino con la ventaja que nos ofrece el conocimiento de la Ley y el convencimiento de su justicia y bondad.

10.- Esta ética responde a una necesidad del momento histórico actual. El Cielo, que fue contemplado, admirado y venerado en la Tierra, pero siempre de lejos, como sueño prácticamente irrealizable, no puede ser apenas teoría vivida por pocas excepciones: debe descender y realizarse entre nosotros. Sería absurdo que los grandes ideales existan para nada, como el hombre quisiera en su indolencia. A pesar de su indiferencia, él no puede paralizar las fuerzas de la evolución en la realización de su objetivo fundamental, que es el progreso.

Con el abrirse de la inteligencia y el aumento del conocimiento, no podrá dejar de aparecer, también en el terreno de la ciencia positiva, esta gran idea de Dios y de su Ley. Ella saldrá, entonces, de las formas de las religiones particulares en luchas entre sí, de la clausura de las iglesias, del exclusivismo de sus representantes. Entonces, el hombre, más consciente, percibirá de verdad esta gran realidad que es Dios y finalmente, para su bien, se colocará, obediente, en el orden de la Ley.

San Vicente, Pascua de 1.959.

I

NUEVOS CAMINOS

Plano y método de trabajo.

En la víspera del día que cumplo 72 años, aquí en Santos, donde desembarqué, llegado de Italia hace casi seis años, en Diciembre de 1952, comienzo ahora esta mi primera serie de radio-conferencias, a fin de poder llegar a un contacto más cercano con mis amigos. Hasta ahora este contacto se ha realizado por intermedio de mis libros, es decir, de la palabra escrita. Hoy se va a realizar también de viva voz, lo que torna el contacto más real, más actual, más próximo al oyente, que el obtenido por los escritos dirigidos al lector.

Entro así en una nueva fase de mi trabajo, que es la de aproximarme al pueblo con un lenguaje más simple, de manera que pueda ser comprendido. Trataré de que estas conversaciones se prolonguen lo más posible a fin de llegar a una comunión de pensamiento más completa, si por ventura ya no había sido alcanzada; a una unión de mente y corazón que constituya un puente a través del cual yo pueda dar todo de mí mismo, dar todo aquello que he conseguido comprender y realizar en mi larga experiencia, en una vida de tempestades e introspección profunda. El dolor me ha constreñido a aprender a superarlo para de él liberarme o, por lo menos, domesticarlo. En este nuestro mundo son muchos los que sufren, y enseñarlos cómo amansar el dolor es obra de caridad. Trataremos también de satisfacer la sed de conocimiento que se encuentra anidada en el fondo de cada alma. Todo esto quiero comunicar a mis amigos, que serán mis herederos.

Dicen que mis libros son demasiado difíciles; pero ellos no constituyen todo mi trabajo. He allí que ha llegado el momento de la realización de esta otra parte de mi trabajo, en la cual mi tarea es la de traducir las teorías difíciles a palabras simples, repitiendo y esclareciendo todo en una forma diferente, accesible a todos, sin las complicaciones de la ciencia, sin las dificultades de la alta cultura, manteniéndonos apegados a la substancia, pero simplificando lo que es más difícil, aproximándonos a la realidad de nuestro mundo, la cual se comprende mejor porque todos la vivimos en nuestra vida de cada día. Las grandes teorías del universo fueron descritas de otra forma. Esta nueva exposición de aquellas mismas teorías tendrá la ventaja de confirmarlas en virtud de un contacto más directo con los hechos. De esta manera, ellas se tornarán accesibles sin ser necesario el esfuerzo mental que no todos pueden hacer, sin la cultura que no todos pueden poseer. Así, estas verdades podrán ser comprendidas y utilizadas por un número

cada vez mayor de personas que deseen ser beneficiadas y precisen ser orientadas a fin de dirigirse mejor en la vida.

Para que no haya algún malentendido, deseamos afirmar desde el comienzo, que nuestra finalidad es sólo hacer el bien. Queremos hacer esto, ofreciendo el fruto de nuestro pensamiento y de nuestra experiencia, para que nuestros amigos puedan de este conocimiento sacar la mayor utilidad para sí mismos: utilidad espiritual, que es la base de la material, porque una no se puede aislar de la otra.

Nuestra tentativa no se destina a imponer idea alguna o a formar prosélitos. Es solamente una oferta libre, que no obliga a nadie a aceptarla. Quien esté convencido de poseer otra verdad mejor y esté satisfecho con ella, que no la abandone. Quien no guste de realizar investigaciones en el terreno de tantos misterios que nos rodean por todos lados, quien no quiera incomodarse con el trabajo de profundizar su conocimiento, enriqueciéndolo con nuevos aspectos de la verdad, puede quedarse tranquilo en su posición. No deseamos perturbar a nadie; no andamos en busca de seguidores a fin de conquistar dominio en la Tierra; no somos rivales de nadie en este campo. Nuestro único interés es la investigación para alcanzar el conocimiento. Éste, y sólo éste, es nuestro objetivo, y no el de conquistar poder alguno en este mundo.

Permanecemos, por eso, con el mayor respeto por todas las verdades que el hombre posee y por los grupos que las representan. Respetamos los campos ya conocidos, aunque sigamos por nuestra cuenta explorando nuevos continentes. Respetamos las verdades ya conocidas, aunque tratamos de ver más lejos. Respetamos todas las religiones y doctrinas, y de ninguna manera pretendemos destruirlas o superarlas, a fin de sustituirlas por otras. Enseñaremos siempre el mayor respeto por la fe y filosofía de los otros.

Nuestro lema es que el hombre civilizado no agreda nunca a su prójimo, y que un ser evolucionado nunca entre en polémicas. Esto significa que, para nosotros, quien agrede al prójimo no es civilizado y que aquél que entra en polémica para imponer a la fuerza sus ideas a los otros es un ser aún no evolucionado. No quiero decir que sea malo, mas solamente atrasado en el camino de la evolución, como lo prueba el uso de los métodos que más nos acercan a la fiera. El método que cada quien usa revela su naturaleza y el nivel de vida al cual pertenece. Más adelante explicaremos esto mejor. *"Dime cómo luchas y te diré quién eres"*.

Estén tranquilos los que puedan suponer que queremos hacer aquí campaña en contra de alguien. Dios nos libre. Esto significaría retroceder millares de años en el camino de la evolución. Proceder así significaría pertenecer a las fuerzas negativas de la destrucción. Y veremos que entre tantas leyes que dirigen al mundo, hay también una que dice que quien quiera destruir, acabará destruyéndose a sí mismo; que quien agrede a su prójimo

se agrede a sí mismo; que quien hace el mal se lo hace ante todo a sí mismo. Veremos la maravillosa justicia de Dios estar siempre presente, en acción, inclusive en este mundo de injusticia. Veremos que la ciencia y la lógica no están contra la fe. Los poderes del intelecto nos fueron dados por Dios para comprender y demostrar la verdad con pruebas reales, pues que la fe puede apenas vislumbrarla.

Veremos muchas cosas buenas y maravillosas provenientes de planos de vida más elevados y que, si quisiéramos, podemos atraer hacia la Tierra.

¡Maravilloso descenso de sabiduría y de bondad, a través de las cuales se manifiesta entre los hombres la presencia de Dios! Trataremos de aprender el arte de vivir en paz y respetando al prójimo, lo que constituye la base de una feliz convivencia social. Las lejanas teorías de nuestros libros descenderán del mundo de las abstracciones, hasta tornarse práctica su aplicación, pudiendo así conferir frutos reales a quien los desee. No prometemos poderes mágicos ni felicidad fácil, mas seremos nosotros mismo quienes nos vamos a colocar, juntamente con todo lo demás, dentro de una visión de la vida clara, sincera y positiva, constituida por la Ley de Dios, la cual puede ser dura cuando lo merecemos, pero es siempre buena y justa. Tenemos que comprender finalmente cómo está hecha y cómo funciona esta gran máquina del Universo, construida y movida por Dios, dentro de la cual vivimos y de la cual somos parte. Ella es nuestra casa, donde moramos, aunque no la conozcamos.

Aprender a realizar movimientos correctos en vez de errados, como acostumbramos, tiene luego como consecuencia evitar el sufrimiento, que es la campana de alarma que nos avisa cuando cometemos un error, el cual es preciso corregir para volver a la armonía en el orden de la Ley. Y mientras no regresemos a aquella armonía el dolor no puede acabar. Es lógico que el bienestar nazca solamente de un estado armónico y que el desorden no pueda generar sino sufrimiento. El ser es libre, mas el universo es un concierto musical donde cualquier disonancia produce sufrimiento. Y en verdad, ¿qué otra cosa es natural que se recoja cuando el hombre continuamente se rebela al orden de la Ley de Dios? En un sistema de esta naturaleza es lógico que la felicidad no se pueda alcanzar sino por el camino de la obediencia, y que la rebeldía no pueda traer sino sufrimientos. El estado en que se encuentra nuestro mundo comprueba, en la realidad de los hechos, la verdad de esta afirmación. Dado que sería absurdo atribuir la causa de tanto mal a Dios, que no puede ser sino bueno y perfecto, no queda otra alternativa sino atribuirla al hombre. Y mientras mayor sea la rebeldía, tanto mayor será el sufrimiento, hasta que el hombre rebelde aprenda, a su cuesta, la obediencia. Si queremos escapar del *dolor* y conquistar la felicidad, cualquiera que sea nuestra filosofía o religión, tenemos que comprender que *existen leyes, existen leyes, existen leyes*; y que si continuamos violándolas, como acostumbramos a hacer, tendremos que sufrir tanto hasta que terminemos por comprender que *existen leyes* y, que si no queremos sufrir, no hay otro camino a no ser el de coordinarnos con ellas. Si el mundo consiguiera percibir esto, éste

sería el mayor descubrimiento de nuestros tiempos. He allí el conocimiento que he conseguido alcanzar en medio siglo de trabajo mental y de control experimental. Éste es el presente que hoy quiero ofrecer a mis amigos.

Hoy el mundo parece que se está volviendo cada vez peor. Pero Dios puso límites a la libertad del hombre, de manera que éste no tiene el poder de parar el funcionamiento de la Ley que todo lo rige. El mundo se puede desmoronar y fracasar, mas el perjuicio es sólo para quien esto desee. La Ley de Dios no puede fracasar. Esto quiere decir que en medio de tantos crímenes e injusticias, la justicia de Dios se mantiene en pie, y los que fracasen serán los peores. Pero para los justos, para los honestos que no merecen la reacción de la Ley, queda en su defensa la justicia de Dios. Delante de Él, cada quien queda solo con su destino, para recoger lo que sembró y recibir lo que mereció.

Veremos lo que quiere decir destino, tratando de penetrar el secreto de nuestra vida a través del conocimiento de las leyes que la rigen. Muchas cosas tenemos que ver juntos. En esta primera conferencia no es posible tocar sino algunos asuntos generales. Pero, poco a poco entraremos cada vez más en los problemas de nuestra vida que tenemos que resolver, en las preguntas que surjan en nuestra mente a las cuales es necesario responder. He aquí la conclusión que podemos anticipar: Dios viene a nuestro encuentro con los brazos abiertos, con una ley de bondad y de justicia, y que nosotros recibiremos felicidad cuando la hayamos merecido, por haber sembrado bondad y justicia. Hay un camino para llegar a la felicidad, pero si el hombre no quiere seguirlo, la culpa y las justas consecuencias no pueden ser sino de él. No es posible explicar nada más en esta nuestra conversación. Pero las conversaciones continuarán. Se irá realizando así un coloquio entre nuestras almas, para llegar a un abrazo de comprensión y alegría para mí, por tornarme útil al prójimo, y al mismo tiempo los oyentes puedan disfrutar de las ventajas que derivan de haber comprendido mejor la vida, y por consecuencia, de comportarse de una manera que siembren para sí menos sufrimientos. Procuraré hablar de alma a alma, a cada uno, como en secreto, al oído, a fin de resolver vuestros problemas, atendiéndolos personalmente, para confortar a los que sufren, orientar a los que dudan, pacificar a los rebeldes, encaminar hacia Dios a los desviados, dar una fe y una esperanza cierta a los descreídos. Para librarnos de la disciplina de la Ley de nada vale decir que Dios no existe. Él sigue existiendo igualmente. De nada vale negar su Ley: ella continúa funcionando. De nada vale escondernos en las tinieblas, la luz persiste, resplandeciendo en lo Alto. Estamos viviendo dentro de esta Ley viva; nuestra propia vida deriva de ella, la cual representa el pensamiento y la voluntad de Dios, que es la causa primera de la vida universal.

Continuaremos así hablando juntos, de amigo a amigo, unidos por una conexión de bondad, para el bien de ambos. “Sin bondad no se puede decir la verdad”. Consideraré a cada oyente como un amigo mío personal, con el cual estoy desahogando mi pasión comprimida de beneficiar al prójimo. No soy rico para dar dinero, no soy poderoso

para ofrecer ventajas materiales. Doy lo que tengo: el pensamiento que recibí por inspiración y el amor de mi corazón. Como recompensa, pido sólo que este pensamiento sea comprendido por todos, para su bien, y que este amor sea retribuido, correspondiéndole un amor igual.

II

EL SEPARATISMO RELIGIOSO

Respeto por todas las creencias.

Estoy nuevamente con vosotros, continuando nuestra primera conversación. De estas conversaciones haremos muchos análisis y de estos análisis una corriente de inteligencia y de bondad, para construir un dique contra la mucha ignorancia y maldad de que está lleno el mundo.

Estas simples conversaciones, estas palabras que salen de mis propios labios, serán útiles para apartar tantos malentendidos y dudas que han nacido por incomprensión de mi trabajo desde mi primera venida al Brasil en 1951. Pido disculpas por tener que hablar de mí, lo que me es desagradable. Mas no hay otra manera para esclarecer el caso. He de repetir aquí una vez más lo que fue siempre mi lema, esto es, *universalidad e imparcialidad*. Debo también explicar que mis palabras tienen que ser entendidas literalmente; ellas no contienen otros significados o subterfugios. Ahora, imparcialidad quiere decir no existencia de partido, comprendiéndolos a todos; significa no mantenerse encerrado en la forma mental de una facción o de grupo particular alguno, sobre todo cuando este grupo, sea él cual fuese, se propone combatir a los otros grupos, creyéndolos errados o malos y, por ser diferentes a él mismo, los persigue con sus condenas.

Desgraciadamente, este instinto de exclusividad por el cual no se puede afirmar su propia verdad a no ser condenando como erradas las verdades de los otros, es producto de nuestro nivel de vida humana, siendo esto una cualidad del hombre en general, cualquiera que sea la religión o grupo doctrinario al cual pertenezca. No son los diferentes puntos de vista de la verdad de las diferentes religiones los que no conseguimos aceptar. Todo esto es natural y lógico. En nuestro mundo relativo no puede existir nada sino en esta forma relativa. Así, también en él la verdad no puede aparecer sino dividida en sus aspectos diferentes. Lo que no podemos aceptar es la actitud de

condena, de exclusividad en la posesión de la verdad y de agresividad, que muchas veces se encuentra en las religiones y en los grupos doctrinarios. No nos interesa tomar parte en estas rivalidades terrenas que nada tienen que ver con la búsqueda de la verdad, que es lo que más procuramos realizar.

Nuestro objetivo no es el de defender un patrimonio ya adquirido, sino el de enriquecerlo, conquistando otro nuevo para darlo a quien lo quiera recibir. Nosotros no estamos amarrados a ninguno de los intereses terrenos que inmediatamente se construyen por encima de toda y cualquier verdad. Quien está envuelto en el trabajo de la investigación, no puede disipar sus energías en esta lucha de rivalidades. Nuestra tarea no es la de conservar el pasado defendiéndolo, sino la de construir el futuro. Nuestros intereses no están en la Tierra, mas solamente en esa construcción. El respeto que tenemos por la verdad de cada quien es el mismo que todos deben tener para con las verdades que el mundo posee. No se puede detener el camino de la vida y la evolución del pensamiento. El pasado no puede paralizar el florecimiento del futuro. Y en el mundo hay lugar bastante para todos.

El primer malentendido nació por creerse que nosotros representábamos éste o aquél grupo, y por consiguiente, que éramos enemigos de los otros grupos, enemistad para nosotros simplemente inconcebible. De manera alguna sabríamos tomar parte en esta lucha de rivalidades que requiere una forma mental adaptada para eso, la cual no poseemos. Es así que huimos luego que en cualquier grupo aparece este espíritu de condena. El malentendido lo constituye el haberse creído encontrar un enemigo donde no existía enemigo alguno, y de pensar en guerra cuando buscábamos solamente la manera de cómo resolver los problemas del universo. Desearía aquí explicar esto de una forma bien clara. No somos guerreros; somos pensadores que no tienen intereses humanos que defender. Nuestro enemigo es la ignorancia, que es la causa de tantos sufrimientos, y no el hombre a quien queremos ayudar. En este mundo podemos ser presa de los fuertes y de los astutos, mas no somos fuertes ni astutos en la Tierra para hacer presas.

Concordamos así con todos. Los únicos seres con los cuales no podemos concordar son con los que no quieren concordar de ninguna forma, sino que por el contrario quieren imponerse venciendo al prójimo. Ahora, ésta es una mentalidad atrasada, que el hombre verdaderamente espiritualizado no puede aceptar sin retroceder milenios en el camino de la evolución. Aunque se permita hacer la guerra, esto será sólo posible contra quien quiera hacer la guerra. El hombre civilizado procura y sabe encontrar, no los puntos de contraste para luchar aplastándose los unos a los otros, sino los puntos de concordancia, para colaborar, ayudándose los unos a los otros. Decimos civilizado porque sólo este tipo de hombre puede formar parte de la nueva humanidad que está surgiendo, la cual estará constituida, no por bandada de lobos, sino por una colectividad social unida colaborando orgánicamente. Este nuevo mundo que mañana será mejor, es el que más

nos interesa; un mundo de comprensión y de colaboración recíprocas; el mundo del "ama a tu prójimo como a ti mismo". Así, en todo podemos concordar, menos con esta voluntad de no concordar. Mas no condenamos a nadie por esto, porque este método corresponde a una ley que pertenece a un dado plano de vida. Lo que no se debe considerar como maldad, como no se puede llamar malo a un ser que comete errores por no haber comprendido y aprendido a actuar mejor, por el hecho de no estar todavía lo bastante evolucionado.

Una vez expliqué a un señor mi punto de vista de la *imparcialidad y universalidad*. Su cara se iluminó de pronto y respondió: "comprendo, se trata de un nuevo partido: el de los imparcialistas y universalistas". Esta historia me mostró cómo la forma mental común es tal, que no consigue concebir cosa alguna si no la ve bien encerrada dentro de los límites de lo relativo, es decir, de un grupo particular bien separado de los otros y lógicamente en lucha con ellos. Colocada delante de la idea de universalidad, esta forma mental no consigue concebirla sino en la forma de un imperialismo dominador de todos, que un poder central consigue someter. Y de hecho, he allí cómo se encuentra el mundo, he allí lo que vemos en la Tierra.

Cuando llegué al Brasil convidado por uno de estos grupos, otro grupo se levantó contra mí, diciendo que había llegado un enviado de Satanás. Pero cuando sin querer sustenté algunas teorías de este otro grupo que de aquel modo me había denominado, fui condenado como hereje por el primer grupo que me había convidado. Y así sucede siempre. Esto porque se trata de un mismo tipo de hombre, el cual posee una sola forma mental que lo lleva a proceder siempre de igual manera, es decir, a condenas y anatemas, pertenezca él al grupo que pertenezca.

Es así que nacen los malentendidos. Mi trabajo no es el que todos quisieran, es decir, el de ofrecerme como un seguidor más para engrosar las filas de éste o de aquel grupo, sino el de hacer investigaciones para resolver problemas aún no resueltos, esclarecer dudas, comprender misterios, responder preguntas a las cuales las religiones, las doctrinas y las filosofías aún no han respondido. De esto se sigue que la idea común de imperialismo religioso en busca de adeptos y seguidores no me interesa y no forma parte de mi trabajo. Hablo bien claro: no quiero de ninguna manera ser jefe de cosa alguna en la Tierra; no quiero conquistar poder alguno en este mundo. No hay así razón alguna para rivalidades. Lo que anhelo es solamente utilizar esta mi condena de vivir en este bajo nivel de vida para ayudar a los otros a elevarse a un nivel espiritual más alto. Si me fuese permitido una sola vez ser egoísta, mi único deseo sería el de irme felizmente, huyendo bien lejos de este mundo y no volver a él nunca más. Por esto, las luchas por las conquistas humanas que tanto interesan a mis semejantes, no tienen sentido para mí; hallándolas muy fatigosas, no me cuido de ellas. Mis luchas se dirigen hacia objetivos totalmente diferentes.

Es necesario explicar todo esto para que mi trabajo sea comprendido. Desgraciadamente, en nuestro mundo estamos acostumbrados a suponer que cada palabra es una mentira, y creemos que somos astutos cuando conseguimos descubrir esta mentira. Esto es lo que, supongo, sucede también a mi respecto. Aquí nació el malentendido, porque en este caso sucedía lo increíble, es decir, que mis palabras eran en realidad verdaderas y que detrás de ellas no había otra idea que encubrir. Es necesario tomar mis palabras literalmente, por el hecho de que ellas quieren decir simplemente lo que dicen y no contienen escondidas segundas intenciones. Para quien no quiere conquistar poderes en la Tierra, es lógico que el método sea diferente del empleado por el mundo.

Nuestro método en verdad es al revés. Nosotros queremos traer armonía en vez de lucha, paz y no guerra, esclarecimiento donde exista duda, esperanza donde halla desespero, fe donde esté la desconfianza, conocimiento donde se encuentre la ignorancia. Esto es lo que tratamos de hacer. Conseguiremos realizar lo que Dios quiera. Cuando sucede que el hombre emplea toda su buena voluntad, las cualidades que posee y su esfuerzo para colaborar con la voluntad de Dios, el resto queda en manos de Él. El triunfo depende de elementos que no conocemos, sobre los cuales no mandamos y por los cuales no somos responsables. Pero si tratamos de comprender y seguir la voluntad de Dios, ciertamente esta voluntad vendrá a nuestro encuentro para ayudarnos.

Estudiando juntos este método, aprenderemos el arte de alcanzar éxito, inclusive en la vida práctica. Los hombres prácticos no observan que para salir bien y tener éxito también en su terreno es necesario estar orientados antes que nada en el campo espiritual del cual todo depende, tanto los resultados de los negocios como la conservación de la salud y una sensación de bienestar en nosotros mismos y en todo lo que nos rodea. En nuestro universo todo está coligado y las cosas no se pueden aislar unas de las otras. Quien no está orientado en los grandes conceptos de la vida, no lo puede estar tampoco en las pequeñas cosas de cada día, que son las consecuencias de las grandes. Nuestro trabajo en estas conferencias será el de desmenuzar las teorías generales de la gran orientación, hasta sus consecuencias concretas que de más cerca nos tocan, para aprender a vivir conscientemente, conociendo el valor de nuestros actos desde sus primeros orígenes hasta sus últimos efectos. Ésta es la ciencia de la vida que nos explica el significado de los movimientos de nuestra alma, así como de los acontecimientos que nos rodean. Cada vida se desenvuelve no al azar, ni guiada por nuestros caprichos, sino conforme a un plan particular que se llama destino y que es consecuencia del pasado, en la forma en que lo quisimos vivir.

Hemos dicho que hay una Ley. Iremos aprendiendo poco a poco el arte sutil de vivir en armonía con esta Ley que representa a Dios, arte que constituye el secreto de la felicidad. Iremos verificando, cada vez más, que la espiritualidad verdaderamente entendida y vivida produce increíbles efectos “útiles”, también en el plano material. Hablamos de utilidad. No queremos robarles el tiempo a nuestros oyentes sin hacer un

trabajo “útil” para ellos. Es preciso utilizar con más inteligencia nuestra vida, tornándonos ciudadanos iluminados y conscientes de este nuestro universo, colaborando con la voluntad de Dios que lo dirige. Aprenderemos a ver con otros ojos y entonces todo será diferente. En vez de rebeldes constructores de sufrimientos, como somos hoy, nos volveremos, para nuestro bien, obedientes constructores de felicidad. Seremos entonces amigos y colaboradores de Dios, sus obreros en la gran obra de la vida, vida que va subiendo hasta Él, porque, por haber comprendido su voluntad, que quiere sólo nuestro bien, no queremos otra cosa sino realizarla.

Se dice muchas veces que Dios está presente. Y no hay duda: Dios está presente. Pero no basta decir esto. Es preciso aprender a percibir esta presencia, llegar a comprender su pensamiento y seguir el camino marcado por su voluntad. Es verdad que Dios está entre nosotros. Pero esto no es sin una finalidad. Dios está entre nosotros, más aún, dentro de nosotros, para que respiremos su presencia, para que nos podamos fundir en armonía con su voluntad, realizando en nuestra vida los dictámenes de su Ley. Y esto también tiene una finalidad, que es la de no errar, como se acostumbra. Y no errar quiere decir no sufrir más los choques dolorosos que son consecuencia del error, que es a su vez violación a la Ley. Esto significa apartar nuestro sufrimiento y vivir en aquella tranquila felicidad que sólo en un estado de orden es posible.

III

EL PROBLEMA DEL DESTINO

La siembra es libre pero la cosecha es obligatoria. Cómo orientar nuestra vida en el plano general del Universo, conociendo el funcionamiento de la Ley.

En el capítulo anterior tocamos levemente el asunto de una ciencia de la vida como método para alcanzar éxito y ser menos infelices, en virtud de haber aprendido el arte de vivir sabiamente en armonía con la Ley de Dios, siguiendo con obediencia su voluntad. Vamos ahora a explicar mejor estos conceptos.

Es difícil el arte de saber vivir. La vida es un vaso que podemos llenar con lo que queramos. Pero la verdad es que hemos querido llenarlo de errores. Entonces, ¿qué podemos recibir sino sufrimientos? Cuando era joven leí libros sobre el arte de alcanzar éxito en la vida. Y hoy todavía se encuentran libros sobre este asunto. Mas se trata de una ciencia de superficie que se basa en la sugestión, en el arte exterior de presentarse,

de hablar y convencer al prójimo. Ahora, esto puede llevar sólo a un éxito parcial, momentáneo, superficial. El verdadero éxito en la vida consiste en un problema de construcción de destinos, un problema complejo de largo alcance que se puede resolver sólo conociendo el funcionamiento de las leyes profundas que rigen la vida y la posición de cada uno dentro de estas leyes, o sea, el plano de una vida encuadrado en el plano general del universo, en función de Dios. Pero el hombre no conoce ni uno ni el otro de estos dos planos. ¿Cómo se puede llegar a una orientación completa de cada caso particular si no se conoce la ley general? La mayoría no es dueña de los acontecimientos de su vida, sino sierva dirigida por ellos. La vida debería ser un trabajo orgánico, consciente, ejecutado en profundidad, dirigido lógicamente hacia finalidades ciertas que la valoricen, dándole un sentido constructivo.

La vida es un juego vasto y complejo. Podemos dejarla transcurrir livianamente, pero entonces, o perdemos nuestro tiempo, o sembramos sufrimientos, cometiendo errores. Y después, las consecuencias serán soportadas inevitablemente por nosotros. Se habla de destino y su inexorabilidad. Mas los constructores de ese destino somos nosotros mismos y después hemos de quedar sujetos a su fatalidad. Nuestra vida actual se presenta como un fenómeno sin causas y sin efectos, si se considera aislada. Para comprenderla, es preciso concebirla en función de las vidas precedentes que la prepararon y de las vidas futuras que la completarán. El presente no puede ser explicado sino como fruto del pasado, de las acciones libremente desencadenadas, cuyas consecuencias son ahora lo que llamamos nuestro destino. De la misma manera que el pasado representa la siembra del presente, el presente representa la siembra del futuro. La siembra es libre pero la cosecha es obligatoria. Se verifica así este juego complejo de siembra y cosecha entrelazadas en cada momento de nuestra vida.

Ésta es la Ley de Dios y nadie puede modificarla. Pero dentro de esta Ley nosotros somos libres de movernos a voluntad. Así somos al mismo tiempo libres y dependientes. Tenemos el poder de arruinarnos o de salvarnos, como queramos, pero no podemos alterar la Ley, y nuestra ruina o salvación quedan totalmente sujetas a las normas de esta Ley de Dios. Ella regula los movimientos de todo lo que existe y del hombre también. Conocerla quiere decir conocer las reglas del juego de la vida, es decir, la ciencia de nuestra conducta, el arte de evitar los movimientos errados y hacer los correctos, para huir de nuestro daño y alcanzar el mejor bienestar posible. Es indiscutible la superioridad del hombre que posee este conocimiento, en comparación con quien, en la lucha por la vida, no lo posee. El primero tiene muchas más posibilidades de alcanzar el éxito que el segundo. Para quien conoce la Ley general, es posible colocarse dentro de ella en la debida posición, evitando las dolorosas consecuencias de una posición errada. El hombre común cree vivir en el caos, donde es sólo la voluntad de él la que manda, y trata de imponerse a todo y a todos. Mas de hecho no es así. Esta suposición es sólo fruto de su ignorancia. No hay voluntad del ser que pueda dominar el poder de la Ley. Ella está constituida no sólo como norma por la inteligencia de Dios, sino también como

poder por la voluntad de Él. Esto quiere decir que las normas son al mismo tiempo también una fuerza que quiere que ellas se realicen, una fuerza irresistible, viva y activa, siempre presente en todos los tiempos y lugares, de la cual no es posible huir. Esta Ley es buena, sabia, paciente y misericordiosa, pero es también justa, de una justicia inflexible, de modo que, cuando la criatura abusa, esta Ley se desencadena como un huracán y lo derrumba todo, corrigiendo el abuso.

Lo más importante de la vida, la base de todo, es la orientación. Y la mayoría vive corriendo detrás de las ilusiones del momento, desorientada y descontrolada. Sólo quien conoce todo esto puede orientarse inclusive con respecto a su destino y las finalidades particulares que le cabe alcanzar en la vida actual. Puede evitar así los roces dolorosos contra la Ley que atormentan a los rebeldes y subir más fácilmente, llevado por la corriente de la Ley que lo ayuda, una vez que él quiso colocarse en obediencia a ella. Quien por haber comprendido sabe obedecer con inteligencia, conoce el camino más rápido y menos doloroso de la salvación.

Seguir la Ley quiere decir seguir la voluntad de Dios. Ésta es una posición bastante extraña para el mundo, que sigue todavía la ley animal del más fuerte. Seguir la voluntad de Dios no quiere decir perder la nuestra y volverse autómata. Esta obediencia es un estado de abandono en Dios con absoluta confianza, como el hijo en los brazos de la madre. Pero este abandono es activo y dinámico, como el de quien va detrás de un guía sabio y bueno que lo defiende y le garantiza el éxito, desde que el seguidor quiera obedecer con buena voluntad, sinceridad y fidelidad. Es el abandono del obrero consciente de la sabiduría del patrón que manda, pero a quien para su propia ventaja conviene obedecer, acompañando y colaborando. Nadie puede negar las ventajas de trabajar conjuntamente con Dios, apegado al Todo-Poderoso. Ésta es una posición de ventaja que ofrece a la criatura poderes que no puede alcanzar quien camina solo, dirigido apenas por su voluntad e inteligencia.

Si lográramos aprender este arte de vivir en armonía con Dios, nuestra existencia se desplazaría del plano de la injusticia y de la fuerza en que vive el hombre, al plano de la justicia y de la bondad en que todo funciona con principios diferentes. Se trata de sustituir el instinto de dominio de nuestro yo individual, que llega hasta rebelarse contra Dios, por el deseo de concordar con su voluntad, en un estado que en vez de ser de separación que representa nuestra debilidad, será, por el contrario, de unión que constituye nuestra fuerza. Entonces la vida se volverá otra cosa para nosotros. Ella no estará dirigida ya por el principio de la fuerza y del engaño que llevan a la opresión y a la desilusión, sino que estará dirigida por el principio de la justicia y de la sinceridad, que reconoce nuestro derecho a todo lo que necesitamos para vivir, siempre que lo hayamos merecido. Son dos principios absolutamente diferentes. Cabe a nosotros, conforme a nuestros pensamientos y conducta, pertenecer a uno o a otro de esos dos planos, y por consiguiente ser regidos por principios muy diferentes, mucho menos

duros y dolorosos en el segundo caso. Éste es un problema absolutamente individual, de escogencia y resultados individuales, independiente de la manera buena o mala como lo quieran resolver los demás. No importa si el mundo no quiere transformarse y quiere perderse. Cada quien puede transformarse y salvarse por su cuenta. Cada quien construye su destino por sí mismo. Es lógico que Dios sea justo, y es justo que las consecuencias que después hemos inevitablemente de encontrar sean el efecto de causas que sólo cada uno de por sí puede sembrar.

En nuestro mundo actual las cualidades más útiles para vencer son la fuerza y la astucia. Esto crea un estado de lucha de todos contra todos, sin reposo. Este continuo estado de guerra es una dura pero merecida condena, debida a la psicología de rebelión que domina en la Tierra. Por el contrario, en aquel más alto nivel de vida la cualidad más útil es la buena voluntad de obedecer a Dios y a su Ley, mereciendo así, conforme a la justicia, su ayuda. Acontece de este modo un hecho incomprensible para la mentalidad del mundo: cuando lo merecemos, esta ayuda llega por sí misma, sin pedirnos siquiera algo a cambio. El resultado es maravilloso e increíble para nuestro mundo: nuestra vida pasa a ser garantizada y todo es providenciado de manera que no nos falte nada. Mas esto solamente puede verificarse cuando lo hayamos merecido, cumpliendo todo nuestro deber delante de la Ley, viviendo conforme a la voluntad de Dios.

Surge entonces una cosa que el mundo no cree que sea posible, y que es lo siguiente: para llegar a poseer lo que necesitamos para nuestra vida y para alcanzar éxito, no es necesario la fuerza o la astucia. Basta haberlo merecido como la justicia lo exige. Aquí no es el prepotente o el astuto el que vence, sino el hombre justo que ha cumplido su deber. Somos, en un nivel de vida más evolucionado, regidos por un principio más alto. Se trata de un nivel al cual pertenecen los individuos más maduros.

Lo increíble que aparece y vemos funcionar en este nuevo mundo, es la Divina Providencia. Ella funciona de verdad, pero, es lógico, sólo para quien lo merece. Cuando lo hayamos merecido, podemos tener la certeza de que se verificará para nosotros este milagro de la Divina Providencia que nada dejará que nos falte de lo que necesitemos, sea para el alma o para el cuerpo. En general no se cree que esto pueda suceder de verdad, porque de hecho es muy raro que suceda, porque es raro también que lo merezcamos. El mundo está lleno de necesidades porque está lleno de codicia. La causa de la necesidad es la codicia. Quien siembra insaciabilidad, tiene que recoger hambre; quien hurta quitando a los otros lo que no ha ganado honestamente con su trabajo, tendrá que vivir en la miseria, hasta que aprenda, a su cuesta, la lección de la honestidad. Luego que abusamos, para reconstituir el equilibrio a la Ley, surge la privación correspondiente. El abuso se paga caro, mas el mundo parece ignorar una ley tan simple. Somos libres, pero responsables. Y lo seremos tanto más, cuanto más poseamos en riquezas y poderes, por el buen o mal uso que de ellos hagamos, de lo que tendremos

que prestar cuentas a la Ley, la cual nos quitará todo, dejándonos en la miseria, si por el mal uso lo hubiésemos merecido.

El propio Sermón de la Montaña de Cristo, se basa en este principio. Pero, ¿quién lo toma en serio? Es por eso que vemos tanta pobreza en el mundo. Dios no creó la pobreza, mas fue el hombre quien la generó con su desobediencia a la Ley. Dios no ha estado esperando hasta ahora para que el socialismo descubriera el problema de la justicia social. La justicia de la Ley, mucho más compleja y perfecta, ha funcionado siempre desde hace mucho tiempo. Quien tiene ojos para ver, queda horrorizado observando con cuanta liviandad el mundo está jugando con fuerzas terribles, condenándose después a pagar las consecuencias. Es por eso que vemos tantas humillaciones para los que fueron orgullosos, tanta necesidad donde hubo desperdicio en lo superfluo, constreñimiento a la obediencia donde hubo demasiado poder y mal uso de las posiciones de dominio.

El mundo es aún tan ingenuo que cree que basta apoderarse de una cosa, de cualquier manera, para que esto constituya un derecho de posesión. Y no sabe que todo lo que poseemos sin justicia -por no haberlo ganado con merecimiento y por no haber querido hacer de él buen uso- todo esto está desgastado, consumido, corroído interiormente por esta falta de justicia que tarde o temprano no puede dejar de conducirlo todo hacia el fracaso. La riqueza mal construida es cosa podrida y envenenada, la cual para quien la posee no puede dar sino frutos de la misma naturaleza. Acabará así en una traición, como es justo que suceda. En el fondo de las cosas no existe lo que aparece en la superficie; allí reina de hecho la justicia de Dios, no importando que el hombre no quiera de ella tomar conocimiento. Ella se mantiene funcionando de igual modo. Poseer el mundo entero cuando esta posesión estuviese fuera de la justicia, no ofrece seguridad alguna. Por encima de todos los poderes humanos existe este poder mayor, que es la justicia de la Ley. Recordemos que la vida es una fuerza inteligente que sólo defiende a los que son útiles a su conservación y desenvolvimiento.

La conclusión de esta conferencia es que la Divina Providencia existe de verdad y funciona. Pero para esto es necesario saber hacerla funcionar, tocando las palancas que la mueven y a las cuales ella obedece. Veremos después cuales son esas palancas. El hecho es que ella funciona a nuestro favor si lo merecemos. Pasé observando, controlando y experimentando esto durante toda mi vida y sé que es verdad. Lo que hayamos merecido con nuestras obras no es valor que queda esparcido al azar, donde puedan llegar los ladrones, mas está regular y ordenadamente guardado en el banco del Cielo, donde nada se puede hurtar. Éste es el único empleo verdaderamente seguro de nuestros capitales. Ésta es la manera verdaderamente inteligente de hacer negocios. La Divina Providencia no es un milagro, sino una ley natural de un plano de vida más alto en el que rige una justicia que no traiciona. Allí no existe engaño y no se puede engañar. Esta Providencia es un principio que puede funcionar para todos aquéllos que se

encuentran en la posición debida, de manera que puedan ser por ella alcanzados. Dios está presente para protegernos a todos; mas el beneficio de esta protección es natural y justo que sólo lo reciban aquéllos que comprendieron la necesidad de obedecer su Ley.

IV

EN ARMONÍA CON LA LEY

Nuestro destino y la Voluntad de Dios.

Continuemos hablando sobre la Divina Providencia. Queremos mostrar que, al saber mirar en profundidad, o sea, más allá de la superficie de las cosas, aparece un mundo regido por leyes diferentes de las que actúan en nuestro planeta. Se trata de sustituir el espíritu de egoísmo y separatismo imperante en nuestro mundo, por un espíritu de unión con Dios y de colaboración con el prójimo. Se trata de colocarnos en un estado de aceptación delante de la Ley de Dios, en vez de colocarnos en un estado de imposición para con el prójimo. Es en la aplicación de esta nueva ley, que es la del Evangelio, que consiste el secreto de la felicidad y el camino para huir de los muchos sufrimientos que nos atormentan.

Hablamos de unión con Dios, de obediencia a la Ley, de aceptación de la voluntad de Él. Surge ahora la pregunta: ¿cómo es posible llegar a comprender esta voluntad de Dios a la cual hemos de obedecer? Dios no tiene boca, pero habla; no tiene manos, pero obra. Dios está presente, no hay duda, pero no podemos percibirlo en forma material, en la superficie de las cosas, con nuestros sentidos. Dios está presente, mas está en la profundidad de todo lo que existe. Hay entonces dos caminos para percibirlo: el de la introspección, mirando y penetrando dentro de nosotros por intermedio de la meditación o concentración, y el de los efectos que, de la profundidad donde está Dios, vienen hasta la superficie, revelando así la naturaleza de las causas que los generan y los mueven. Se puede llegar así a comprender el pensamiento de Dios, por lo menos en lo que respecta a nuestra vida, afinando los sentidos en el camino de la espiritualización o, para los que no consiguen mirar hacia adentro, mirando hacia afuera, o sea, observando lo que sucede con nosotros y alrededor de nosotros. No podemos negar que el primer origen de todo está en la profundidad, y que Dios, aunque no tenga manos, obra. Nuestra vida y nuestro destino no van al azar, mas son dirigidos por Dios. Entonces, si los acontecimientos pueden ser hasta cierto punto el efecto de nuestra voluntad, en gran parte expresan también la voluntad de Dios. Las dos voluntades se mezclan, colaborando cuando concuerdan, y en lucha una contra la otra cuando son discrepantes.

En el primer caso dicen la misma cosa, y entonces es fácil conocer la voluntad de Dios. En el segundo caso dicen dos cosas diferentes. Mas cuando hubiésemos separado de ese conjunto lo que es efecto de nuestra voluntad, quedará aquello que nos va a revelar cuál es la voluntad de Dios a nuestro respecto.

Si observamos bien nuestra vida, veremos que hay hechos sobre los cuales podemos ejercer nuestra libre escogencia a voluntad. Pero veremos también que hay otros hechos que están por encima de nuestra voluntad, acontecimientos en relación a los cuales, hagamos lo que hagamos, de ellos no podemos escapar. Hay una parte de nuestra vida regida como por un destino, con características casi de fatalidad; hay otra voluntad mayor que la nuestra a la cual queramos o no, terminamos por obedecer. Hay acontecimientos que parecen poseer como una voluntad propia contra la cual nada hacemos con rebelarnos, ni existen escapatorias a pesar de procurarlas por todos los medios. En la vida hay para todos una parte libre, mas existe una parte en relación a la cual rige el principio de aceptación. Aquí está la voluntad de Dios, y el espíritu de nuestra desobediencia, contra ella, no tiene poder alguno. Esta parte puede ser triste o alegre, de satisfacción o de sufrimiento, pero es siempre justa, obligatoria, impuesta por la Ley. En general ésta es la consecuencia fatal de lo que libremente sembramos en nuestro pasado; fatal, no por un principio de fatalismo que nos haría autómatas irresponsables, sino como efecto exacto de nuestra libre voluntad y de lo que ella quiso realizar en el terreno de las causas, para que, conforme a la Ley, tuviese que actuar en el terreno de los efectos. Aquí termina el poder de nuestra libre escogencia y rige, en su pleno poder, la Ley, que exige siempre obediencia.

Entramos aquí en el dominio del destino, y vemos la manera por la cual nosotros lo construimos para nosotros mismos. Lo que domina todo y a todos es siempre la Ley, lo que quiere decir la voluntad de Dios. De esto no se puede salir. Tarde o temprano hemos de obedecer. Los inteligentes tratan de comprender la Ley en sus principios generales y la voluntad de Dios en el caso particular de sus vidas. Aceptando lo que ellos saben que es justo, evitan roces, choques, rebeliones que generan el dolor. Éste es el camino directo, más provechoso, menos doloroso. Si cometen errores están listos para pagar, de buena voluntad, conforme a la Ley de Dios. El método de la aceptación pacífica resuelve el conflicto entre la criatura y la Ley de una manera más rápida y tranquila, cualquiera que sea la pena que se deba pagar.

Los que no poseen esta inteligencia y buena voluntad, los que están sumergidos aún en la ignorancia y en la rebelión, en vez de aceptar se rebelan, aumentando así sus faltas, empeorando su situación, amontonando nuevas deudas encima de las viejas. Ellos están acostumbrados a usar el sistema propio del plano de vida animal del hombre en la Tierra, según el cual, el más fuerte es el que vale y vence. Pero ellos no saben que este plano de vida inferior se encuentra regido por las leyes de los planos superiores, que la violencia sólo puede dar fruto en la Tierra y que únicamente en este bajo nivel de vida es

posible que la injusticia domine. Lo que este tipo de hombre cree que es la ley de todo, no es sino la ley de su ambiente terrestre. El hombre usa así un método errado, el método de la rebelión, pensando que por intermedio de él conseguirá vencer, imponiéndose, cuando por el contrario se trata de un método que sirve solamente para fabricar dolor.

Pero es lógico y justo que así sea, porque el dolor es la única voz que él comprende y no hay otro camino para guiar a un ser que por naturaleza tiene que quedar libre, hasta que él comprenda que existe una Ley y que rebelarse es el mayor error que se pueda cometer. Si la Ley del universo quiere que el camino de la salvación para alcanzar la felicidad sea el de la obediencia, le es lícito al hombre construir para sí cuantos sufrimientos él quiera, porque esto le hace abrir los ojos y lo obliga por su bien a aprender. Pero no le es lícito destruir la Ley, pues en este caso, si él poseyese así tanto poder, llevaría todo al caos. Si Dios le permitiese al hombre llegar a tanto, la ruina y el sufrimiento de éste ya no serían sólo momentáneos y susceptibles a la reparación por intermedio de la dura limpieza hecha por el dolor, sino que sería un fracaso definitivo, un mal irreparable, una derrota de toda la obra de Dios, sin posibilidad ya de salvación.

De cierto, la ignorancia y la rebeldía del hombre anhelan llegar hasta aquel fin. Pero la sabiduría y la bondad de Dios lo salvan de un tan gran desastre, a la fuerza, por su bien, constriñéndolo a que no se pierda, obligándolo a limpiarse, a corregirse, a aprender a través del dolor. Y delante de un cuadro de una lógica, de una bondad y justicia así tan perfectas, hay gente aún en el mundo que, sin haber comprendido nada, quiere juzgar a Dios como el culpable por el hecho de que el mundo está lleno de sufrimientos. Se buscan así estúpidas escapatorias, echándole la culpa a Dios o a nuestros semejantes. Pero es inútil. Todo sigue igual. Los errores tienen que ser corregidos, las deudas tienen que ser pagadas, la lección tiene que ser aprendida. Cuando llega el dolor, nunca queremos admitir que la culpa sea nuestra y no de otros. Delante de la Ley cada quien se encuentra solo y trabaja por su cuenta. Cada quien queda con el destino que quiso construir para sí mismo. Rebelarse es peor. Lo mejor que se puede hacer es aceptar para corregirse, construyendo para sí, de ahora en adelante, un destino mejor; aceptar con obediencia a Dios, convencido, agradeciendo por la dura lección que sólo pretende llevarlo hacia su salvación.

Esta es la cosa más importante que cada uno tiene que comprender, es decir, que Dios es, en todo y siempre, el dueño absoluto, y que de su Ley no nos podemos escapar. Sea cual fuese la religión a la cual el hombre pertenezca, sea él el mayor de los ateos, él obedeció, obedece y obedecerá siempre a Dios, en el sentido de que no se puede salir de su Ley, como, por ejemplo, el hecho de pertenecer a una o a otra religión o creencia no nos exenta de la imposición de obedecer a la ley de la gravitación. El error está en creer que estas verdades de las cuales estamos hablando, sean particulares a éste o a aquel grupo, religión o filosofía humana, cuando al final, son verdades que existen, continúan

existiendo y funcionando, aún cuando el hombre no las conozca o no las quiera admitir. Ellas existen de manera independiente del conocimiento, de la negación e incluso de la existencia del hombre. La conclusión es que todos obedecen a Dios: los creyentes sabiendo lo que hacen; los descreídos sin saber lo que hacen; los buenos como los santos, de buena voluntad, con los ojos abiertos, por amor, sustentados por Dios; los malos, como los diablos, de mala voluntad, en las tinieblas, rebeldes, con rabia, aplastados por la justicia de Dios.

Es bastante extraña y primitiva esta manera de concebirlo todo en función de sí mismo, por la cual el hombre se hace centro, finalidad única y también dueño, si pudiese, de la creación. Pero, ¡en cuántos errores e ilusiones psicológicas él incurre con esta primitiva manera de concebir las cosas! Y ¡con cuántos dolores tendrá que pagar el hombre su ignorancia! ¡Cuántas veces tendrá que golpear su dura cabeza contra las paredes de la Ley, hasta que comprenda cuán inútil y dolorosa es la locura de su rebeldía, y qué grande la ventaja de coordinarse con la Ley conforme la voluntad de Dios!

Esta voluntad, sepamos o no, queramos o no, es la atmósfera que todos respiramos, de la cual no podemos salir, así como respiramos el aire de la atmósfera terrestre y de ella no nos es posible salir. Los materialistas creen que la ciencia podrá imponerse a la Ley de Dios, cuando la verdad es que sólo podrá demostrarla. Y al mismo tiempo que ellos están trabajando para construir un mundo sin la espiritualidad, la Ley rige la evolución de la vida y los dirige, impulsándolos para construir un mundo basado en la espiritualidad. Constructores y destructores, a pesar de hacerlo en forma invertida, unos en relación a los otros, de hecho todos colaboran dentro de la misma Ley para realizar la misma construcción. Así como la muerte es necesaria para generar la vida y colaborar con ella para constantemente renovarla, sin lo que no sería posible su evolución, así los destructores son necesarios para realizar los más bajos trabajos de limpieza del terreno sobre el cual no sería de otra manera posible construir. Se trata de un trabajo feo, desagradable, poco elegante, pero necesario, que los constructores de raza más noble nunca harían ni podrían hacerlo, porque, después de terminado, quien lo ha ejecutado tiene que ser aplastado para que no infeste la nueva construcción. He allí de hecho lo que vemos que sucede en las revoluciones, en las cuales es raro constatar que aquéllos que las realizan recojan para sí el fruto de sus luchas.

Continuaremos en estas nuestras conversaciones observando cuán profunda es la sabiduría de esta Ley y cuán grande es la ignorancia del hombre a su respecto. Concluimos nuestra conversación de hoy observando que, queramos o no, en los hechos concernientes a nosotros, a fin de cuentas, nuestra voluntad y la voluntad de Dios trabajan juntas. Esto, no en el sentido de que la buena voluntad del hombre quiera colaborar, sino porque Dios permite que trabaje también nuestra voluntad, de la cual establece los límites, los efectos, la dirección final. Podemos calcular así cuántas fuerzas colaboran entrelazadas en todo momento en cada acto de nuestra vida. Ante todo está

presente nuestra voluntad pasada, ahora en la forma de sus efectos que aparecen como fatales. Por encima de estos impulsos se sobrepone y obra nuestra voluntad actual que tiene el poder de corregir, en sus efectos, aquella nuestra voluntad pasada, iniciando nuevos caminos o enderezando los viejos. Mas, todo este trabajo el hombre no lo cumple solo, abandonado a sí mismo; antes, lo ejecuta a lo largo de las huellas de un camino ya marcado por la Ley de Dios que establece hasta dónde el ser es libre para errar, la técnica de la elaboración y asimilación de las experiencias humanas y la meta final de todo el gran camino de la evolución. Estamos en el comienzo de nuestras explicaciones y ya podemos vislumbrar cuántas cosas contiene nuestra vida de cada día, incluso en sus impulsos y actos más simples.

V

LA INFALIBILIDAD DE LA LEY

La función del dolor y la sabiduría de la Ley.

En nuestros dos últimos capítulos hablamos de la Divina Providencia y de la voluntad de Dios. Dijimos todo aquello no para hacer teorías, sino porque se trata de fuerzas que dirigen nuestra vida, las cuales es necesario tomar en consideración si no queremos sufrir las consecuencias. Quien quiera vivir con sabiduría, sin lanzarse en los más variados peligros, evitando muchos sufrimientos, tiene que comprender que hay una Ley, siempre presente, activa y que es muy arriesgado no respetarla. Si ya hubiésemos aprendido todas las lecciones que la Ley contiene, no cometeríamos más errores, desapareciendo así sus reacciones, necesarias para reconducirnos al camino cierto de nuestra salvación. Entonces debería desaparecer también el dolor, dado que su presencia en el mundo sería absurda, porque una vez aprendida la lección cuya tarea es enseñarnos, él no tendría ya ninguna función que cumplir. Recordemos que la Ley es siempre buena y justa, y que, si a veces usa el látigo, es sólo porque debido a nuestra dura insensibilidad, no hay otro medio para corregirnos, conduciéndonos así hacia nuestro bien.

Todos saben a través de su propia experiencia, que el punto fundamental de nuestra vida es el dolor. Es verdad entretanto, que cada uno en el fondo de su alma, alimenta un sueño de felicidad. Pero, ¿cuándo es que, tanto para los poderosos como para los humildes, llega a realizarse en la realidad lo que más han ambicionado? Tanto los deseos de los pobrecitos como los de los poderosos, en la mayoría de los casos, quedan

insatisfechos y acaban fracasando en la desilusión. Todos corren detrás de ilusiones que nunca se realizan, y al final, todo se resuelve en un engaño. ¿Se encuentra por ventura en el mundo alguien que esté satisfecho? Lo que hay de positivo para todos es el sufrimiento.

¿Pero por qué todo esto? ¿Quién dio origen a esta condena? ¡Estamos llenos de deseos de felicidad y sólo encontramos sufrimientos! ¡Qué maldad! Y cuando buscamos una causa para todo eso, pensamos luego en alguien para sobre él echar la culpa de tanta crueldad. Se culpa entonces a Dios por haber hecho su obra errada, o al prójimo que debería de comportarse de otra manera. Mas esto no resuelve nada, porque Dios permanece inalcanzable y el prójimo sabe defenderse. Y el dolor no desaparece, por el contrario, se torna más duro en la rebelión contra Dios y en la continua lucha de todos contra todos.

Continuamos así todos sumergidos en el mismo pantano: ricos y pobres, cultos e ignorantes, débiles y poderosos. Algunos que se creen más astutos, procuran emerger del pantano amontonando riquezas, engaños y crímenes, pisando a los otros para alcanzar la felicidad. Mas ésta es inestable, porque es falsa, porque es disputada contra mil rivales celosos, porque está corroída por dentro por la natural insaciabilidad humana. Y tarde o temprano, en la lucha de todos contra todos, también los pocos que emergen acaban hundiéndose y desaparecen tragados por el pantano común. ¡Qué juego tan torpe es la vida! En esto se podría concluir.

Si tuviéramos en las manos una máquina maravillosa, pero que por nuestra ignorancia de la técnica de su funcionamiento solamente conseguimos que produzca pésimos resultados, dándonos sólo tribulaciones en vez de satisfacciones, ¿qué providencias aconsejaríamos para resolver el caso? Las máquinas humanas, si son mal usadas por estar en manos inadecuadas y por tanto destructoras, se dañan y dejan de funcionar. Pero ésta es tan perfecta que el hombre no ha conseguido dañarla y detener su funcionamiento, el cual siempre continúa. Entonces sucede que por el mal uso de la máquina no es la máquina la que sufre, sino el mal operario, que no sabe hacerla funcionar. Así es que llega el dolor, y así es que hay un solo remedio, que es el de aprender la técnica del funcionamiento de la máquina, a fin de que ella trabaje bien para ventaja nuestra y no mal para perjuicio nuestro.

Esta máquina es la Ley de Dios. Ella es también buena educadora. Y ¿qué hace el buen educador? Su objetivo es el bien de los alumnos, y nosotros somos los alumnos de la Ley de Dios. El educador no desea venganzas, castigos, sufrimientos, porque él ama a sus alumnos. Si ellos tuvieran buena voluntad para obedecer, bastaría que él hablara, y si éstos fueran lo bastante inteligentes para comprender, sería suficiente que él explicara las grandes ventajas de la obediencia. Pero los alumnos son rebeldes, no quieren aceptar regla alguna de vida que no sea la que salga de su cabeza; y si tienen inteligencia,

quieren usarla sólo para rebelarse contra la Ley. Entonces, ¿qué puede hacer el educador? El hecho es que los alumnos no quieren ser educados, sino por el contrario, quieren destruir al educador. Ellos quisieran establecer una república independiente dentro de un Estado, otra máquina que funcione a la inversa contra la máquina mayor que la hospeda. Es un caso parecido al del cáncer, que representa una tentativa de construcción orgánica en sentido destructor, con multiplicación celular en forma no vital, sino parasitaria de la vida.

Entonces para el educador no hay otra salida. De las dos una: para agradar, él podría no reaccionar, como quisiéramos nosotros los alumnos y como sucede en el caso del cáncer con los organismos débiles que no saben defenderse. Mas en este caso, después de haberlo destruido todo, también las células destructoras del cáncer a su vez tienen que morir. Ahora, el educador sabio no puede permitir esto. Entonces, lo que le queda es reaccionar, imponiendo disciplina. Esto es duro, empero no hay otro camino. Esta tentativa de construir una máquina contraria dentro de la máquina regular, o una república enemiga dentro de un Estado ordenado, o un cáncer dentro de un organismo sano, amenaza la función de bien que el educador, cueste lo que cueste, tiene que cumplir. Y él puede hacer todo menos renunciar a esta su función, porque de ella depende lo que para él es más importante: el bien de los alumnos. Entonces, si él quiere verdaderamente bien a éstos, ¿qué puede hacer sino tomar el látigo y enseñar por intermedio de él, ya que los buenos convites a la obediencia y la explicación inteligente no dan buenos resultados? También las células del cáncer quisieran vivir. ¿Pero somos nosotros por ventura crueles cuando las apartamos cortando el tumor? También los criminales quisieran gozar la vida a su manera, y ¿podemos considerarnos ruines cuando, en defensa de la sociedad, los aislamos en las prisiones?

La rebeldía del hombre es una espada que él dirige contra sí mismo. La Ley impide entretanto que él se destruya. Él quisiera perderse y la Ley quiere llevarlo hacia su salvación. Dios perdona porque sabe que el hombre es un niño que necesita ayuda, porque en su inconsciencia sólo está procurando su daño. Pero Dios no puede permitir que este daño se realice, porque Él quiere nuestro bien y no nuestro daño. La lección tiene que ser aprendida. De esto no hay que huir, porque de otra manera se desmoronaría el plan de Dios y nosotros involucionaríamos en vez de evolucionar. Asentemos estos puntos: el progreso tiene que realizarse, por esto la lección tiene que ser aprendida; el hombre es el mismo, no quedando para el educador otro método sino el del látigo. La prueba de que esto es verdad la encontramos en el hecho de que en el mundo, a los educadores y a las leyes, vemos que les sucede la misma cosa que sucede con Dios y su Ley. Así, Él tiene que salvar a la fuerza a los rebeldes inconscientes.

He allí, pues, la dificultad en que nos encontramos. El látigo es duro y el dolor existe. Él no fue creado en esta conversación. Él es un hecho positivo que todos conocemos. Entra por todas las puertas, sin siquiera pedir permiso. No sirve de nada ser rico, inteligente,

poderoso. Él sabe tomar todas las formas, adaptándose a cada situación. Hay dolores hechos a la medida para los pobres, para los ignorantes, los débiles, como para los ricos, los hombres cultos, para los poderosos, etc. Los desheredados están llenos de envidia por los que se encuentran por encima de ellos, y no saben que por encima de sus dolores se encuentran a veces dolores mayores. ¿Será que en las más altas clases sociales desaparecen los defectos humanos? Y si no desaparecen, ¿cómo puede no funcionar la salvadora reacción de la Ley? Ésta no puede abandonar a nadie, tampoco a los que el mundo más envidia por haber subido más alto en la Tierra; no puede, tanto más porque siendo el poder de ellos mayor, así es mayor también su responsabilidad, y por consiguiente, la reacción de la Ley es mayor. Dios puede mucho más fácilmente perdonar a un pobrecito ignorante y débil que a aquéllos que poseen recursos, conocimiento y posición de dominio. Así sucede que a los que más consiguen subir materialmente en la vida, están muchas veces destinadas pruebas más difíciles y dolores mayores. Mas la Ley es justa y no puede dejar a nadie fuera del camino de la salvación. Es justo pues, y sabio, que la riqueza, el poder, la gloria y cosas semejantes por las cuales el hombre primitivo tanto lucha, sean sólo espejismos que terminan en la desilusión. La última realidad de la vida continúa siendo siempre la insaciabilidad del deseo y el sufrimiento.

¡En que impasse nos encontramos, mis amigos! Dificultad ésta tanto mayor por el hecho de que poseemos un deseo loco de felicidad y hemos de vivir en una realidad de insatisfacción y de dolor. Estamos presos en este contraste. Deseamos lo que nunca podrá realizarse, es decir, la satisfacción completa. Pero, ¿cómo se puede satisfacer completamente la insaciabilidad? Pareciera que la felicidad estuviera detrás de un horizonte y que bastaría alcanzarlo para encontrarla. Pero cuando con nuestro esfuerzo lo alcanzamos, descubrimos otro horizonte y pensamos que la felicidad está detrás de este último. De esta manera la carrera continúa, sin fin, detrás de un espejismo que se aleja a medida que avanzamos. Pero nadie se pregunta qué quiere decir este juego extraño de querer llenar un vacío que no se puede llenar, de tratar de alcanzar una meta que se aleja de nosotros a medida que nos aproximamos a ella. Siempre queremos más. Quien no posee quiere poseer, quien posee quiere poseer más, sea esto riqueza, conocimiento, gloria, poder, etc. Esto es de hecho lo que vemos que sucede en el mundo. El disgusto de quien no posee es la carencia. La pena de quien posee es no poseer bastante o el miedo de perder lo que ya posee. Cualquiera que sea nuestra posición, todo tiende a resolverse en el sufrimiento de la insatisfacción.

Pero, ¿cómo es posible que la Ley, que da prueba de tanta sabiduría en la dirección del funcionamiento del universo, pueda hacer sin objetivo alguno un juego tan cruel, el de condenarnos a esta carrera que nunca se resuelve y que parece sin sentido? Y si hay un sentido, ¿cuál es? No estamos haciendo teorías, solamente tratamos de comprender lo que vemos que sucede en nuestro mundo a toda hora. Pensemos un poco. ¿Puede el objetivo último de la vida ser el de continuar cebándonos y satisfaciéndonos de las

materialidades de la Tierra en este nuestro mundo, o ha de ser el de conquistar formas de existencia en planos siempre más elevados, progresando y perfeccionándonos siempre más? Si no hubiese insaciabilidad, todo se quedaría parado en la satisfacción alcanzada, estancado, inerte, en un estado en que todo terminaría pudriéndose. Si fuese así, ¿quién nos impulsaría hacia el frente? De esta manera quedaría paralizado el movimiento más importante que constituye la razón de la existencia, es decir, el desplazamiento en el sentido de la perfección, progresando por medio de un perfeccionamiento continuo. Es preciso comprender que éste es el objetivo de la vida, es decir, no quedar satisfechos sin evolucionar. Y la evolución, con esta carrera que parece sin sentido, es indispensable para ascender; la ascensión es necesaria para llegar a la salvación, porque no hay otro camino para librarnos del mal y alcanzar la verdadera felicidad.

La misma cosa se puede decir con respecto al dolor. Nuestra vida se basa en esta dura condena que parece cruel y sin sentido. ¿Por qué? El mundo occidental acepta la idea de que la pasión de Cristo fue un medio de redención. ¿Qué quiere decir esto? Y en todas las religiones del mundo existe el concepto de que el sufrimiento es útil, que saber sufrir es virtud que constituye mérito. La razón de este hecho es siempre la misma: el dolor existe porque es un medio para pagar y progresar, en él se basa la evolución que tiene exactamente la maravillosa función de destruir el dolor. Y si el dolor que todos perciben y que tantas cosas enseña es medio de evolución, la evolución es medio de salvación. Todo lo que es maceración, sea dolor, trabajo para crear, esfuerzo para subir, es medio de salvación. Es un gran error querer detener el progreso que nos lleva hacia Dios; y el camino positivamente cierto que nos lleva hacia la salvación existe.

El cuadro que vamos exponiendo parece duro, mas no contiene engaños; es justo, sincero y verdadero. La conclusión no es la tristeza ni el pesimismo. La puerta hacia la felicidad no queda cerrada, sino abierta para todos los honestos, para todos los hombres de buena voluntad. No estamos aquí para destruir, sino para construir. Si algo destruimos es solamente en el terreno de las ilusiones, para construir en el terreno sólido de la verdad.

VI

A LA PROCURA DE LA FELICIDAD

El hombre en busca de la felicidad y la disciplina de la Ley.

Hemos hablado de la Divina Providencia, de la voluntad de Dios, de las desilusiones y de los sufrimientos de la vida, en un cuadro único en que cada cosa está conexa a la otra y todos los hechos y problemas están ligados entre sí, revelándonos cada vez más la unidad del pensamiento director central, la sabiduría y bondad de Dios. Mas el asunto es vasto y aparecen siempre nuevos aspectos que contemplar, surgen nuevos problemas que resolver y nuevas preguntas que responder. Un problema lleva a otro, cada respuesta provoca otra pregunta. Iremos así avanzando, de manera que comprendamos cada vez mejor cuál es el gran plano con el cual Dios dirige nuestra vida y cómo dirige la existencia del universo. En este viaje hemos de ir aún más lejos que las estrellas, porque ellas están encerradas en las dimensiones de espacio y tiempo, mientras que el pensamiento pertenece a las dimensiones espirituales superiores.

Pero continuemos desenvolviendo nuestro asunto actual. Hemos visto en qué impasse nos encontramos en la vida. Y verificamos esto solamente en un rápido esbozo explicativo. Pero hemos de comprender mejor cómo funciona este juego que parece tan cruel y sin sentido, en fin, comprender sus causas y finalidades. La dificultad es ésta: parece que es imposible alcanzar en la Tierra la felicidad, a pesar de ser lo que más anhelamos. La crueldad del juego está en este hecho: tener necesidad de algo que nunca se llega a poseer. ¿Por qué estamos condenados a esta traición?

Todos buscan la felicidad. Cuanto más primitivo e ignorante es el ser, tanto más cree en la ilusión de que es posible encontrarla en la Tierra. Pero al mismo tiempo él ha de comprender que una felicidad luego que fue alcanzada, ya no es felicidad. El hombre se acostumbra a todo y todo pierde valor con el hábito. La satisfacción habitual de todos los deseos termina en el fastidio. Todo vale y satisface en cuanto es lucha de conquista, esfuerzo a realizar. Si después de haber alcanzado la primera meta no surgiera otro deseo para alcanzar resultados mayores, y con esto, un nuevo esfuerzo, todo acabaría en el tedio. Si nosotros recibiéramos todo de gratis, sin haber dado para ganarlo prueba de nuestro valor, y sin tener así un verdadero derecho de posesión, todo terminaría anulado en el vacío producido por la sensación de nuestra inutilidad. En la justicia de la Ley está escrito que gozaremos de una satisfacción en proporción a la necesidad que ella va a compensar y al esfuerzo que haremos para alcanzarla. Es sabroso comer cuando tenemos hambre, beber cuando tenemos sed y poseer las cosas que nos faltan y por las cuales

luchamos. Mas quien tiene y siempre tuvo de todo, de todo está harto y cansado. Esto llega hasta destruir el deseo de vivir, y es justo que así sea porque se trata de una vida inútil. De este modo, los más desafortunados son los que nacieron demasiado ricos, sin haber conocido las necesidades o haber hecho esfuerzo para aprender algo o buscarlo; son los que no tienen nada que desear.

Así, nosotros mismos estamos constituidos de tal manera que no nos es posible aprender o progresar, sin desear luchar y sufrir. Y como somos, queremos permanecer lo más posible apegados a la vida, dentro de esa dura escuela, de modo que sea hecho, hasta en el último día, todo el esfuerzo para aprender la lección que nos es indispensable para ascender. Ésta es la mecánica íntima del juego de la vida. Éste es el método sabio y maravilloso que la Ley de Dios usa para impulsar hacia lo Alto, sin constreñimiento, a un ser que tiene que seguir libre, porque si no lo fuera, no podría después ser juzgado responsable y llevado a aceptar las consecuencias de sus propios actos. En esta Ley se manifiesta también una voluntad absoluta de que la evolución se cumpla, y esto por el bien de la criatura, porque sólo en la evolución hay salvación. Pero la criatura no puede ser esclavizada por Dios, que a pesar de ser todo-poderoso no es esclavista. Entonces, ¿qué hace la Ley para que sea posible alcanzar su objetivo absoluto sin tener que emplear la coacción? La Ley cerca a la criatura con paredes invisibles dentro de las cuales ella queda presa como un pájaro en una jaula, paredes contra las cuales batirá su cabeza y chocará hasta dar con la existencia de estas paredes y percibir que ir contra ellas es locura que no puede generar sino dolor.

Así, cada vez más se va aprendiendo el arte del sabio comportamiento, con disciplina, orden y obediencia a la Ley, hasta que la criatura no tropiece más contra las duras paredes de esta Ley, acabando de esta manera el choque de la desilusión y del sufrimiento. Esto porque la jaula es prisión apretada sólo para el ser que no sepa andar dentro de ella y en ella no sepa moverse con inteligencia; pero es palacio maravilloso para el que lo sepa y ya haya chocado muchas veces contra aquellas paredes, de manera que ya no provoca, con sus movimientos errados la reacción que se llama dolor. La Ley es realmente un palacio maravilloso para los que han aprendido la disposición de sus apartamentos e instalaciones, a localizar las puertas y las ventanas, las cuales permiten toda la libertad, con la condición de que los movimientos sean inteligentes y ordenados. La Ley es un palacio maravilloso para que more en él nuestra alma, con tanta mayor satisfacción cuanto más aprenda las reglas del sabio comportamiento, y con tanto mayor sufrimiento cuanto menos se conozcan estas reglas. Es un palacio hecho de pisos sobrepuestos que se apoyan unos por encima de los otros, en perfecta lógica, con pasajes y escaleras, de los inferiores a los superiores. Es un palacio en que las paredes hablan y razonan, en que los muebles y las demás comodidades crecen en belleza a medida que se sube hacia los pisos superiores. Más aún, es una máquina que obedece cuando sabemos apretar los botones que la mueven. La Ley se torna así un vehículo maravilloso para quien haya sabido construir la inteligencia necesaria para dirigirlo, un vehículo de

sabiduría, de poder y de felicidad. Pero el hombre actual aún no posee esta inteligencia, de manera que para él la máquina funciona muy mal, produciendo sólo roces, choques y sufrimientos.

Este estudio de la estructura de la Ley que, queramos o no, es nuestra casa, dentro de la cual tenemos que morar, nos lleva a una consecuencia importante, que es la de enseñarnos el camino para vivir bien liberándonos del dolor. Como vimos, en la lógica de la Ley el sufrimiento es tanto mayor cuanto más se desciende a los pisos inferiores del palacio, acabando por encontrar en sus subterráneos las cadenas torturantes a las que se acostumbra a llamar infierno; y tanto menor a medida que se sube hacia los pisos superiores, donde finalmente encontramos en las altas torres del palacio la felicidad a que acostumbramos llamar paraíso.

Ahora, dentro de este palacio que es nuestra casa moramos en el piso que nos pertenece conforme nuestra naturaleza, el cual es precisamente aquél que quisimos construir para nosotros con nuestras obras. Entretanto, la puerta que lleva a los pisos superiores está siempre abierta para todos. El problema es sólo uno: el de descubrir dónde está la puerta para por ella entrar y una vez hallada la escalera para subir, escalar la subida con nuestro esfuerzo. Éste es el camino lógico, justo, sin engaños, para vencer el dolor aproximándonos a la felicidad. Esto puede parecer una manera dura de hablar, pero es clara, sincera y honesta. Se cree sin embargo más en las felicidades que el mundo promete porque no exigen nuestro esfuerzo, son fáciles y no incomodan. Y así el problema se resuelve con un engaño. Pero esto es lógico. Sólo los ignorantes pueden creer que es posible ganar lo que no ha sido merecido. No obstante es exactamente esto lo que el mundo más ansía, y entonces es justo que lo que recoja sea un desengaño que parece una traición.

De todo esto se puede sacar una consecuencia muy importante también en el terreno práctico, o sea, que existe un medio seguro para liberarnos del dolor. Este medio es la evolución. Esto quiere decir que el sueño de felicidad que está anidado en cada alma no se encuentra allí para que nunca sea satisfecho, no es un impulso traidor que solamente tenga la cruel función de llevarnos hacia el engaño. Este instintivo e irresistible deseo de felicidad tiene un sentido sabio y verdadero, porque su objetivo es impulsarnos hacia el frente, constriñéndonos a experimentar tantas formas de felicidad hasta que encontremos la verdadera. Así el hombre, encerrado en su actual morada o apartamento que es el plano de vida al cual él pertenece, va tanteando por las paredes hasta encontrar la puerta y de este modo la escalera que conduce hacia el piso superior. El hombre supone que ella puede estar aquí o allá, y así va experimentando con lo que se encuentra en su plano: la riqueza, el poder, la gloria, los gozos de los sentidos, etc. Él cree haber encontrado así el camino para satisfacer su deseo de felicidad. Mas luego repara que no ha encontrado la puerta que deseaba, sino una puerta que solamente conduce a una

pared dura, sin salida. Entonces él grita que fue engañado y comienza de nuevo a probar por otro lado, siempre en busca de la puerta buena.

Esto parece una condena, pero mientras tanto el hombre, corriendo detrás de los espejismos, va trabajando experimentalmente y así va aprendiendo el camino cierto, desenvolviendo su inteligencia. Cada desilusión es una lección aprendida, un error en el cual ya no se caerá más, un grado que se sube en la escala de la evolución. He allí que si todo esto parece ser una traición, no lo es de hecho, ni para la Ley que alcanza así su verdadero objetivo que es el de hacer evolucionar al hombre, ni para el hombre que termina, por su bien, evolucionando, que es el verdadero objetivo de su existencia. Sólo quien no ha comprendido nada de este sabio juego puede quejarse de él. Pero ahora que vemos claro y comprendemos su significado y objetivo, es menester concluir que no se podría imaginar método más perfecto y sabiduría más profunda.

Es lógico que para el hombre todo esto represente trabajo. Él quisiera satisfacer su deseo de felicidad sin hacer esfuerzo alguno. Mas la Ley es justa y no concede nada gratuitamente. Pero es precisamente la dureza de esta justicia la mejor garantía de que las promesas de la Ley serán mantenidas, en cuanto vemos que los fáciles caminos del mundo llevan hacia el engaño. Por razones profundas que poco a poco veremos, la evolución es como la subida de una montaña. Y tenemos que subirla con nuestras piernas. Entretanto somos perezosos y preferimos quedarnos sentados a la vera del camino. Mas, de ese modo, no nos apartamos del feo pantano que se encuentra en la falda de la montaña. Y en el pantano están todos los dolores, en cuanto que en la cumbre de la montaña están todas las felicidades. El terreno, empero, que pisamos en la subida es de piedra dura, resbaladizo, está lleno de tropiezos. Nos detenemos entonces desanimados, porque mientras el alma desea la felicidad, hemos de enfrentar el sufrimiento. Procuramos todas las escapatorias para huir de él, atravesando los más fáciles atajos para acortar el camino de la felicidad. Para nuestra comodidad, quisiéramos engañar e invertir la Ley, pero como es lógico y justo, no conseguimos de esta manera sino engañarnos e invertirnos a nosotros mismos, porque en vez de llegar a la felicidad llegamos al dolor.

No hay duda, todo esto es bastante duro. Sin embargo, la Ley es honesta y no nos engaña. Cada esfuerzo para subir recibe su recompensa, como cada paso dado hacia el frente nos hace subir un poco más en el camino que nos aparta del sufrimiento y nos lleva hacia la felicidad. Cada prueba superada representa una conquista de sabiduría, un desenvolvimiento de inteligencia, un enriquecer de experiencias y una maduración superior que nos confiere nuevos poderes, los cuales nos ayudan a subir siempre más rápida y fácilmente. Cada lucha ganada contra la inferioridad de nuestra propia naturaleza es un grado escalado, significa crecer en estatura por haber alcanzado una posición más elevada; es un obstáculo removido para erguirnos, ganando cada vez más altura. Éste es el camino de la liberación marcado por la Ley, y no existe otro.

Todo se transforma a medida que subimos; el terreno, el paisaje, el ambiente, la vista, el aire que respiramos se transforma en espiritualidad, en libertad, en felicidad. Para los animales que evolucionan hasta el plano humano éste puede parecer un paraíso. Pero para los que pertenecen a los planos más elevados y adelantados, este nuestro mundo puede parecer un infierno. Si es fácil y natural para un diablo vivir entre diablos, no lo es para un ángel. Mas esta condena al descenso se puede verificar por dos motivos: o para pagar sus deudas, o para cumplir una misión en beneficio de sus hermanos inferiores.

Éste es, en sus líneas generales, el mecanismo de la Ley al cual estamos encadenados. Lo iremos estudiando cada vez más de cerca para aprender a movernos dentro de él, de manera que no provoquemos el dolor sino la felicidad. Lo que queremos destacar en la conclusión de este capítulo es la absoluta imposibilidad de evadir a la Ley, porque ella representa el principio fundamental de nuestra propia vida. No hay filosofía, ignorancia o escapatoria que nos pueda eximir de esta obediencia. Podemos invertirlo todo, pero de esta manera los que nos invertimos somos nosotros dentro de la Ley, la cual queda de pie. Es esta obediencia nuestro único apoyo, porque fuera de la Ley estamos fuera de la vida. El alejamiento del dolor no está en la rebelión. Ésta empeora la situación. Cuando una máquina no funciona no es posible ser tan ignorante que se pueda creer que ella se pueda arreglar con golpes y puntapiés. Saliéndonos de las huellas del camino no conquistamos la libertad sino que caemos en el abismo. El hombre está acostumbrado a eludir las leyes humanas, y cree posible y ventajoso hacer la misma cosa con la Ley de Dios. Pero, ¿cómo evadirla, si ella está dentro de nosotros, representa nuestra vida y apartarnos de ella conduce a la muerte? Es posible burlar las leyes humanas, mas no es posible engañar a la Ley de Dios.

Esta Ley está en todos los lugares y en todos los tiempos, dirige la vida en todos sus niveles. Ella existe para todos. Nadie se le puede escapar, cualquiera que sea su filosofía o religión. La Ley de Dios es verdadera y se mantiene funcionando tanto para los católicos como para los protestantes, los espiritistas, los budistas, los mahometanos, etc., inclusive para los ateos que todo lo niegan. Un avión, si viola las leyes que rigen sus movimientos, cae de la misma manera cualquiera sea la religión de sus pilotos o aunque en nada crean. Así también nuestro organismo tiene salud o enfermedad independientemente de la fe o filosofía del individuo. La Ley de Dios es la Ley Universal de la vida, como universales son las leyes del mundo físico y dinámico que de ella forman parte. En el caso que estamos observando, se trata de leyes morales y espirituales, positivas como las otras y que un día la ciencia descubrirá y demostrará para el hombre más sabio del futuro. Ésta es la Ley que estamos estudiando y explicando para los hombres de buena voluntad que tengan oídos para oír y deseen por su bien navegar orientados en la vida.

VII

CAMBIO DE PLANOS

La vida es una escuela para aprender y subir.

Trataremos ahora de ver desde más cerca la estructura del mecanismo de la Ley, que como observamos, dirige nuestra vida.

Hemos verificado que el hombre es impulsado hacia las duras experiencias de la vida por su instintivo e irrefrenable deseo de felicidad, pero que ésta, en la Tierra, no se puede alcanzar. Y hemos visto que todo esto se resuelve en una carrera en busca de un inalcanzable punto final que se aparta de nosotros a medida que nos aproximamos a él. Mas, si en esto no se satisface nuestro deseo, se realiza la voluntad de Dios y de su Ley que así alcanza su objetivo, el cual es el de constreñirnos a evolucionar, lo que significa aproximarnos siempre más a la deseada felicidad. Sucede de este modo que la carrera, aunque dolorosa y llena de desilusiones, conduce siempre a la felicidad, a pesar de que el camino sea más fatigante y esté más lleno de amargura de lo que el hombre desearía. Así, lo que parecía ser crueldad de la Ley se revela como su bondad y profunda sabiduría.

La conclusión es la siguiente: ese juego complejo representa solamente una escuela destinada a enseñar la disciplina de la Ley, a desear con inteligencia lo que es posible alcanzar para nuestro bien, dirigiéndonos sabiamente por los caminos de la Ley. El resultado de este juego es que evolucionamos cada vez más, lo que quiere decir ir subiendo de un plano de existencia a otro más elevado, donde van desapareciendo la prepotencia, la injusticia, la maldad, las luchas y los sufrimientos que atormentan al ser en los planos inferiores. Por los frutos se conoce el árbol. Y frutos mejores no se pueden desear. Esto nos prueba la sabiduría y bondad de Dios, y es una invitación para que nos entreguemos confiados en sus brazos.

Nos es posible comprender ahora el significado y la buena finalidad de la dura ley de la lucha por la vida, que es la ley que rige en nuestro plano. Esta ley, en este su aspecto tan duro, no es un principio biológico universal, mas solamente cualidad dolorosa particular en los planos inferiores de existencia, próximos a los de la animalidad, existiendo apenas como medio a ser superado y destinado a ser relegado a los planos inferiores por los seres en evolución. Los diferentes planos de existencia son regidos por principios diferentes, de modo que la lucha y la necesidad desaparecen a medida que vamos subiendo en la escala de la evolución.

He aquí que llegamos al punto que más nos interesa. Continuando a lo largo de este camino, acabaremos por alcanzar un plano donde la lucha y la necesidad ya no existan más. Esto quiere decir que las necesidades de la vida por las cuales tanto se combate, serán satisfechas sin lucha, gratuitamente. Se explica así el fenómeno de la Divina Providencia, que es un hecho que se realiza inclusive en nuestro mundo, en beneficio de los más evolucionados que pertenecen por sus merecimientos a más altos planos de vida. El esfuerzo que la Ley nos exige es duro, pero su justicia quiere también que, a medida que avancemos, este esfuerzo se haga más leve. Sucede así que cuanto más ascendemos, tanto más disminuye el esfuerzo necesario para continuar ascendiendo, aumentando al mismo tiempo el rendimiento de nuestro trabajo. Con la evolución tiende a disminuir el esfuerzo requerido para continuar evolucionando, siendo mejores los beneficios y más gratuitos. Ocurre una cosa parecida a la velocidad del movimiento. Éste es tanto más fatigoso cuanto más estamos apegados a la Tierra. Se torna más fácil y rápido en el aire, hasta que es absolutamente gratuito y se cumple sin esfuerzo alguno en los espacios siderales. Evolución quiere decir liberación y potencialización, que llegan a anular los obstáculos que en los planos inferiores nos impiden el camino. En los planos superiores de existencia desaparecen, juntamente con todas sus tristes consecuencias, las duras leyes de la animalidad y ferocidad que rigen en nuestro plano de vida.

Se comprende y se justifica así la dura necesidad del trabajo en nuestro mundo. Mientras tanto, la última razón de la existencia de este trabajo no se puede encontrar en la Tierra, porque de él, en último análisis, aquí no queda nada definitivo. Todo lo que hacemos está sujeto a tal caducidad; el trabajar parece ser la tarea de un esclavo condenado a construir eternamente encima de arenas movedizas. Observado sólo en su apariencia exterior, este trabajo parece inútil, parece una condena sin sentido. Pero existe un sentido: la construcción que el hombre realiza no está en la Tierra, sino dentro de sí mismo. Si sus obras se reducen a fin de cuentas, a un desplazamiento de materia que permanece en la superficie terrestre donde ese continuo esfuerzo aparenta, en su esencia, ser sólo una carrera detrás de ilusiones, no es inútil, porque no es una victoria terrena, sino que representa una fatigosa experiencia para aprender. Si no queremos ser presa de la ilusión, es preciso comprender que el verdadero fruto de nuestro trabajo no está en la obra realizada, sino en la lección aprendida, en la cualidad adquirida, en el progreso alcanzado. Sólo así se explica cómo es que las leyes de la vida no se interesan por aquello que más nos interesa a nosotros, o sea, la conservación de los resultados materiales alcanzados que tanto sudor nos costaron y que, abandonados a sí mismos, quedan sin defensa y acaban luego por arruinarse. Entretanto, no por esto el progreso se detiene. Lo que queda no es la obra terminada, sino el conocimiento adquirido de su técnica constructiva, con la cual se pueden construir otras obras parecidas en número infinito, abandonándose las anteriores que valen sólo como experiencia. Éste es el verdadero significado de todos los trabajos y de todas las obras humanas. La Ley no

cuida de la conservación del fruto material, porque es el fruto espiritual lo que tiene valor, y éste queda gravado en el alma de quien realizó el trabajo.

Podemos ahora comprender cuál es el verdadero valor de las cosas que en la vida llegan a nuestras manos. La Ley nos las deja poseer, manosear, dirigir, pero tarde o temprano llega el día en que hemos de desprendernos de ellas, y entonces tendremos que devolver todo a la Tierra de la cual las tomamos, también nuestras manos y hasta nuestro cuerpo todo. Entonces todas las cosas no nos fueron dadas sino prestadas, en usufructo temporario, y nuestro es sólo el uso bueno o malo que de todo lo que recibimos hayamos hecho. Todo lo restante queda en la Tierra. Pero esto no quiere decir que no podemos llevar nada con nosotros al desencarnar. La Ley nos quita lo que es inútil y que en la ilusión de la vida creemos que es la cosa más importante, en cuanto que nos deja llevar con nosotros lo que más vale y que es el verdadero fruto de nuestro trabajo, o sea, nuestra experiencia que representa sabiduría, la cual puede reproducir cuantas obras queramos. Esta experiencia es la riqueza acumulada de la cual somos dueños, lo que será el capital que tendremos a nuestra disposición en las otras futuras vidas.

Entonces todo lo que poseemos en la Tierra es sólo un instrumento de escuela, un medio para aprender. También las consecuencias de este hecho están escritas en la lógica de la Ley y son muy importantes. Si la finalidad de todo lo que llega a nuestro poder es la de enseñarnos el uso correcto de las cosas, adquiriéndose el sentido de la justa medida y las cualidades de orden, autocontrol y disciplina, es lógico que la Ley nos quite todo cuando tenemos demasiada codicia y hacemos mal uso de nuestros poderes; y que la Ley nos deje todo cuando no tenemos codicia y hacemos buen uso de lo que poseemos. Si la pérdida de las cosas nos aturde porque a ellas estamos muy apegados, entonces para aprender la lección de que ellas son un medio y no un fin es bueno perderlas, para que tomemos conocimiento de que los verdaderos valores de nuestra vida, los que merecen nuestro apego, se encuentran en otro lugar. Pero si la pérdida de las cosas no nos aturde porque a ellas no estamos apegados, entonces es porque aprendimos la lección de que ellas son un medio y no un fin. En este caso somos espontáneamente lo que debemos ser, es decir, sólo administradores honestos, y podemos poseer todo sin peligro alguno para nuestro espíritu. Sucede así que en la lógica de la Ley pasa a no haber razón para que las cosas nos sean quitadas, mas, por el contrario, ya hay motivo para que todo nos sea dado, porque, una vez aprendida la lección, no hay razón que justifique renuncias forzadas y limitaciones dolorosas. Ésta es la lógica de la Ley, es decir, que el camino para llegar a la abundancia es el desapego. Entonces, la lógica del mundo está invertida, y que así sea lo prueban los frutos invertidos que él recoge, es decir, lucha y necesidad en un mundo donde podría haber paz y todo en abundancia para todos.

Como se ve la Ley es inteligente, tiene su lógica y se puede razonar con ella. Ahora, la lógica de la Ley es que el impasse de sufrimientos y desilusiones en que se encuentra

el hombre en su plano de vida tiene que ser resuelto, porque si así no fuese sería una condena loca y cruel, un trabajo duro sin objetivo ni sentido. Pero la Ley es buena y lógica, y así la vida es solamente una escuela para aprender, lo que todo explica y justifica.

La conclusión de esta nuestra conversación, por extraña que parezca, es que todo podemos obtener, y de gratis, pero sólo cuando no lo deseemos con codicia, porque sólo en este caso el poseer ya no representa un peligro para nosotros. Si el objetivo de todo es evolucionar, es lógico que nos quiten todo lo que constituya la base de un apego excesivo que no nos dejaría progresar en nuestra obra más importante, que es la de nuestro progreso en el camino de la evolución. En otras palabras, lo que impide que todo llegue a la infinita abundancia que existe de todas las cosas es nuestra incapacidad de saber hacer de ellas buen uso, olvidando cuál es la verdadera razón por la cual las poseemos. El motivo por el cual al hombre tantas veces acaba por faltarle muchas cosas es debido al hecho de no haber aprendido a emplearlas con juicio. Mas he allí que luego que hayamos alcanzado las necesarias cualidades de inteligencia, bondad y desapego, imprescindibles para que todo sea bien dirigido, no hay ya razón que justifique la privación. ¿Por qué debería la Ley atormentarnos sin un objetivo útil para nuestro bien? Dios no puede querer esto.

En la Tierra hay de todo en demasía. Lo que falta es un ser que de todo sepa hacer buen uso. El hombre no ha aprendido esta lección y para evolucionar se hace menester aprenderla. Mientras él esté preso en sus bajos instintos de lucha, aplastando a todos con su egoísmo, sería un daño para él poseer poderes mayores, y es lógico y bueno que él pierda lo que no sabe emplear sino en perjuicio suyo. Esto revela la sabiduría de la Ley. Y esto es de hecho lo que vemos que sucede. El hombre, que ha descubierto la energía atómica, no posee aún una psicología lo bastante evolucionada para saber usar, sin su perjuicio, una fuerza tan poderosa. El descubrimiento más importante que el de la energía atómica, y que aún falta, es el de esta psicología sin la cual aquel descubrimiento se vuelve peligroso y no puede dar fruto sino de destrucción. Por esto, desgraciadamente, es inevitable que el hombre con el descubrimiento atómico lo destruya todo, para que aprenda la lección indispensable que es la de saber usarlo y llegar así a realizar el descubrimiento mayor que es el de esta nueva psicología de hombre civilizado, que sabe utilizar sólo para el bien de la humanidad y no para destruirla, el progreso alcanzado por la ciencia. Este hecho de construir un hombre más sabio será el mayor y verdadero fruto del descubrimiento atómico y de la destrucción a que él llevará. Todo es lógico. Si el objetivo es evolucionar y si el hombre es lo que es, ¿cómo alcanzar de otra manera este objetivo?

Así el hombre está creando, con su codicia de poseer demás, su miseria. Esto es locura. Pero él tendrá que experimentar tantos sufrimientos, hasta que aprenda que esto es locura. Hasta ahora pareciera que él no ha sufrido lo bastante con sus guerras para

resolverse a terminar con ellas. Pero llegó la hora de la última experiencia decisiva para resolver el caso para siempre. Y cuando con la guerra muera también este instinto feroz de destrucción recíproca, entonces con la destrucción acabará la necesidad y, por haber aprendido la lección, el hombre podrá gozar de la natural abundancia de las cosas, de la cual es sólo su errado comportamiento lo que lo aparta.

En la sabiduría de la Ley el deseo existe para ser satisfecho y no para ser traicionado con engaños. Cuando esto sucede no se puede deber sino a la falta de quien desea, porque deseó en la medida y en la dirección erradas. Entonces, con la privación la Ley nos cierra las puertas de la satisfacción para que despierte en nosotros el deseo de cosas más elevadas, y vayamos en busca de ellas. Es así que, despegándonos de las cosas inferiores y apegándonos a las superiores, conseguimos subir un nuevo grado en la escala de la evolución, realizando así aquello que es la mayor finalidad de la vida, en vez de correr detrás de dolorosas ilusiones. He allí pues que, como quiere la bondad de la Ley de Dios, la felicidad está en nuestro camino, esperando por nosotros para ser alcanzada con nuestro esfuerzo, viniendo a nuestro encuentro, si queremos cumplir este esfuerzo.

De esta manera queda de pie la bondad de Dios y la sabiduría de la Ley, y se revela justo lo que a primera vista parecía un engaño cruel. Se comprende entonces el verdadero sentido del juego de nuestra vida, tal cual lo vemos desenvolverse en nuestro mundo.

Continuaremos así explicando el significado de tantas cosas y hechos que nos rodean.

VIII

LA TRANSITORIEDAD DEL MAL Y DEL DOLOR

Los locos métodos del mundo y el verdadero camino.

Ya aprendimos que la finalidad de la posesión de las cosas no es la de gozarlas, sino la de aprender el arte de poseerlas conforme a la Ley, haciendo de ellas, no una prisión que nos retiene abajo, sino un medio de experiencia para evolucionar. Ahora podemos comprender cuán loco es el método que el mundo usa. Él corre ciegamente detrás de las cosas para apoderarse de ellas, movido por su instinto de ambición que cree que lo llevará hacia la felicidad. Pero lo que no sabe es que todo está regido por leyes, que para conquistar y mantener la posesión de las riquezas y poderes existen reglas, y que quien

no las sigue, no puede alcanzar estos resultados. No basta la codicia de querer poseerlo todo. Éste es un impulso ciego que nos hace cometer errores, es una estrategia engañadora que nos lleva hacia el punto opuesto al que deseamos. Pero, ¿cómo se puede llegar a la abundancia usando el método de la destrucción? En su insaciabilidad de poseer siempre más el hombre roba, agrede al prójimo, y, en el caso mayor de las naciones, hace las guerras. Siempre quiere eludirse suponiendo que de éstas va a salir vencedor. Pero después, sea él fatalmente vencedor o vencido, sale de la lucha con los huesos quebrados, empobrecido, agotado. ¿No es esto lo que sucedió en la pasada guerra mundial? La lógica de este método es la misma de quien para construir una casa, en lugar de cimientos para sustentarla, coloca en el terreno que sirve de base bombas, dejando que exploten. ¿Qué se puede construir con este sistema? De hecho vemos lo que el mundo con él consigue realizar. Para edificar es necesario construir y no destruir. La destrucción es el único resultado de la codicia ciega y descontrolada.

El error fundamental está en el hecho de concebir la vida egoístamente y no colectiva y fraternalmente; esto es propio de esta psicología atrasada natural de los planos inferiores de vida, error que lleva al individuo a centralizarlo todo en sí mismo, apegado a su propio yo, hacia el cual desearía que todo el universo convergiese. Éste es el principio de todos los imperialismos basados en la fuerza. Mas, este procedimiento errado no puede impedir que la vida sea un fenómeno colectivo en que todos los fenómenos se mezclan en una misma base común, dentro de las mismas reglas fundamentales. En este ambiente, quien crea que es ventajoso hacer sólo sus negocios, sin inquietarse por el daño ajeno, queda automáticamente aislado y no puede vivir sino rodeado de armas para el ataque y la defensa. Y siguiendo este método, la Tierra se transforma en un campo de guerra para todos, en el cual el único trabajo que se hace es el de destruirlo todo. Esto, de hecho, es lo que está sucediendo en el mundo. Y lo que hacen las naciones en gran escala, lo hacen los individuos en pequeña. Todos se agreden y defienden, cada uno creyendo sacar ventaja y el resultado es un roce, una lucha y una destrucción general. Cada quien siembra bombas en el campo de su vecino. Mas, también a su mismo campo llegan los estallidos cuando ellas explotan. En la vida no se puede aislar el daño de nadie. El daño de los otros termina, tarde o temprano, siendo nuestro daño. Quien no sepa esto tiene después que aceptar las consecuencias de su ignorancia.

Aquí podría surgir una pregunta: ¿cómo puede la sabiduría de la Ley permitir que suceda todo esto?

La sabiduría del maestro no es la sabiduría del alumno, que tiene que conquistarla con su esfuerzo. El hombre tiene todavía que aprender muchas cosas. El trabajo que le cabe hacer en su actual fase de evolución y nivel de vida es exactamente el de experimentar sufrimientos y dificultades hasta que aprenda a vivir con más juicio, construyendo para sí la inteligencia necesaria. Nadie es culpado por estar atrasado en el camino de la evolución. Pero sufre el daño de no ser lo bastante evolucionado para gozar de las

ventajas a las cuales tiene derecho sólo quien ha realizado el trabajo de subir hasta planos de existencia superiores.

Lo que es un hecho positivo, de absoluta voluntad de la Ley, es que el ser evolucione. Y el desenvolvimiento de la inteligencia para orientarse en el camino de la vida es uno de los trabajos más importantes para alcanzar este objetivo. Ahora, en el bajo nivel en que se encuentra el hombre, para despertar el desenvolvimiento de la inteligencia son necesarios los choques y los sufrimientos que él tiene que enfrentar en la Tierra como consecuencia de su ignorancia. Es necesaria la destrucción, el dolor, la guerra, la inseguridad en todo. Es necesaria esa lucha que con perjuicio de la propia vida tiene que ser vencida, cueste lo que cueste. Golpes más leves no serían percibidos. Y la Ley proporciona sus pruebas a la medida de la sensibilidad de los individuos y enseña de acuerdo con la inteligencia de los alumnos. Por la misma razón los salvajes viven en un ambiente salvaje y las fieras en un mundo hecho de ferocidad. Pero todos están cumpliendo el mismo trabajo de desenvolver su inteligencia, cada quien en su nivel, en la forma adaptada al conocimiento que ya posee. Es así que a través de las duras experiencias el ser va ascendiendo y, a medida que va subiendo, éstas se vuelven más leves, porque aumentando la sensibilidad y la inteligencia, los dolores no tendrían sentido en la lógica de la Ley pues serían contraproducentes, oprimiendo en vez de educar. Y ya dijimos, la Ley es siempre buena y constructiva.

Así el ser, experimentando los dolorosos efectos de sus errores, va aprendiendo a no cometerlos más, y va de este modo construyendo su sabiduría. Y cuando la haya construido no cometerá más errores, y de este modo, la planta mala del sufrimiento no podrá ya nacer porque no fue sembrada. Todo está claro y es lógico, al mismo tiempo que es bueno y justo. En el cuadro del universo todo está correcto cuando colocamos cada cosa en su debido lugar. Pero lo que se encuentra sobre todo en nuestro mundo es ciego desahogo de instintos, en vez de sabia orientación. Por encima de todo queda la sabiduría de la Ley por intermedio de la cual recibimos lo que merecemos, no importando si cada quien trata de culpar al otro. La moraleja de todo esto es que hay un camino para llegar a la liberación del dolor, y es el de la evolución. Y al llegar el dolor, si supiésemos usarlo para aprender la lección, éste será el camino para que alcancemos la liberación del mismo dolor.

La verdad de todo eso está probada por los hechos que vemos. Hoy el hombre, por los grandes descubrimientos que ha alcanzado, se encuentra en esta encrucijada: o se decide a desenvolver la inteligencia y la bondad que son indispensables para hacer buen uso de ellos, o lo destruirá todo. Esto quiere decir que cuando se ha alcanzado un nuevo poder y la posesión de mayores recursos, la inteligencia que es necesaria para usarlos tiene que crecer paralelamente si no queremos caer en un desastre, cuya finalidad es precisamente la de quitar poderes excesivos de las manos de aquéllos que no los merecen. Ésta es la prueba que la humanidad está hoy esperando. Si ella no demuestra saber vencerla como

se espera, lo perderá todo. Un buen padre lo quita todo de las manos de su hijo, si éste descubre armas peligrosas, para las que no tiene aún el suficiente juicio para saber usarlas sin perjudicarse. Mas, por el contrario, este padre da todo a su hijo cuando ve que éste se ha vuelto lo suficientemente sabio para saber hacer buen uso de las infinitas cosas y poderes de que el universo está lleno. La consecuencia de todo eso es que en los planos inferiores donde domina el estado de involución con la ignorancia correlativa, todo queda sumergido en la lucha, en la violencia, en la destrucción, en la carencia de todo, mientras que en los planos superiores, donde domina el estado de evolución con la correlativa sabiduría, todo emerge y se eleva en la paz, en el amor, en la construcción, en la abundancia. Vamos repitiendo estos conceptos para que sea bien comprendido que la causa primera de nuestros males es el estado de involución en que nos encontramos; que para librarnos de ellos hay un remedio: evolucionar. Para eso es necesario nuestro esfuerzo, a fin de que estas ventajas sean merecidas, pues nada cae de gratis del cielo; todos los dolores permanecen mientras el hombre no haya aprendido a no provocarlos con su comportamiento negativo.

Esta parece una conversación dura, mas es justa y verdadera. Y encontrar justicia y verdad en vez de engaños es una ventaja. No hay duda también de que nada se pierde de todo lo que hayamos hecho con buena voluntad para subir. Como cada sufrimiento encuentra sus causas en nuestras obras erradas, del mismo modo todo el trabajo que queramos realizar en el sentido del bien no puede dejar de producir, para nuestra satisfacción, sus buenos frutos. La Ley es justa e imparcial. Es lógico que por la misma razón de que quien siembra el mal tiene que recoger el mal, quien siembra el bien tiene que recoger el bien. Y está garantizado de la manera más absoluta que todo esto se realiza. Todo queda grabado con una técnica sutil de vibraciones en las corrientes dinámicas que forman parte de la Ley, que como ya dijimos, es también voluntad y acción. Y todo podrá ser siempre corregido por nuevos impulsos, pero nunca podrá ser anulado. Allí está escrita nuestra historia de milenios, teniendo cada quien su registro que no se mezcla con los de los otros. Allí todo puede ser leído y a toda hora se pueden hacer las cuentas del débito y del crédito que marcan nuestra posición con relación a la Ley conforme a lo que hayamos merecido, sea en el sentido del bien como en el del mal. Todo en la Ley es profundamente honesto, sin posibilidad de escapatorias o burlas. También el mínimo esfuerzo que queramos realizar recibirá su proporcionada recompensa.

Es así como lentamente vamos reconstruyendo nuestra individualidad con sus cualidades buenas o malas y que representan el total de todas las operaciones pasadas, sintetizadas en éste su último resultado, que es lo que constituye nuestra personalidad, con su historia pasada, sus instintos actuales y su destino futuro. Así la Ley funciona con completa honestidad y respeto por la libertad del ser, como una máquina perfecta.

Observándonos a nosotros mismos podemos leer la historia de nuestro pasado. Quien tenga los ojos abiertos para leer dentro de sí mismo, porque se ha acostumbrado al autocontrol y a la introspección, puede, mirando hacia el futuro, reconstruir la estructura del árbol y de sus raíces. Esto quiere decir que mirando sus instintos y cualidades actuales, puede reconstruir la serie de pensamientos y actos que, largamente repetidos, se volvieron hábitos para constituir lo que hoy es su personalidad. He allí que existe un medio por el cual es posible de manera lógica y positiva reconstruir nuestra historia pasada. Y si hoy, en nuestra vida actual, llega el sufrimiento, esto en la lógica de la Ley tiene que poseer un significado y un objetivo. El significado es que este dolor tiene como origen las malas cualidades que quisimos adquirir, y su objetivo es dado por la función de él, que es la de corregir estas cualidades erradas.

Es a través de este camino que se va perfeccionando la mecánica de la reconstrucción de nuestro yo. El camino es duro, pero todo el esfuerzo es bien pagado. El patrón que todo dirige es honesto. Él exige lo que conforme a la justicia tiene derecho a exigir. Mas después mantiene su palabra. La Ley es dura, pero en ella no hay lugar para engaños. Así, si es triste mirar hacia nuestro feo pasado y observar nuestro presente infeliz, podemos con alegría mirar también hacia nuestro futuro. Sabemos con toda certeza que la evolución nos lleva de las tinieblas a la luz. Entonces, si en el pasado hubo tinieblas, en el futuro habrá luz. La evolución es una corriente que nos impulsa a todos hacia esa luz. Basta sólo la paciencia para esperar que vengan tiempos mejores, y también buena voluntad y obediencia a la Ley para que ellos maduren para beneficio nuestro.

Así, cuando hayamos aprendido la lección del desapego, ¡cuánta riqueza podrá llegar! Aprendida la lección de la renuncia, ¡cuánta abundancia! Aprendida la lección de la humildad, ¡cuánto poder! Cuando hayamos adquirido la virtud de la paciencia en el sufrimiento, ¡cuánta felicidad! Cuando hayamos adquirido la virtud de la bondad, ¡cuánto amor podremos recibir! Y finalmente después de haberlo conseguido todo, ¡cuánto reposo! No estamos fantaseando cosas absurdas. Hemos visto cómo todo esto está escrito en la lógica de la Ley de Dios. Éste es también el significado del Sermón de la Montaña; éstas son las verdades que Cristo nos enseñó.

“Bienaventurados los humildes de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los mansos, porque heredarán la Tierra. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados los limpios de corazón, porque verán a Dios. Bienaventurados los pacificadores, porque serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los que han sido perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Alegraos y exultad, porque es grande vuestro galardón en los cielos...”

Los comentaristas de este discurso nunca por casualidad se preguntaron, ¿cuál podía ser la razón profunda de la inversión de todos los valores humanos? Y ¿pensaron alguna vez en comprender esta razón? El motivo de todo no se puede descubrir sino en función de la Ley que rige el funcionamiento del universo. Es necesario haber antes comprendido el significado del fenómeno de la evolución, las causas que lo generan y su telefinalismo u objetivo final a alcanzar, es decir, su punto de partida y de llegada. Entonces se puede comprender, como aquí estamos explicando, que el mal y el dolor en la perfección de la obra de Dios, son defectos que no pueden ser admitidos sino como imperfección relativa y transitoria, como cualidades pasajeras propias de la criatura a lo largo del camino de su evolución. Esto quiere decir que el mal y el dolor existen sólo para ser corregidos, transformados en bien y en felicidad, es decir, anulados en su estado contrario. He allí que a la tristeza de constatar tantas cosas horribles en el presente, le sigue la alegría de saber que, si queremos, podemos realizar en el futuro muchas cosas maravillosas. He allí que al pesimismo de quien queda viendo sólo el caso particular del momento, le sigue el optimismo de quien alcanza y abarca en una visión de conjunto el proceso de toda la evolución de la vida hasta su última etapa. Sería una absurda blasfemia admitir que le fue permitido al dolor y al mal manchar en forma definitiva la obra de Dios, venciendo de esta manera su infinita bondad.

IX

DE LAS TINIEBLAS A LA LUZ

En busca de la verdad que nos orienta y construye, rumbo a la perfección.

Lo que vamos afirmando en este libro no está asentado en el aire ni es fruto sólo de una escuela filosófica o de una opinión personal. Nuestra afirmación de fe no es ciega, mas es una afirmación de conclusiones extraídas de teorías complejas que en nuestros libros fueron cabalmente demostradas y que en esta exposición simple no pueden ser repetidas. Para quien quiera profundizar su conocimiento, podrá en aquellas teorías encontrar las razones últimas de estas nuestras afirmaciones, desde sus primeras causas hasta sus últimas y resolutivas consecuencias. Detrás de éstas está también el apoyo de una vida entera de control experimental de estas teorías, en contacto directo con la realidad de los hechos.

Esto nos ofrece la siguiente ventaja, tratándose de los problemas de la vida y del espíritu: podemos pisar en el terreno firme de los hechos y permanecer apegados a la

realidad de la vida práctica, teniendo como objetivo nuestra utilidad. Al mismo tiempo, de todo lo que decimos, podemos dar una explicación objetiva sin derivar hacia abstracciones filosóficas. Nuestras teorías están basadas en la razón, en la observación de los hechos, en la ciencia positiva. Todo lo que aquí vamos explicando no fue aprendido sólo en los libros, no es una repetición de lo que se acostumbra decir en este terreno, mas representa material inédito porque fue sobre todo vivido, experimentado y controlado en la lucha y en el sufrimiento. No estamos repitiendo lecciones aprendidas de memoria, mas ofrecemos las conclusiones de una vida de pensamiento dedicada al esfuerzo de comprender y de una vida de amarguras por no querer aceptar los caminos vulgares del mundo. Fue principalmente por intermedio de la propia experiencia y no por intermedio de la experiencia de los demás, que quise enfrentar y resolver el problema del conocimiento que tanto ha atormentado al hombre en todos los tiempos. Es así que llegamos a perspectivas diferentes de las comunes, que, por ser originales, pueden parecer erradas si son medidas con el metro formal de las verdades tradicionales.

Con este método, empero, se alcanza la gran ventaja de quien habla sin repetir cosas aprendidas de los otros, estando por esto bien convencido de lo que dice y el estar convencido es la mejor manera para convencer a los demás. Lo que más lleva a aceptar ideas y determina la persuasión, no es tanto el método de convencer a la fuerza tratando de imponer las propias ideas, pues esto despierta el instinto de defensa, sino el hablar simple y sincero de quien está convencido de que está diciendo la verdad. La vida exige un fruto vivo que brote de su misma fuente. Para llegar a transmitir la llama del propio convencimiento, es necesario poseer esta llama; de otra manera no se podrá transmitir sino el hielo de la propia indiferencia. Lo que tiene poder no son las palabras que van de la boca a los oídos, sino la vibración ardiente de la mente y del corazón que se dirige a la mente y al corazón del prójimo. La verdadera conversación no es la de las palabras, sino la que se hace interiormente, por su cuenta, de alma a alma. El arte oratorio es otra cosa; es fruto artificial, fingido, que puede ser agradable para observar pero que no sirve para digerir, porque no contiene alimento. Por el contrario, la verdadera convicción altera las mentes y sabe darnos palabras para que lleguemos a este resultado, palabras substanciales y poderosas que son las únicas que poseen esta fuerza.

Cuando era joven el mayor choque que recibí, al primer despertar de la mente en esta nuestra Tierra, fue el percibir la presencia de la mentira. En la búsqueda a que me dediqué para saber en qué especie de mundo me encontraba, aquel fue un descubrimiento muy duro, sobre todo porque tenía sed desesperada de algo justo, de algo sinceramente honesto y verdadero. Y todo se presentaba de tal manera como correspondiendo a la apariencia de verdadero, que antes de hacer el triste descubrimiento yo creía que todo era genuino, sin sospechar nada. Y lo peor de todo era que muchos se ufanaban con este medio, o sea, con el engaño, de vencer al prójimo. Entonces me pregunté en qué mundo infernal había nacido, un mundo en el que

dominaba la ausencia de Dios y la presencia de las fuerzas del mal. Esta fue la verdad que saltó a mi vista, luego que comencé a mirar por detrás de los bastidores de las apariencias. Todo esto hubiera podido pasar desapercibido. Pero desgraciadamente tenía el instinto de querer mirar las cosas también por dentro para conocer el secreto de su estructura y de su funcionamiento. Esto, desde los juguetes de niño, hasta llegar a la gran máquina del universo.

Quedé desilusionado, pero esto no perturbó mis investigaciones. Como quien busca un tesoro escondido sin el cual no puede vivir, en vez de caer en el desánimo y en el pesimismo, continué excavando aún más a fondo para descubrir cuál era la última verdad y qué había de real detrás de estas engañadoras apariencias del mundo. La búsqueda fue larga y dura, porque fue escarnecida como algo inútil por una mayoría que creía que los objetivos de la vida tienen que ser diferentes; investigación condenada, porque procurar, detrás de las verdades ficticias, la altísima verdad, incomoda a todos, pues descubre muchos juegos de intereses que ellos desearían que quedasen ocultos. Me encontré entonces, de esta manera, solo contra todos, despreciado por no realizar la cosa más importante según la opinión general: hacer negocios y amontonar dinero; y culpado por la búsqueda de la verdad y por traerla a la superficie. Pero, un instinto indomable me decía que, con toda seguridad, tenía que existir en algún punto, más allá de este nuestro mundo, otro mejor donde reinase la justicia en vez de la fuerza, la sinceridad en vez del engaño, la inteligencia en vez de la ignorancia, la verdad en vez de la mentira, la bondad en vez de la maldad, felicidad en vez de sufrimiento. Y, una vez que yo hubiese descubierto ese otro mundo, lo que más desearía era encontrar el camino para llegar hasta él.

Me encontraba como si estuviera encerrado en una prisión obscura, sin puertas ni ventanas. Pero percibía por intuición que detrás de las paredes duras había aire libre y la belleza del cielo en la luz del sol. Para llegar hasta allá excavé solo y en las tinieblas, con las uñas sangrando, atormentado por los sufrimientos de la reclusión; excavé las piedras duras de la pared espesa, desalentado, y a veces, agotado. Las piedras caían una detrás de la otra, hasta que... un bello día un rayo de luz apareció, anunciándome que había encontrado el camino hacia la liberación. Hasta ahora han sido apartadas diecisiete piedras. Para que nada se perdiera de la experiencia de mi trabajo, ni para mí ni para los demás, para que nada se perdiera de la visión siempre más amplia y bella que aparecía por fuera, yo gravaba todo en mi mente y lo describía en libros. Diecisiete piedras significan diecisiete libros. Otra piedra está cayendo ahora y estoy escribiendo el décimo octavo libro. Aparecen así horizontes siempre más vastos, planicies y montañas, ciudades y ríos, el mar y el cielo, y la luz del sol que todo ilumina, disipando las tinieblas de la prisión y calentando también los duros corazones de los prisioneros. A ellos ofrecemos el fruto de este trabajo, para que también lleguen a comprender cuál es el camino de la liberación.

Cada uno al nacer trae consigo ciertos instintos que fueron construidos por él en sus existencias pasadas. Y él se siente impulsado a seguirlos, sean buenos o malos, encontrándose amarrado a ellos por la misma fuerza irresistible y fatal que liga el efecto a su causa. Ahora, el instinto que me guiaba antes que yo pudiese comprenderlo todo, observando y razonando, exigía que mi vida no fuera un inútil desperdicio de fuerzas detrás de espejismos, como después vi que muchas veces sucede en la Tierra, sino que fuera una construcción sólida, basada no en las arenas movedizas de los valores ficticios y caducos de nuestro mundo, sino en el terreno seguro y estable de los valores eternos. Tal vez por haber experimentado bastante y por haber aprendido la lección, no me pertenecía ya el trabajo de caer víctima de las más comunes ilusiones humanas, cuales son la riqueza, el poder, la gloria, las satisfacciones materiales, etc. Sólo por el olfato sensibilizado, percibía que eran solamente cebos. Necesitaba así hacer de la vida un uso diferente del común, una verdadera obra de construcción y no una escuela de destrucción de ilusiones, las cuales ya no tenían el poder de engañarme. Mas, para construir así era necesario un terreno firme donde poner los cimientos. Percibía por intuición que este terreno tenía que existir, pero en la Tierra era difícil encontrarlo. Algunos rayos de luz aparecían aquí o allá, en las religiones, en las filosofías, en la ciencia, pero flojos, desconexos, torcidos, disfrazados, sepultados en el fondo de las formas. Era necesario iniciarlo todo desde el comienzo. Y así se hizo. Trabajo duro, cuyo fruto es lo que aquí en estas conversaciones y en nuestros libros ofrecemos a aquellos que deseen orientarse de manera que hagan de sus vidas la misma construcción sólida que estamos mencionando.

Para dar una orientación a mi conducta en la vida era preciso conocer ante todo el lugar a donde yo acababa de llegar. ¿Por qué había nacido y por qué tenía que vivir esta vida presente? ¿Hacia dónde se dirigía este camino o tenía yo que dirigirlo? Pero para resolver mi caso particular, tenía también que encontrar respuestas a las mismas preguntas para el caso general. Preguntaba por todos lados, mas no obtenía una respuesta satisfactoria. Parecía que mis semejantes, o no sabían estas cosas para saber responder de una manera exacta, o no tenían mucho interés en saberlas, sea porque tenían que cuidar de otras cosas más importantes o por haber perdido toda esperanza por no haber encontrado respuestas adecuadas a sus indagaciones. Lo que más los atraía y prendía eran las ilusiones del mundo en las cuales ya creían, aunque todos vieran en todo momento que ellas terminaban sepultadas, con nuestro cuerpo, en el túmulo. Fue así que para satisfacer mi deseo ardiente de orientar sabiamente mi vida, comencé solo el trabajo de la investigación con todos los medios a mi alcance, tanto los de la cultura como los de la intuición, de la observación como del sufrimiento, mirando y controlando todo por dentro y por fuera, de todo lo que sucedía conmigo y en la medida posible con los demás. Juntando los trechos de conocimiento adquiridos en la Tierra, completando con el raciocinio y la intuición, fue posible fundir tantos elementos separados en un sistema unitario y orgánico, y obtener la visión global del universo. Así llegué a encontrarme hoy en la posición de quien no solamente puede vivir orientado al respecto

de su propia vida, sino también de quien puede ofrecer a quien precisa de ellas como yo precisé, las respuestas a las preguntas fundamentales que dicen respecto a nuestra existencia. Yo necesitaba absolutamente de estas respuestas porque no conseguía comprender cómo era posible recorrer un camino, el camino de la vida, sin conocerlo. Es lógico que vivir corriendo al azar, como ciego, detrás de tentativas, sólo para caer en las desilusiones, no representa un trabajo constructivo sino un loco desperdicio de fuerzas, de nuestras fuerzas.

Así llegué a la mayor conquista de mi vida, que es la de haber descubierto la presencia sensible de la Ley de Dios. Que existe Dios, su presencia y su Ley, todos lo saben y lo dicen. Pero otra cosa es percibir esta presencia viendo cómo ella está obrando tanto en los grandes acontecimientos de la Historia, como en los pequeños de cada ser. Otra cosa es notar que en todo momento la Ley de Dios está funcionando alrededor y dentro de nosotros, y que a pesar de nuestra voluntad de substraernos a ella y de nuestro deseo de rebelión, nadie puede huir de ella y todos tienen que quedar a ella sujetos.

Fue así que llegó la gran satisfacción, que fue la de constatar que quien manda es Dios, lo que quiere decir que la vida no está dirigida por la prepotencia del hombre sino por la sabiduría, la bondad y la justicia de Dios. Entonces, cuando el patrón mayor que está por encima de todo es Dios, ¿qué hemos de temer? Vi, entonces, que bastaba esto para transformar en un optimismo salvador el desespero de los que sufren, la tristeza de los desamparados, el natural pesimismo de los honestos condenados a vivir en este nuestro mundo. Entonces se puede aceptar la dura prueba de una vida en la Tierra, por la ayuda que nos da una gran esperanza. Siendo así, la vida puede volverse una fiesta también para los que sufren y para los desheredados. Poseemos así el tesoro de una alegría confortadora para nosotros y para esparcir, para el bien de los demás. Quien hace esto ayuda a la bondad de Dios a descender y manifestarse en la Tierra, tornándose operario de Él y, sembrando felicidad para los demás, la siembra para sí mismo. Mas, se podría objetar: todo eso ya lo sabemos y constituye la prédica de todas las religiones. Es verdad, esta esperanza ya existe, pero como cosa lejana, nebulosa, sólo apoyada en la fe, dudosa, porque sólo podrá realizarse en otra vida desconocida que, para nosotros, vivos, se pierde en el misterio de la muerte. La novedad consiste en presentar esta esperanza como una realidad positiva, verdadera, porque no solamente es demostrada con las pruebas de la razón y de la ciencia, sino porque está también sometida a un proceso regular de experimentación que nos confirma, que también en la práctica de nuestra vida de cada día, los principios en que se basa esta esperanza son verdaderos. Nuestro problema ahora es sólo éste: el de dejar tocar a los demás con sus manos esta realidad como nosotros la tocamos, para que ellos puedan sacar de este conocimiento la seguridad, el optimismo y la fuerza que él nos dio. Es por esto que escribimos libros como ahora lo hacemos.

X

APARIENCIAS Y REALIDADES

El nuevo modo de concebir y encarar la vida. La alegría de quien ha comprendido. No juzgar para no ser juzgado.

Mi mayor satisfacción fue la de haber descubierto que el mundo está regido por la sabiduría, bondad y justicia de Dios, conclusión a la que llegamos en el capítulo pasado. Mas, si todo está regido por Dios, el universo es una máquina perfecta y nuestro mundo no es sólo lo que parece ser, es decir, el reino del desorden y del mal. Mi gran satisfacción fue la de haber descubierto esta otra realidad, o sea, por haber mirado en profundidad, llegué a ver que lo peor está en la superficie y que, debajo de esa, se encuentra otro mundo regido por otra Ley, hecha de sabiduría, justicia y bondad. Esta Ley es la Ley de Dios, que desde lo profundo todo rige. Este es el terreno de piedra dura donde se puede construir sin peligro de engaños. Esta es la fuente que puede saciar a quien tiene sed de justicia, de bondad y de verdad. Entonces la vida no es un caos de luchas desordenadas donde sólo hay lugar para los más fuertes que acostumbran a vencer con cualquier medio, mas es un lógico y justo trabajo de experiencias, es un camino dirigido hacia nuestra felicidad. Realmente no vivimos al azar, abandonados a nosotros mismos, perdidos en este inmenso universo desconocido, mas tenemos un Padre en los cielos el cual, si con justicia golpea a los malos haciéndolo por el bien de ellos, también recompensa a los buenos que lo merecen. Podemos contar con Él con toda confianza. Él siempre mantiene su palabra que está escrita en su Ley y nos concede siempre lo que hayamos merecido. Él vela siempre por nosotros. Tenemos pues, a alguien que defiende nuestra vida y que está dispuesto a ayudarnos a todos, buenos y malos, para llevarnos hacia el bien y hacia la felicidad. Somos elementos constitutivos y ciudadanos de un universo orgánico, en cuyo seno la Ley coordina nuestra vida en relación a todos los otros elementos, todos hermanados en función del mismo principio central director, todos orientados e impulsados hacia la misma finalidad, que es la salvación universal.

Vemos así que, al final, la injusticia es fenómeno transitorio y de superficie. Quien verdaderamente manda es Dios, es decir, el bien, y las mismas fuerzas del mal terminan trabajando sólo en función del bien. Y, si Dios es quien manda, quien en realidad reina y ha de vencer, no lo hace por la fuerza sino por la justicia. No hay fuerza que pueda imponerse violando esta Ley. Tarde o temprano cada quien termina recibiendo lo que merece. La rebelión contra el orden, permitida por Dios, no consigue, como el hombre quisiera, subvertir este orden para ventaja suya, mas sólo lo arrastra para perjuicio suyo.

Como quien hace el bien ha de recibir su recompensa, así, quien hace el mal, ha de pagar con su sufrimiento.

Esclarecer todo esto, como estamos haciendo, si puede ser un aviso para los malos, no hay duda que constituye un gran consuelo para los buenos. Se desplaza así completamente el concepto de la vida. El más fuerte es Dios y quien está junto a Él, porque vive conforme a su Ley. El verdadero poder no está, como en el mundo parece, en las manos de los prepotentes y astutos, sino, cosa increíble para quien no sepa ver más allá de las apariencias, en las manos de los honestos que, por el hecho de obedecer y colaborar con Dios son por Él protegidos. Podemos así tener confianza en la vida porque ella es siempre bien dirigida por quien todo lo sabe, aunque ella se encuentre llena de ignorancia; es muy bien dirigida por la divina bondad, aun cuando seamos malos; es dirigida hacia nuestro bien y felicidad, aun cuando vivamos en el dolor.

¡Cuánta luz y alegría de optimismo puede esparcir alrededor de sí quien ha comprendido todo esto! Y quien se siente alegre, no puede renunciar a la satisfacción de comunicar a los demás esta su alegría. Por eso, nunca nos cansaremos de explicar estos conceptos, de demostrar y confirmar estas verdades, para que los demás tomen parte también de esta fiesta, porque ninguna alegría es completa si no es compartida con los demás. Vamos así, sin querer, explicando cada vez más el contenido de nuestra obra, su objetivo. Nuestra lucha es sólo para vencer el mal que inunda el mundo con las armas de la inteligencia, de la sinceridad y de la bondad; es para ofrecer gratuitamente el producto que parece faltarle a los demás, es decir, un medio de orientación para aprender a vivir con más inteligencia y menos sufrimientos.

Quien ha conseguido comprender todo esto y vive mirando hacia Dios, lo concibe todo de manera diferente, se torna otro hombre y, como si hubiese descubierto otro mundo, en él vive otra vida satisfecha, amplia y poderosa. Cae entonces para él el juego de las ilusiones humanas en el que tantos creen con una fe imperturbable, y detrás de ellas aparece otra realidad que nos explica la razón por la cual existe y hemos de soportar este juego. En otras palabras, se vive con los ojos abiertos, comprendiendo el motivo por el cual todo sucede; se vive orientado con respecto a la conducta a seguir y a las finalidades de nuestra vida. Cuando por haber evolucionado cae el velo de la ignorancia que nos impide ver esta otra realidad, entonces se comprende que hacer el mal a los demás creyendo que con esto es posible sacar una ventaja para sí, es una locura que no tiene el alcance que nosotros creemos. Que se pueda ganar por este camino, puede parecer posible sólo a quien está aún sumergido en la ignorancia propia de los niveles inferiores de la evolución. Lo que de hecho sucede es que quien esparce veneno, lo esparce para los demás y para sí también. Así quien hace el mal, acaba haciéndoselo también a sí mismo.

No existe solamente un funcionamiento físico y dinámico, mas existe también un funcionamiento espiritual y moral en el universo, con sus leyes exactas y fatales, como son las leyes del plano físico y dinámico que la ciencia estudia. El universo en que moramos está constituido de tal manera, que es un error que se paga caro el de decir que un determinado daño no nos interesa porque no es nuestro. No nos es posible aislarnos de nada en el universo. Queramos o no, estamos hermanados a la fuerza en el mismo mundo, respirando todos una misma atmósfera de fenómenos, sean físicos, dinámicos o espirituales, -entrelazados entre sí-, de manera que cualquier movimiento hace eco y repercute en todos los sentidos, y no se puede detener hasta que no alcance sus últimos efectos. No existen compartimientos monopolizados, divisiones absolutamente trazadas que puedan detener una vibración, una vez que ésta sea puesta en movimiento. No es posible construir paredes lo suficientemente fuertes que puedan dividir a seres hechos de la misma vida y sujetos a la misma Ley, paredes que puedan aislar nuestra ventaja de la ventaja de los demás, ni nuestro daño del daño de los demás. Todo termina desembocando en la misma atmósfera de donde cae la misma lluvia para todos.

Es verdad que en la naturaleza existen la prepotencia y el parasitismo y que la vida los permite y los acepta. Pero, ¿por qué sucede esto? La vida actúa así no para ventaja del vencedor, sino de la víctima, a la cual, por este camino, quiere enseñarla para conquistar para sí, con la lucha, su lugar en el mundo. Así sucede que luego que la víctima haya aprendido la lección bajo los pies del vencedor, lección que éste mismo le ha enseñado con el ejemplo de aquel aplastamiento, ella se rebela, y así el esclavo, si pudiera, esclaviza al patrón. Pero ¿quién fue el que adoctrinó y adiestró a los subordinados mostrándoles este camino? Es así que la prepotencia, hija de la injusticia, da fruto hasta cierto punto y esa superioridad y predominio duran en cuanto enseñan. Esto es lo que de hecho vemos que sucede en el mundo. Lo que sustenta tanta lucha es solamente la antevisión de la victoria. Y la razón de esa lucha continua es el hecho de que ella, en sí, constituye una escuela para desenvolver la inteligencia, hasta que se llegue a comprender que la victoria prevista es una ilusión, pero que ha servido como estímulo para alcanzar el objetivo que es hacer progresar al individuo.

El hombre ha sido siempre víctima de engaños de los sentidos y de su mente, engaños que lo han llevado a erradas interpretaciones de los hechos. Se creyó una vez en la solidez e indestructibilidad de la materia; se creyó que el sol giraba alrededor de la Tierra y no la Tierra alrededor del sol; que la Tierra era inmóvil; y así en muchas otras cosas. Sólo ahora comienza el hombre a comprender cuán engañadora es la apariencia de las cosas y que la verdad es otra, no obstante que todavía esté escondida muy profundamente. ¡De cuántas ilusiones psicológicas hemos aún de liberarnos! Esto sobre todo en el terreno intelectual, porque es nuestro intelecto el medio por intermedio del cual percibimos y concebimos todo. Lo que condiciona nuestros juicios e ideas en todos los campos, es la naturaleza, las capacidades y el desenvolvimiento de este intelecto. Cada ser no puede vivir sino en función de la comprensión que posee. Así muchas veces

aceptamos como verdades absolutas, axiomáticas, ideas que son fruto de nuestra forma mental, y que a ella respectan. Es necesario un control continuo y saber mirar en profundidad, para llegar a comprender la falsedad de tantos conceptos que ciegamente aceptamos y que dirigen nuestra vida.

Así cada quien juzga con los elementos que posee. Cuanto más ignorantes somos, tanto menos de estos elementos poseemos, tanto más rápidas y absolutas son las conclusiones. Y viceversa, quien posee más conocimiento y con esto más elementos para juzgar, no llega a conclusiones simplistas, rápidas y absolutas. Luego, quien más se aproxima a la verdad es quien juzga lentamente, sin absolutismo pero con profundidad, tomando en cuenta un número mayor de elementos. Entonces, quien juzga, lanzando su juzgamiento por encima de los otros, en último análisis se juzga a sí mismo, en el sentido de que con su juzgamiento él se revela a sí mismo. Por el hecho de no poder juzgar sino conforme a su tipo de pensamiento y naturaleza, su juzgamiento descubre cuál es este su pensamiento y naturaleza. La mejor manera para llegar a conocer una persona, es observando sus juzgamientos con respecto a los demás. Sucede así que, quien cae en la ilusión de suponer que juzgando a los otros está así poniéndolos al descubierto y colocándose por encima de ellos, en realidad sólo se está sometiendo a juzgamiento, descubriéndose y mostrando a todos sus propios defectos.

El mundo en que vivimos en realidad es muy diferente a lo que él parece por fuera y que la mayoría cree que sea. Quien hace el mal a los otros se lo hace a sí mismo, quien juzga está siendo juzgado; a pesar de la tentativa del hombre de invertir la ley de la justicia para ventaja suya, la justicia vence contra él, si él lo hubiese merecido. Y así sucesivamente. Esta es una constatación que estamos haciendo. Mas a esta altura podríamos preguntarnos: ¿cómo es posible todo esto, cómo sucede este enderezamiento, cuál es la mecánica del fenómeno? Esto se debe a la Ley, cuya presencia nunca nos cansaremos de destacar. Y presencia de la Ley quiere decir presencia de la voluntad viva y activa de Dios. El Padre nuestro que está en los cielos no está ausente de nuestro mundo, indiferente a nuestra vida, que súbitamente desaparecería si no fuese sustentada por Él, por su viva presencia. Dentro de esta Ley o Voluntad de Dios el hombre es libre de moverse, aunque dentro de límites marcados. Por eso, dentro de esos límites, puede actuar de manera diferente a como manda la Ley. Nace entonces, cuando el hombre no actúa de manera acorde con la Ley, la lucha entre él y Dios, un choque de voluntades: por un lado la de la criatura rebelde para invertirlo todo, de todo tornarse centro y dueña, lo que sería el caos, la destrucción y la muerte; y por el otro lado la voluntad de Dios para enderezarlo todo, permaneciendo Él como centro y dueño, lo que es el orden, la salvación y la vida.

Si la voluntad de Dios, escrita en la Ley, no rectificara a todo momento el desvío que el hombre trata de realizar hacia fuera del camino cierto, todo acabaría en el desorden. En verdad sería absurdo que la criatura pudiera sustituir al Creador en la dirección de un

mundo cuyas leyes profundas escapan a su inteligencia. Si la vida del hombre no fuese dirigida por una mente superior a la de él, como organismo físico, como estructura social, desenvolvimiento histórico, como ascensión espiritual, todo habría fracasado hace mucho tiempo. Si todo lo que se debe a la rebeldía del hombre contra la Ley no fuera continuamente corregido y debidamente orientado en la dirección correcta para la salvación final, ¿cómo podría ésta ser alcanzada, como tiene absolutamente que ser? Ciertamente no es el hombre el que puede dirigir el navío de la humanidad a través del océano del tiempo. Él está perdido en los pormenores del momento, en sus luchas e intereses particulares. Le falta la visión para orientarse en el camino de los milenios.

Así la Ley, trabajando de dentro hacia afuera, de lo profundo hacia la superficie, va supliendo los gastos que en la vida se verifican, enmendando los errores, rectificando los desvíos de la criatura inexperta. Es la voluntad de Dios la que salva todo, no la voluntad del hombre. Es ella la que en la justicia final reequilibra la injusticia del mundo; es ella la que en su orden reordena el desorden, la que con su inteligencia dirige nuestra ignorancia, la que con su bondad cura y elimina nuestra maldad, la que, educándonos, anula nuestros errores con el sufrimiento, llevándonos hacia la felicidad. Este fenómeno se debe a lo que se llama la inmanencia de Dios, el cual no solamente existe trascendente en los cielos sino que está presente también entre nosotros. Si así no fuera, ¿quién podría salvar al mundo? Todo estaría perdido. Es la presencia de Él la que impulsa y dirige la evolución, reorganiza el caos, reconstruye el edificio despedazado retornando todos los elementos a su unidad, el mal al bien, las tinieblas a la luz.

A esta altura se irgue con más fuerza aún la pregunta que surgió anteriormente: ¿cómo se verifica este enderezamiento, cuál es más exactamente la técnica funcional de estos fenómenos? El asunto es vasto y no nos es posible desenvolverlo enteramente ahora.

XI

EL EXTRAORDINARIO PODER DE LA VOLUNTAD

La técnica del funcionamiento de la Ley de Dios.
Quien hace el mal se lo hace a sí mismo.

En el precedente capítulo hablamos de la función de la Ley, que es la de enderezar las posiciones erradas adoptadas por el hombre. Terminamos formulando la siguiente pregunta: ¿cómo es que se verifica este enderezamiento; ¿cuál es la técnica funcional de este fenómeno? Ahora preguntamos más: ¿cuál es el juego de fuerzas a través del cual se llega a estos resultados y con qué métodos se consigue realizarlos? ¿De qué modo el mal vuelve a la fuente que lo generó y, de acuerdo con esto, por qué sucede que quien hace el mal, se lo hace a sí mismo? ¿Cómo puede nuestro mundo donde rige la ley de la fuerza, ser regido interiormente por otra ley, una ley de justicia que termina venciendo?

Ya explicamos que nuestra personalidad actual fue construida por nosotros mismos en nuestro pasado, por los pensamientos y actos que largamente repetidos, con la técnica de los automatismos, se convirtieron en hábitos. El resultado de todas nuestras actividades pasadas se encuentra escrito en síntesis en nuestro tipo individual. Nuestras cualidades e instintos actuales son el resultado de nuestra historia vivida, poseyendo una velocidad adquirida en la dirección que ellos representan y, por eso, a no ser que sean corregidos en otra dirección, significan y poseen un impulso y una tendencia a continuar de la misma forma en el futuro, fenómeno que llamamos destino. Esto ya lo dijimos.

Ahora, una parte de nuestro ser es todavía completamente animal, es decir, pertenece al subconsciente. Como sucede cuando domestican a los animales, que se acostumbran a vivir en un ambiente diferente a su ambiente natural, adquiriendo así con los nuevos hábitos nuevas cualidades e instintos, lo mismo sucede con el hombre, con el mismo método de transmisión al subconsciente. Se trata de un trabajo mecánico, automático, espontáneo, siendo no un producto reflejado por la inteligencia y voluntad sino confiado al subconsciente, que de todo va tomando nota, absorbiendo o reaccionando, en este trabajo de adaptación que es fundamental para que la vida se defienda y prosiga. Es desde la profundidad de este subconsciente que después todo lo que fue allí impreso por la larga repetición, vuelve a la superficie en forma de instintos, los cuales, por inercia, continúan impulsándonos en la dirección ya adquirida, hasta que nuevos impulsos vengan a generar nuevos actos y la repetición de éstos forme a su vez nuevos hábitos,

instintos y cualidades, que se irán sobreponiendo a los que ya poseemos, lanzándonos en una dirección diferente.

Ahora, el primer motor de todo esto es nuestra voluntad, que así puede libremente impulsar nuestra evolución en la dirección que ella escoja. Nos pertenece entonces el poder de construirnos a nosotros mismo como queramos. Es lógico por tanto que nos pertenezca también la responsabilidad y las consecuencias de nuestra escogencia. Es lógico también, que en un hecho así tan importante como el de la evolución, la escogencia del camino de su desenvolvimiento y el punto final hacia el cual avanzar, no puedan ser confiados al azar o a la voluntad de una criatura que, más allá de los problemas del momento y de su pequeño mundo, no sabe nada. Esto sería arriesgar el resultado último del inmenso trabajo reconstructor del universo, trabajo demasiado grande para ser entregado al capricho e ignorancia de la criatura, resultado último en el cual la criatura no puede influir y que pertenece sólo a Dios; resultado en que todo no puede ser sino absoluto, determinístico, inevitable.

Al lado de la voluntad del hombre, a la cual no le es permitido alcanzar sino los resultados que le competen, es decir, de construir al individuo, hay otra voluntad que fija los límites dentro de los cuales aquella puede moverse para que sea posible llegar, en cualquier caso, cualquiera que sea la obra del hombre, a resultados de salvación final y no de destrucción, como podría suceder en caso de que la voluntad del hombre prevaleciera. Esta otra voluntad a la cual, a fin de cuentas, está todo confiado, es la voluntad de Dios. Dentro de ella el hombre está sumergido, con la libertad de moverse como un pez en un río. El pez puede desplazarse hacia todos lados, menos hacia afuera del río, estando el camino ya marcado por leyes absolutas, teniendo, en cualquier caso, que nadar hasta llegar al mar. Así la criatura puede sembrar desorden a voluntad pero sólo para sí, en cuanto que en las líneas generales, todo está dominado por un poder mayor e inalterable que mantiene siempre el orden.

¿Qué sucede entonces? Cuando nuestra libre voluntad quiere realizar pensamientos y obras de mal, por repetición ellos terminan volviéndose automáticos, o sea, hábitos. Esto quiere decir que las cualidades y los instintos adquiridos por automatismos, constituyen nuestra personalidad con todos sus recursos, por intermedio de los cuales ella continuará funcionando con la automaticidad de los instintos, por lo menos hasta que éstos no sean corregidos. Entonces, conforme a lo que hayamos libremente realizado en el pasado, habremos construido para nosotros una personalidad con cualidades buenas o malas, y, alrededor de nosotros, un ambiente de vibraciones positivas o negativas, con todas sus consecuencias de felicidad o sufrimientos. Habremos construido una atmósfera propia en que seguimos respirando y viviendo, con sus características buenas o malas, de alegría o de dolor, las cuales habremos merecido y que ahora vuelven a nosotros, constituyendo lo que podemos considerar que sería nuestro destino final.

Cuando pensamos y obramos en un dado sentido, dejamos entrar en el sistema de fuerzas que constituye nuestra personalidad otras fuerzas que allí se fijan, modificando, conforme a su naturaleza, este sistema. Nunca olvidemos que en cada momento de nuestra vida estamos construyendo, con nuestros actos, el edificio de nuestro "yo", es decir, nuestro espíritu, nuestra psicología y también, como consecuencia, el cuerpo donde moramos. Pero, ¿con qué materiales realizamos esta obra? Y ¿qué resultados podemos alcanzar, si cuando construimos, en vez de utilizar piedra, sólo empleamos lodo blando y sucio? Entonces seremos como queramos construirnos, es decir, hechos del mal, sumergidos en una atmósfera de mal, amarrados a las fuerzas del mal que nos atraerá y que a la vez atraeremos y que nos golpeará porque de él quedaremos constituidos, nosotros y el mundo al cual pertenecemos.

Lo contrario sucederá, por la lógica de la misma Ley, a quien escoge el camino del bien. Lo cierto es que, después de practicada una acción, cualquiera que sea su naturaleza, hemos de recoger todo su fruto, sea bueno o malo. Si hubiésemos sembrado el bien, la alegría será nuestra y nadie nos la podrá quitar. Si hubiésemos sembrado el mal, el sufrimiento será nuestro y nadie nos lo podrá quitar. En caso de error hay un solo remedio: el dolor estará allí para avisarnos que erramos. Frente a nosotros hay siempre un camino virgen donde tendremos oportunidad de enderezar el pasado. Pero el impulso renovador tiene que partir de nuestra voluntad, que, como vimos, es la primera fuerza generadora de nuestro destino.

Mirando el fenómeno en su conjunto, vemos que hay dos fuentes transmisoras de vibraciones e impulsos dinámicos: la de la voluntad de nuestro "yo" y la de la voluntad de Dios. Las emanaciones de estos dos sistemas de fuerzas se encuentran y reaccionan uno en relación al otro. La Ley representando la voluntad de Dios es más poderosa, está hecha de orden y armonía, y a cada disonancia ella reacciona en proporción a ésta (como haría un director con su orquesta) para que todo vuelva a la posición correcta, luego que el hombre haya sobrepasado los límites preestablecidos. Por otro lado, el hombre no puede dejar de percibir esta reacción que se llama dolor y, conforme a su naturaleza y grado de comprensión alcanzado, reacciona, rebelándose o aceptando la prueba para aprender la lección y no caer más en el error. A su vez la Ley percibe las nuevas vibraciones e impulsos generados por estos nuevos movimientos de la voluntad del hombre, toma nota de todo, modificando sus primeras reacciones por medio de otras. Éstas son transmisión de ondas de regocijo si el ser ha vuelto al orden dentro de los límites de la Ley, o de sufrimiento todavía mayor si el ser ha continuado aún rebelándose, sordo al aviso recibido. El aviso ha de ser entendido y el sufrimiento crece en proporción a la sordez. Y así sucesivamente todo hace eco y repercute, por acción y reacción, en un contacto continuo entre el hombre y la Ley de Dios.

Se trata de dos mundos vivos, sensibles, en continuo movimiento, como las olas del mar, con flujos y reflujos, cada quien con sus desplazamientos y conforme a sus

características, llegando cada uno a tocar los puntos neurálgicos del otro sistema de fuerzas. Se verifica así como una red de impulsos, un coloquio de preguntas y respuestas, un contacto sutil por radiación que desde lejos liga y une en el mismo trabajo: el hombre en la Tierra que no quiere evolucionar y ser salvado, y Dios en los Cielos que quiere que él evolucione y se salve. Es así que los dos sistemas de fuerzas se excitan uno al otro y se explica cómo es que cae del cielo nuestro fatal destino, cual fue merecido. Esta es la técnica del fenómeno de la corrección del error. He allí el juego de fuerzas a través del cual acontece que el mal vuelve a la fuente que lo generó, de manera que, como dijimos, quien hace el mal se lo hace a sí mismo. Así quedan respondidas nuestras preguntas.

Lo más importante en el estudio que estamos haciendo, después de haber explicado el funcionamiento del fenómeno, es comprender sus consecuencias, pues son lo que más nos interesa, porque se realizan en nuestra vida práctica, consecuencias que dicen respecto a nuestra conducta, dándonos soluciones racionales en el difícil terreno de la moral, tratado hasta ahora empíricamente y no con métodos positivos. Miremos entonces hacia un punto muy importante del problema, cual es el de la corrección de nuestros errores. Punto práctico y actual para todos porque envuelve el problema del dolor, punto fundamental porque implica el problema de nuestra liberación del mal y del mejoramiento de las condiciones de nuestra vida. La consecuencia más importante que podemos desprender de este estudio, es que los errores que todos nosotros debemos haber cometido en el pasado, porque de otra manera no estaríamos presentes en la Tierra, son la causa de nuestros sufrimientos actuales, los cuales pueden ser corregidos, lo que significa la liberación del dolor.

Cuando el hombre inteligente entiende la técnica del fenómeno que estamos estudiando y por consiguiente la razón por la cual el dolor se encuentra en nuestro mundo, es lógico que no desee otra cosa sino llegar a corregir sus errores para librarse de las tristes consecuencias de ellos. Y tanto más trata de realizar esta corrección, cuanto más claro y positivo sea el método que le ha sido mostrado y ofrecido para llegar a este resultado. ¿Quién es el que no procura su ventaja? Esta es la moral que más fácilmente puede ser aceptada, porque todo está visible y demostrado, y es sólo problema de inteligencia para comprenderla. Pero desgraciadamente no hay peor sordo que aquel que no quiere oír. Se explica así por qué la Ley tiene que corregirnos con el dolor, porque éste es el único razonamiento que todos perciben. Más allá de ser justo que todo se pague, este es el único medio para impulsar al hombre en el camino de la corrección de sus errores.

Quien ha comprendido el verdadero significado de todo no cae ya en el error de creer que tiene más valor lo que poseemos que aquello que somos. Por el contrario, verificará que la verdad es que lo que poseemos se puede perder, mientras que no se pierde lo que somos. Lo que en último análisis prevalece no es lo que en este mundo consigamos poseer, amarrándolo a nuestro cuerpo y por tanto perecible como éste, sino nuestras

cualidades buenas o malas que no pereciendo con el cuerpo material, pasan a formar parte de nuestra individualidad espiritual. Es con estas cualidades por nosotros adquiridas que construimos nuestra vida futura; ellas son causa primera de todo lo que después constituye nuestro destino, contra el cual no hay poder humano que pueda prevalecer. Lo que después nos llega en la vida es sólo el efecto de estas causas. Conforme a la naturaleza de ellas atraeremos riqueza o pobreza, salud o enfermedad, éxito o fracaso, alegría o sufrimiento. Se invierten así los criterios del mundo. Es más rico un pobre que merece la riqueza que tendrá que llegar, que un rico que merece la pobreza, porque ésta también tendrá que llegar. ¿No es éste el sentido del Sermón de la Montaña de Cristo? Este Sermón, incomprensible para la psicología humana que no cree en él, se torna bien claro para quien ha entendido la función equilibradora de la Ley.

Recordemos una vez más que todo lo que recibimos en la vida no es un fin en sí mismo, que sirve para nuestro gozo, sino que es un medio para experimentar, para aprender y así evolucionar. Es lógico de este modo que la Ley nos quite todo cuando no lo usemos para esta finalidad que representa nuestro bien, ya que, por el contrario, apegándonos a las cosas materiales, nos arruinamos, deteniendo nuestra evolución. Es lógico también que, cuando creemos que el objetivo de todo es sólo la satisfacción, no estamos en condiciones de comprender el verdadero significado del juego de la vida. Si en nuestro mundo existe tanta lucha por las cosas materiales, esto no deja de tener también su sentido y utilidad, aunque en su nivel inferior de evolución. Así, por intermedio de esta lucha feroz se experimenta y se aprende. Los medios que la Ley usa para enseñar son proporcionales al grado de sensibilidad y comprensión alcanzado por el ser. Cuando éste evoluciona hasta un grado más elevado, la lucha en esta forma tendrá que desaparecer, porque no tendría ya un objetivo útil a alcanzar ni razón para existir, volviéndose por el contrario contraproducente y destructora. Los niveles inferiores están llenos de fuerzas, las cuales empero, con la experimentación, se van transformando en inteligencia. Ésta va prevaleciendo cada vez más, llegando, en los planos superiores, a sustituir totalmente a la fuerza que no es ya necesaria, porque la inteligencia se desenvolvió suficientemente para llegar a comprender la ventaja de obedecer espontáneamente a la Ley.

Hemos venido esclareciendo progresivamente esos problemas para entender mejor y enfrentar lo que arriba mencionamos, o sea, el problema de la corrección de nuestros errores. Pero para que sea posible explicar todo cabalmente a este respecto, tenemos que dejar el desenvolvimiento más completo de este asunto para el próximo capítulo.

XII

EL EDIFICIO DE LA EVOLUCIÓN

Cómo se realiza el enderezamiento de los desvíos y la corrección de los errores en la construcción de nuestra individualidad.

Continuemos desenvolviendo el problema de la corrección de nuestros errores.

Los seres no son todos iguales. Ellos se encuentran en posiciones diferentes. Cada quien conforme a su posición comete errores diferentes, y por los equilibrios de la Ley recibe exactamente la justa reacción correspondiente, que es la más adaptada a su aprendizaje. Cada movimiento nuestro, como ya dijimos, repercute en la Ley y conforme la naturaleza y el tipo de vibración irradiada, mueve aquel sistema de fuerzas en los diferentes puntos correspondientes, generando así una respuesta a esta excitación, respuesta hecha a la medida, vibración correctora de nuestros errores que llamamos reacción de la Ley.

Nuestros errores pueden diferenciarse, sea por sus cualidades, es decir, por la dirección seguida, -sea por su tamaño o peso- lo que quiere decir por la masa dada y por la velocidad adquirida. En otras palabras, nosotros estamos amarrados a nuestro pasado en sentido específico, es decir, debido a la cualidad de nuestros pensamientos y actos, a la dirección en que los movimos, y también amarrados a su cantidad o volumen, y a la fuerza adquirida por la velocidad e ímpetu con que por nosotros ellos fueron lanzados. Todo esto puede ser corregido, pero hasta que el esfuerzo necesario para esto no sea hecho, nuestro pasado nos prende y somos sus esclavos. Esta servidumbre, hasta que no nos libremos de ella, es proporcional a la cualidad, dirección y poder de nuestros pensamientos y actos pasados.

Se acostumbra a decir que cada quien tiene su estrella y nace con su destino. Es de esta forma que nuestro pasado, tal como lo quisimos vivir, vuelve y nos prende. Cuando se origina una causa y en consecuencia se mueve una fuerza, es necesario agotarla hasta sus últimos efectos. Por eso debemos tener mucho cuidado antes de generar cualquier pensamiento o acto, porque después quedamos a ellos amarrados y los llevamos con nosotros hasta alcanzar todas sus consecuencias fatales. De esto no se puede huir. Y lo que cada quien hace se lo hace a sí mismo, sembrando en su campo y no en el del vecino, debiendo después recoger y alimentarse de lo que ha sembrado. Todo lo que pensamos y realizamos es creación nuestra, generada por nosotros, carne de nuestra carne, dentro de lo que después tendremos que vivir. Y cuanto más repitamos un

pensamiento o acto, tanto más él se fijará y se tornará firme y estable, descendiendo a la profundidad de nuestra personalidad donde fija aquellos marcos indelebles que son nuestras cualidades. Mas sobreponiendo una nueva repetición a la vieja, podemos apagar aquel marco, substituyéndolo por otro, es decir, adquiriendo nuevos hábitos buenos que se colocan en el lugar de los viejos, destruyendo malas cualidades para sustituirlas por buenas. Es de esta manera que se pueden corregir nuestros errores. El arrepentimiento es bueno, pero sólo para iniciar el nuevo camino. Después es preciso recorrer todo este nuevo camino, para lo cual el arrepentimiento solo nada resuelve. Para enderezar el camino viejo es necesario vivirlo todo nuevamente al revés, invirtiéndolo.

Sucede así que cada vida representa una construcción nueva que se levanta sobre los resultados alcanzados en la precedente. Y no es posible escoger otros cimientos. El verdadero objetivo de nuestra existencia, que es el de construirnos a nosotros mismos, no puede ser alcanzado en el limitado número de experiencias de una sola vida. Así cada vida se irgue encima de la otra, como en un edificio cada piso se irgue encima del otro, que constituye su único apoyo, sobre el cual no puede dejar de asentarse. Los hábitos adquiridos representan esta base, que cuando nacemos en este mundo encontramos ya hecha por nosotros en nuestro pasado. Cuanto más estos hábitos se hallan arraigados en nuestra personalidad, tanto más quedaremos amarrados a la estructura de los pisos inferiores. En la construcción de los pisos superiores podemos modificar aquella estructura pero tomando siempre en cuenta la construcción ya hecha. La nueva construcción podemos hacerla diferente, corrigiendo errores, modificando, agrandando, mejorando, pero el trabajo nuevo no puede ser realizado sino en función del precedente.

Podemos representar este fenómeno también con otra imagen. Una avalancha es nada al comienzo, es sólo un pedacito de nieve que cayendo y rodando sobre la nieve atrae más nieve, de modo que así va creciendo cada vez más hasta tornarse en una terrible avalancha que todo destruye en su camino. También este primer fragmento de nieve es el efecto de la tempestad que lo generó, y su caída es consecuencia de su posición en la cumbre del monte. Así también nuestros hábitos no son nada al comienzo. Son sólo pequeños movimientos sin importancia en los que nadie repara. Pero ellos, cayendo y rodando sobre el camino de nuestra vida, atraen otros movimientos que con la repetición descienden hasta nuestra profundidad, tornándose hábitos y transformándose al final en la terrible avalancha de nuestros instintos, a los cuales es difícil resistir.

Sucede así que con la repetición de nuestros pensamientos y actos podemos adquirir, como en una avalancha, velocidad mayor o menor en una dirección o en otra. Y cuanto más velocidad adquiramos, tanto más somos llevados a continuar en el mismo sentido, siendo entonces más difícil parar e invertir el camino, o sea, enderezarlo en el sentido opuesto.

Esta comparación nos puede explicar el motivo por el cual, a pesar de que estos principios nos conducirían a lo que es nuestra ventaja, que es a fin de cuentas lo que todos procuran, ellos no son aceptados por la mayoría. La objeción de ellos es que estas leyes de las que aquí estamos hablando funcionan sólo para los seres escogidos que saben vivirlas y no para ellos, simples seres comunes; que de las ventajas de la evolución pueden gozar sólo los que han conseguido evolucionar, y no ellos que humildemente se declaran atrasados. Prefieren así quedarse donde están, en poder de todos los males relativos, en vez de moverse para mejorar sus condiciones. Llegan hasta a reconocer que la lógica de todo lo que estamos demostrando es verdad, pero lo dejan todo en el terreno teórico, porque consideran que aplicarlo en la práctica es trabajo, es dura fatiga que no quieren enfrentar. Se quedan así parados, esperando, hasta que venga el choque del dolor, desgraciadamente indispensable para despertarlos. Prefieren adaptarse a vivir en un nivel inferior, reconociéndolo como suyo y aceptándolo con todos sus sufrimientos, que hacer el esfuerzo para salir de él. Como disculpa dicen: este método de vivir contando con las ayudas del cielo no es para nosotros, es sólo para los santos y nosotros no somos santos. Los colocan en los altares para venerarlos, pero como seres lejanos, inimitables, que pertenecen sólo al Cielo, para ser glorificados y no seguidos en la Tierra. Los veneran y, terminado el homenaje, vuelven a sus negocios.

Vamos ahora a explicar por qué motivo algunos pueden creer absurda, o por lo menos inaceptable, esta orientación. He allí la razón: ellos se han lanzado en el camino del descenso y para quien, por la velocidad adquirida, se siente impulsado hacia abajo, es absurdo hablarle de caminar hacia lo alto. Es debido a esta velocidad alcanzada en el descenso que nos parece imposible recorrer el camino de subida. Y en verdad, para invertir la dirección en el sentido de la subida, es necesario primeramente haber vencido, reabsorbido y neutralizado toda la velocidad tomada en el descenso. Por eso muchas veces se creen a estas teorías inaplicables. Sucede en este caso como cuando alguien, por estar muy cerca de declararse en quiebra, cree que de nada sirve economizar. Es la psicología del desespero, de quien sabe que no puede conocer nada del mañana, y queda ciego y desorientado, convencido de que no vale la pena trabajar para un futuro que ignoramos completamente. Lo que vale es el momento presente. Tomamos entonces la ventaja inmediata, aprovechando todo lo que llega a nuestro alcance, suceda lo que suceda, contrayendo nuevas deudas. Esto por la razón de que nunca verificamos que de verdad existe un banco en el Cielo que toma nota de todo. No sabemos si allí existen deudas o créditos que son nuestros, y si por ventura existen, cómo y cuándo igualaremos las cuentas. Si el mundo está lleno de los que piensan así, esto no quiere decir que este sea un método lógico, ventajoso, recomendable. ¿Qué ayuda puede llegar del Cielo si cerramos las puertas, impidiendo su entrada? En este caso no es que las leyes de lo Alto no quieran ayudarnos, sino que somos nosotros los que no las dejamos funcionar para nuestro beneficio.

Mas la verdad es que el deseo de felicidad permanece en ellos y, para satisfacerlo, en vez de procurar con su esfuerzo ganarse un crédito, pretenden primero las alegrías inmerecidas, aumentando siempre más sus deudas, es decir, aumentando su velocidad en el camino del descenso, como sucede con el alcohólico que bebe siempre más, y con el toxicómano que toma siempre más estupefacientes hasta llegar a la destrucción final de sí mismo. Este es de hecho el punto donde automáticamente termina el camino de descenso. De esto se deduce el gran valor que representa para nuestro bien, el hecho de poseer una orientación, porque no solamente ella nos lleva hacia la salvación, sino que nos libra de la destrucción. He allí la razón por la cual estamos realizando estas conversaciones. Existe un paraíso para todos, pero la mayoría no quiere realizar el esfuerzo de subir hasta él. No hay escapatorias. Esta es la Ley de nuestra vida y de esta manera ella funciona en nuestro nivel.

Es así que en cuanto permanece el deseo de felicidad, vamos mereciendo siempre más sufrimiento, porque la velocidad adquirida de descenso nos lleva siempre más abajo. La felicidad que alcanzamos por medios ilícitos y atajos para escapar a la Ley, no es el salario merecido de nuestro trabajo, mas es un robo substraído fraudulentamente. Y nos creemos sabios y hábiles cuando conseguimos realizar esto. Creemos ser astutos por haber sabido engañar a la Ley. Pero esta es la inteligencia de los locos, porque la Ley no se puede engañar. Esto es razonar al revés, porque vimos que el engaño vuelve siempre sobre quien quiere engañar. Esto es como disparar un arma contra sí mismo. Mas no se puede evadir la justicia de Dios. El día de la presentación de las cuentas terminará por llegar, momento este en que todos tendremos que pagar. Y ¿qué sucede entonces? Sucede lo que vemos que sucede en el mundo: desastres. Ellos de hecho representan el punto final de la caída de la avalancha. He allí donde termina la gran sabiduría de los astutos del mundo. Así la locura humana queda encuadrada dentro de la perfecta lógica de la Ley.

Estamos aquí tejiendo una red de conceptos y armando un edificio de hechos para explicar y demostrar estas verdades. En mis libros el punto de partida son las teorías, para llegar después a las consecuencias prácticas. En estas nuestras conferencias el punto de partida es la realidad de nuestra vida, que se torna comprensible cuando es explicada con aquellas teorías. Podemos así entender cuán complejo es el juego, si lo miramos en profundidad. Cada una de nuestras vidas pasadas tuvo su destino en que se agotaron los efectos próximos a las causas que anteriormente habíamos puesto en funcionamiento. De la misma manera, nuestro destino actual es la consecuencia de los pensamientos y actos con que lo hemos construido, como la caída de la avalancha no depende sólo de la nieve que la forma, sino también de la altura de donde partió. Pero al mismo tiempo estos pensamientos y actos fueron a su vez la consecuencia de los hábitos adquiridos a través de los pensamientos y actos de las vidas precedentes. Todo en cada momento es efecto y causa al mismo tiempo, es fruto del pasado y semilla del futuro. Hasta que nuestro impulso anterior no se agote o no enderecemos nuestro

camino, nuestros pensamientos y actos estarán determinados por nuestros hábitos e instintos, como los quisimos construir en el pasado. Mas con nuestros pensamientos y actos actuales construimos nuestros hábitos e instintos futuros, que dirigirán nuestros pensamientos y actos de mañana. Y con éstos, a su vez, construiremos nuestra personalidad de después de mañana, y así sucesivamente.

Es así que están encadenados en la misma cadena los diferentes momentos de la construcción de nosotros mismos, o los grados sucesivos de la evolución de nuestro "yo". Cada grado se apoya sobre el precedente. ¡Ay de quien comience a deslizarse a lo largo del descenso y a tomar velocidad en esta dirección! Cuanto mayor sea la velocidad adquirida, tanto más difícil será parar e invertir el camino. Lo contrario sucede a quien ha tomado el camino de la subida.

En la economía del Cielo no hay inflación monetaria, porque el valor de la moneda está siempre sustentada por una reserva de oro infinita que es Dios. Así vale la pena economizar, porque en el Banco de Dios nunca hay peligro de desvalorización. Esta economía queda sujeta a un interés compuesto, que representa una tendencia a agrandar siempre más el capital. Todo esto ayuda en la subida, que así se torna siempre más fácil, en cuanto que la velocidad en el descenso tiene de la misma manera sus intereses compuestos, pero al revés, es decir, en el sentido de deuda y no de crédito. Se encuentra así en las dos direcciones opuestas la misma tendencia hacia la aceleración, cada una dirigida hacia su punto final: la salvación para quien sube, y la destrucción para quien desciende. Nos compete a nosotros escoger el camino.

XIII

EL FUNCIONAMIENTO DE LA LEY

La locura de los astutos y la invencibilidad de la Ley.

"Los que tienen hambre y sed de justicia serán saciados".

Afirmamos hasta ahora no solamente la presencia de una Ley que dirige los fenómenos del universo y también los de nuestra vida y conducta, sino que estudiamos también la técnica del funcionamiento de esta Ley y el modo de cómo es posible corregir los errores del pasado. La sabiduría y perfección de la Ley se manifiestan también en esta capacidad de recuperación, la cual deja al ser libre para experimentar las consecuencias

del mal y le permite, de ese modo, adquirir una sabiduría siempre mayor y así reconstruir lo que él en su ignorancia destruyó. Esta Ley es universal y ha de estar presente funcionando en todos los puntos del universo, tanto más cuando éste, en su evolución, haya llegado a los niveles de la vida, de la inteligencia y del espíritu. Esta Ley se mantiene verdadera tanto para los individuos como para los pueblos; rige no sólo el destino que el hombre quiere construir para sí, sino también el desenvolvimiento de la Historia en la cual se va realizando el destino que a su vez la humanidad, con su conducta en el pasado, originó para el presente y para el futuro. El conocimiento del funcionamiento de la Ley nos ofrece no solamente la llave para comprender el juego complejo de nuestra vida, sino, siguiendo la lógica de la misma Ley, ofrece también el medio de prever aquello que, como efecto del pasado, nos está esperando, y nos permite corregir así lo que estuviese errado, volviendo al camino correcto, y avanzar, siempre mejor orientados hacia nuestro bien.

Entonces, observando cuál fue y actualmente es la conducta de cada uno y de la sociedad humana en su conjunto, es fácil prever lo que nos espera en el futuro. Pareciera que los esfuerzos del hombre se han dirigido únicamente en el sentido de rebelarse a la Ley, habiendo usado su inteligencia sobre todo en la búsqueda de escapatorias para huir de sus sanciones. ¿Qué se sembró en el pasado? Y entonces, ¿qué se puede cosechar? Algunos se consuelan diciendo: “el infierno no existe”, creyendo de esta manera haber destruido el poder de reacción de la Ley que los incomodaba. Así sería posible hacer todo lo que quisiéramos, sin tener que pagar nada. ¡Descubrimiento maravilloso! Empero, veamos. Si la idea de un infierno tal como fue concebido en el pasado, fue producto de la forma mental de la Edad Media, y si la evolución de la inteligencia humana ha superado esta idea, aquella idea no representa sino una manera de concebir el fenómeno indestructible de la reacción de la Ley, fenómeno que así persiste aun cuando lo consideremos en forma racional y científica. Podemos así decir que el infierno, en el sentido que fue concebido en el pasado no existe, pero con esto no se puede creer que quede anulada la reacción de la Ley, necesaria para mantener aquel equilibrio que llamamos justicia. Tenemos que concebir el infierno de otra manera, pero esto no significa destruirlo, ni significa que él, en la justa medida, deje de existir para quien lo ha merecido. En otras palabras: no hay evolución del pensamiento que pueda admitir que alguien deje de pagar todo el mal por él practicado.

Es interesante observar la actitud del mundo delante de la Ley. El hombre la enfrenta con la psicología de su plano de existencia, en forma de lucha para vencerla, como si se tratara de un patrón egoísta y enemigo contra el cual es preciso rebelarse, entendiendo que son hábiles los que consiguen triunfar y débiles y despreciables los que se dejan esclavizar. Pero en realidad todo es diferente. Procediendo así, el hombre agrede a su mayor amigo que es la Ley, se aparta de Dios que es su propia vida, se rebela contra aquella armonía en la cual solamente puede consistir su felicidad. ¡Cuán extraño es ver cómo los grandes astutos de la Tierra creen que sea posible llegar hasta engañar a Dios,

y en su ignorancia se lanzan ellos mismos en el armadijo construido con sus engaños! Esto porque no hay inteligencia ni mala voluntad que pueda conseguir subvertir el orden y paralizar la justicia de Dios. *"Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados"*. Esta gran promesa nos garantiza que aunque nuestro mundo esté lleno de prepotencia y de injusticia, existe justicia, y nosotros de ella seremos saciados.

Pero los astutos del mundo quieren continuar con sus astucias y rebeliones, y así nunca terminan de pagar. Desgraciadamente, esta es la forma mental de ellos, y no hay nada tan difícil como salir de la propia forma mental. Nadie puede comprender, sea lo que fuese, lo que esté más allá de sus posibilidades, que representan todo lo que el ser posee, porque las adquirió con su experiencia y evolución. No comprender quiere decir errar y después tener que pagar. La grandeza y sabiduría de la Ley está en que ella no puede ser engañada. Buscar escapatorias se resuelve en último análisis en querer construir para sí armadijos para en ellos caer presos. La Ley está hecha de tal manera que cada tentativa de evadirnos de ella acaba constriñéndonos siempre más a la obediencia. La Ley no puede ser subyugada ni torcida con la fuerza, no puede ser corrompida con dinero ni vencida con armas, no puede ser frustrada con el tiempo, ni desviada y defraudada en su justicia. No vale la pena luchar contra ella. ¿Qué puede la astucia, la maldad, la fuerza del hombre contra una potencia inmaterial, invisible, siempre presente en todos los lugares y en todos los tiempos, a todo y a todos absolutamente superior en inteligencia, dominio y disponibilidad de recursos? Desafiar tal Ley creyendo que sea posible vencerla puede ser sólo fruto de una gran ignorancia.

Los que procuran justicia en el mundo y no la encuentran son la mayoría. Mas, he allí que la Buena Nueva de Cristo nos garantiza que ellos serán saciados. La verdadera solución, empero, se encuentra y siempre se ha encontrado más allá de los estrechos límites de nuestro mundo, de nuestra vida actual; se encuentra en los brazos de la Ley, en nuestra vida mayor en que todo ha de equilibrarse conforme a la justicia. Estamos aquí explicando esta maravilla de la Ley de Dios anunciada por el Evangelio de Cristo, para demostrarle claramente a los honestos aplastados por la prepotencia humana, y darles la satisfacción de saber, que a pesar de todo, la justicia existe y ha de realizarse. Vimos también la técnica del fenómeno por la cual todo esto sucede. Es lógico que quien no quiere razonar y no sepa salirse de su forma mental, con ésta juzgue, condene y obre. Mas los desastres que suceden como consecuencia de esta psicología de ciegos, los vemos en nuestro mundo a toda hora.

Estamos analizando todo esto también para enseñar a no hacer el mal, y mostrar lo que le sucede a los desviados que cometen errores; para hacer ver cómo después se tiene que pagar esta conducta, tratando de sacar de su engaño a los que creen que ella representa para ellos una ventaja. Así nuestro trabajo se apoya integralmente en la moral evangélica.

Tal vez los más atrasados puedan no tener deseo alguno de este conocimiento. Por el contrario, podrán querer huir de él porque los incomoda en el desenfrenado descontrol de sus instintos. ¡Pero qué felicidad tan grande para los más adelantados, para los que tienen *"hambre y sed de justicia"*, saber que ellos serán saciados, porque existe de verdad un lugar más alto, donde domina el orden y la armonía, y que sólo Dios en su justicia y bondad es vencedor absoluto! ¡Qué felicidad saber que quien verdaderamente manda, porque está por encima de todo, es la Ley, inalcanzable para los astutos humanos, invulnerable delante de todos, inalterable e indestructible para siempre!

Aparece entonces la visión de la infinita multitud de los seres que van andando por los caminos de la evolución en una inmensa corriente, así como las gotas de agua de un río siguen hacia el mar. Ellas van hacia el mar inevitablemente, porque esta es la Ley y no pueden dejar de ir hacia el mar. De la misma manera, la corriente de los seres va hacia Dios inevitablemente, porque esta es la Ley.

Ellos no pueden dejar de ir hacia Dios. Este es el camino marcado para todos: nacer, vivir, morir, renacer, vivir, morir, otra vez, llevados hacia un lado u otro del dualismo de la existencia, experimentando, evolucionando, reconstruyéndose a sí mismos, hasta aprender toda la lección de la Ley y reintegrarse en espíritu en el seno de Dios.

Explicar la razón por la cual todo esto sucede, y exactamente de esta manera y no de otra, nos llevaría muy lejos, a un campo más extenso de teorías abstractas y complejas, apartándonos de la realidad práctica de nuestra vida que todos conocemos. Pero para los que deseen profundizar en el asunto, éste fue encarado, desde sus primeras causas hasta sus últimas consecuencias, en los libros *La Gran Síntesis*, *Dios y Universo y El Sistema*. Aquí, en estas conferencias de carácter popular, no es posible sino presentar de estas teorías sus consecuencias, que son lo que más nos interesa. Pero lo que queremos ahora sustentar es que de estas conclusiones prácticas que aquí estamos afirmando, como arriba referimos, ya fue explicada la causa primera de donde ellas derivan y la razón profunda que las justifica; en otras palabras, ya poseemos los elementos racionales y positivos en que estas conclusiones se basan y de donde fueron extraídas, elementos que nos demuestran y garantizan así la verdad de ellas. Esto nos permite tratar lógica y objetivamente un asunto generalmente enfrentado empíricamente, como lo es el de la moral y de las leyes de la vida que dirigen nuestra conducta. Este tema nos pareció más interesante para nuestros oyentes, tema ardiente porque toca el terreno de nuestras luchas cotidianas y envuelve consecuencias que todos hemos de vivir. El hecho de haberse comprendido estas palabras y de tomarse en serio estos conceptos, para aplicarlos en la vida, puede producir efectos increíbles, hasta los de mejorar a un hombre y renovar un destino.

Lo maravilloso es que la Ley de Dios está lista para entrar en acción en cualquier lugar, inclusive en nuestro bajo mundo inferior, tan pronto nosotros la aceptemos y vivamos. Quien hace esto se torna parte de ella, como ciudadano de una nueva patria, adquiriendo así el derecho de poseer el poder, los recursos y las defensas que la Ley confiere a sus seguidores. Éstos, también en nuestro mundo, se tornan así los más fuertes, porque son protegidos por Dios. El universo está dividido en dos partes: la de la Ley, donde están los buenos, y la de los rebeldes contra la Ley, donde están los malos. El dualismo que todo domina, nos demuestra claramente que vivimos en un universo despedazado: Dios y Anti-Dios, bien y mal, vida y muerte, felicidad y dolor, luz y tinieblas, y así sucesivamente. Lo que más queríamos demostrar en estas conferencias son las ventajas de pertenecer del lado de la Ley, es decir, de Dios, y no del lado de la Anti-Ley, es decir, del Anti-Dios. Y vivir y actuar manteniéndonos del lado de la Ley y de Dios, quiere decir obrar conforme a la justicia. Ahora, el hombre que obra conforme a la justicia sabe, concientemente, delante de Dios, que verdaderamente tiene la razón y esto le confiere una total seguridad, que no posee, quien por el contrario, no actúa conforme a la justicia, concientemente, delante de Dios. Esta conciencia íntima de saber que estamos limpios, cumpliendo un deber, constituye nuestra fuerza, fuerza que nos hace vencer. Esa convicción profunda de que la justicia ha de triunfar cuando somos justos, nos da la certeza de la victoria.

El hecho es que Dios protege a los justos, los cuales merecen ser protegidos. Y cuando un hombre se coloca con su conducta del lado opuesto de la Ley, del lado de la Anti-Ley, entonces se invierte la situación. Dios entonces ya no lo protege. Él no castiga, no toma venganza. Deja solamente al ser en la posición que ha escogido para sí, la de quien está fuera de la Ley. Entonces él queda abandonado, solo, entregado solamente a sus pobres fuerzas, lo que quiere decir que él está perdido y bajo el poder de todas las fuerzas negativas que procuran únicamente destruirlo. Cuando Dios se ausenta, apartándose de ellos, los seres vuelven a sus instintos inferiores y caen, y con esto se autocastigan, agrediéndose los unos a los otros, zambullidos siempre más en una atmósfera de destrucción. Esto porque Dios es amor y vida y, para quien se aparta de Él no hay sino odio y muerte. De todo esto no hay que huir, porque es automático, inevitable, forma parte de la estructura y funcionamiento de la Ley. Todo esto queda impuesto por sanciones invencibles y absolutas que el ser no puede, de buena o mala voluntad, dejar de aceptar.

La conclusión de este capítulo es la declaración de la inmensa superioridad, inclusive en la lucha por la vida, del hombre justo, y la inferioridad de aquellos que creen ser hábiles por ser astutos en los engaños del mundo. El primero está progresando en el camino que va hacia el equilibrio, hacia la armonía, que constituyen la felicidad; el segundo tipo camina siempre más abismado en el desequilibrio, en el desorden, que constituyen la desgracia.

Por esto nunca me cansaré de demostrar las ventajas de actuar correctamente, conforme a la Ley de Dios. Es una gran pena ver al mundo caer en tantos sufrimientos por su ignorancia de una cosa tan importante y evidente, como es la presencia y funcionamiento de esta Ley. Quien ha comprendido todo esto, no puede dejar de preguntarse: ¿Cómo es posible que para aprender una lección tan clara sean necesarios tantos dolores y desilusiones; que, para impulsar al hombre a cumplir el trabajo de su evolución, (que quiere decir colocarse en el camino que va hacia su propia felicidad), sean necesarios tantos sufrimientos? ¿Cómo es posible ser tan ciego para no ver que quien se rebela a la Ley de Dios no genera otra cosa sino su propio daño? ¿Por qué no ve que sembrando el mal siembra para sí tantos sufrimientos? ¡Cuánto se podría meditar al respecto de estas palabras!

XIV

LA ESCUELA DE LA VIDA

El arte de vivir preparando para sí un futuro mejor.
Errores y dolores nos enseñan muchas cosas.

Ahora que llegamos hasta esta comprensión de la Ley de Dios, vamos a tratar de ver, antes de enfrentar otros asuntos, cuál es el fruto del estudio actual que estamos desenvolviendo. Tenemos delante de los ojos un cuadro general bastante claro respecto a nuestra conducta, con sus razones y consecuencias. En este momento sabemos que Dios es el punto final de nuestras vidas. Sabemos cuál es el camino para alcanzar este punto final: la evolución, o sea, la subida hacia Dios. Sabemos que por esto vivimos y que la evolución se realiza de la materia hacia el espíritu, siendo nosotros mismo los constructores de este camino. Sabemos que las normas de conducta que se encuentran rigiendo en la Tierra, dictadas por la moral y por las religiones, representan las reglas necesarias para ejecutar este trabajo de subida y construcción.

Quien haya comprendido lo que explicamos, puede ahora vivir orientado en el seno del funcionamiento orgánico del universo. No viajará ya al azar en las tinieblas, sino que tendrá en las manos la brújula cuya aguja le indicará dónde está el polo magnético en relación al cual habrá de orientarse. Y no hay quien no perciba que es más ventajoso viajar orientado en el gran mar de la vida que perdido al sabor de las olas.

Esto es tanto más conveniente cuanto que las funciones de las normas de buena conducta dictadas por la moral y las religiones, es precisamente la de evitarnos los

errores, excesos, desvíos, que son las cosas que después generan el dolor. Podemos ahora llegar a comprender cuán grande es el valor de estas reglas, por el hecho de que ellas cumplen la tarea de enseñarnos el método para corregir nuestro anterior camino errado, mostrándonos el verdadero, impidiéndonos sembrar nuevos sufrimientos para el futuro, y permitiéndonos así, anular el dolor que surge o podrá surgir en nuestro destino. Estas reglas pueden representar el remedio amargo, que no obstante, es bueno engullir porque nos cura la dolencia. Hemos hablado de fatalidad del destino. Veremos aquí cómo él está en nuestras manos y cómo tenemos la posibilidad de enderezarlo y dirigirlo hacia donde queramos. Si adoptamos un buen comportamiento y si no cometemos más errores violando la Ley, vemos que está a nuestro alcance crear para nosotros destinos siempre menos duros, porque estarán menos cargados de errores que corregir y de culpas que pagar.

He allí la conclusión optimista que yo desearía que no fuera olvidada por nadie: está en nuestras manos el poder de crear nuestra felicidad. Esta convicción representa el fruto de nuestras conversaciones, fruto que entrego a mis amigos para su propio bien.

No hay duda que un Evangelio verdaderamente vivido realizaría la más benéfica revolución del mundo, porque, renovando nuestra manera de concebir la vida, la reformaría de arriba a bajo. Mas, eso es problema colectivo. Desgraciadamente, cada uno queda esperando que sea el prójimo el primero en moverse en el duro camino de la renovación. Aquí en estas nuestras conversaciones hablamos del esfuerzo individual por el cual cada quien de manera independiente de la conducta de los otros, puede plasmar para sí, a voluntad, el destino que quisiera. Ya señalamos que el problema de la salvación es un problema absolutamente individual, independientemente de la voluntad de los vecinos y dependiente sólo de la nuestra. Cuando un ser cae dentro de un karma colectivo, es porque quiso merecerlo. Esta conclusión es una invitación a que cada quien comience a vivir estos principios, para su propia ventaja. No tiene importancia la forma en que queramos realizarlos. Es posible tener buena conducta y ser justo en todas las religiones. Lo que importa es la sustancia, que es precisamente la de ser justo. Cuando Dios juzga a los seres no toma en cuenta si ellos pertenecen a esta o a aquella religión, mas solamente toma en cuenta si ellos fueron justos, por haber vivido su Ley. No estamos hablando en favor de grupo particular alguno, sino únicamente en favor de Dios que está por encima de todos.

Nuestro gran enemigo es el mal, que es el que genera el sufrimiento. Lo que aquí estamos explicando es el arte de vencerlo, porque sólo así se puede destruir el dolor. Ahora podemos comprender la mecánica de este arte, que nos garantiza que no cometiendo más errores, el dolor puede ser anulado y la felicidad alcanzada. Este es el arte de saber vivir con conocimiento, lo que representa una verdadera ciencia que la humanidad más evolucionada del futuro descubrirá y aplicará. La mayoría ve sólo los efectos inmediatos y no mira a distancia. Por eso no cree que sea posible alcanzar estos

resultados. Mas el hecho de que todo esto no se puede realizar en un día, no destruye la posibilidad de alcanzarlo, ni la alegría que nos puede dar esta gran esperanza de una salvación final que Dios nos ofrece y nos ayuda a conquistar, tratando de imponérnosla por todos los medios. Estamos amarrados en las garras del sufrimiento, en el fondo de un abismo, pero un rayo de luz desciende del Cielo y nos dice: "¡Coraje!" Nos dice a cada uno de nosotros sufridores: "Tú tienes el derecho a la felicidad. Esta ardiente ansia que está anidada en tu corazón no es para que termine en un engaño, sino para ser satisfecha. Estás todavía preso a tu pasado, pero, sin excepción, andando por la vida irás superando cada día más ese pasado que se apartará progresivamente de ti, y con él irá desapareciendo el infierno de los seres inferiores, en cuanto que siempre más se aproximará el paraíso de los seres superiores. Estás sumergido en la dura lucha por la vida. Mas, es verdad que la lucha y el sufrimiento enseñan muchas cosas y desenvuelven la inteligencia. Y con la inteligencia se torna cada vez más comprensible la presencia de la Ley y la ventaja de obedecerla, coordinándose en su orden".

Muchos males le suceden al mundo por falta de inteligencia. Pero quien sufre es llevado a pensar por qué razón está sufriendo, y por la experiencia que vamos adquiriendo aprendemos a cometer siempre menos errores. Es verdad que el mal se verifica, pero es al verificarse que él cumple su tarea de desenvolver la inteligencia necesaria para no caer más en él y al mismo tiempo descubrir los caminos que nos llevan a la felicidad. Cuando el hombre hace el mal no lo hace por maldad, sino por ignorancia. Él hace el mal porque cree que a través del daño al prójimo conseguirá llegar a su bien, sin saber que por el contrario llega a su propio mal. Por esto es un deber esclarecer los misterios, iluminar las mentes y orientar al prójimo, porque quedarse en la ignorancia significa permanecer en los niveles más bajos de la vida, llenos de errores, ferocidades y sufrimientos. Decir que no podemos saber es abandonarnos a la pereza de no querer usar las piernas de la inteligencia que Dios nos dio para subir el monte de la evolución, en la cumbre del cual Él nos está esperando. Dejar de abrir los ojos para ver y hacer investigaciones para comprender y demostrar, detenerse inertes delante del misterio sin desear procurar derrumbar las puertas cerradas de lo desconocido, todo esto significa no querer conquistar una vida mejor para aproximarnos a Dios. Decir, como muchos lo hacen, que los grandes problemas del ser no son solubles, significa querer aceptar para siempre una condición de inferioridad dolorosa, llena de males y peligros. El hecho de no tener ya interés en estos problemas es declarar la falta de inteligencia, es renunciar al mejoramiento y perder toda la esperanza de salvación.

¿Qué sucede entonces? Son tantos los que se ocupan sólo de la ventaja concreta, de la satisfacción inmediata, suceda después lo que suceda, que nadie sabe nada al respecto de estos problemas con la necesaria seguridad. Lo que consideran positivo es sólo lo que pueden agarrar con las manos. Ésta es lo que se cree que sea la única realidad, la de la vida práctica, aquella en que el mundo tiene fe, riéndose de los que juzga como soñadores porque toman nota de realidades más lejanas que escapan a la mayoría,

porque están situadas más allá del alcance de sus ojos miopes. Mas, estas otras realidades existen. Mañana tendremos, con la evolución, que llegar hasta allá, y entonces nada habremos hecho para enfrentarlas. Ignorar las últimas finalidades de la vida significa ignorar nuestra propia vida en el futuro, que aunque lejano, no podrá un día dejar de volverse presente. ¿Qué podrá suceder con nosotros si no hemos hecho nada para prepararlo? Así, muchos roban porque no ven que después, tarde o temprano, tienen que terminar en cadenas; abusan de los gozos materiales porque no ven que después llega la enfermedad; aplastan al prójimo porque no piensan que éste terminará rebelándose y vengándose, y así en adelante. La liviandad y el descuido no pueden llevarnos más que al error, que después es necesario pagar.

Es el desenvolvimiento y el esfuerzo de la inteligencia lo que crea las civilizaciones. Hoy mismo vemos lo que ha producido la ciencia, y cómo, a fin de vivir en las nuevas condiciones de vida por ella creadas, es necesario (para dirigir las máquinas modernas) mucha más inteligencia y nada de ferocidad. Este es un primer paso hacia la espiritualización consciente. El problema es civilizarnos. Se acostumbra hoy insistir mucho en la solución de los problemas sociales. Pero la solución de éstos no es sólo problema colectivo, es ante todo la suma de las soluciones de los problemas individuales. Si queremos progresar, es necesario ante todo comenzar por encaminarnos en esta dirección, cada uno por su cuenta. Y la ventaja sería primero para cada quien. Tratemos de poseer nosotros mismos las virtudes, antes de exigírselas al prójimo. Todo es siempre regido por la justicia de Dios. Así, si caemos víctimas de los demás, esto sucede, no porque seamos en realidad víctimas de ellos, sino porque lo somos únicamente de nosotros mismos, dado que lo merecemos, en cuanto que ellos no son sino instrumentos de Dios que los ha utilizado para cumplir su justicia. Ya explicamos que el dolor nos puede alcanzar solamente cuando hayamos abierto las puertas para que él pueda entrar. Nadie puede lanzar el peso de su destino encima de nosotros, como nosotros no podemos lanzar el peso de nuestro destino encima de los otros. Si así no fuera no habría justicia.

No es acusando al prójimo de deshonestidad como se puede probar la honestidad propia. No es pregonando y exigiendo virtud en los demás, como podremos llegar a extinguir nuestros defectos para no tener que pagar por nuestras culpas. Cada quien está solo delante de Dios y tiene que prestar cuenta sólo de sus actos, conforme a las responsabilidades que le competen. Podemos mantenernos tranquilos, pues nadie puede hacernos mal alguno que ya no esté dentro de nosotros, por nosotros bien merecido, por haber sido los primeros en querer realizarlo. Cada uno es juzgado conforme a sus obras y no conforme a las de los otros. Todo en la Ley de Dios es siempre justicia y no hay mala voluntad y prepotencia humana que pueda imponerse a la Ley. Lo que reina soberana, a pesar de las apariencias del momento, es siempre la justicia. Lo que vale y resuelve es nuestra posición delante de Dios, crea el mundo como quiera, porque en todas las cosas nadie puede hacer más nada que no sea la voluntad de Dios.

Así vamos errando, pero con eso, aprendiendo cada vez más. Lo que parece ser un mal, es al mismo tiempo un remedio que nos lleva hacia el bien, porque el errar, excitando la reacción de la Ley, nos enseña a no errar más. Así, por el mucho juzgar y actuar de una manera errada, llegamos a juzgar y actuar de manera cierta; y los juzgamientos, que deberían ser el resultado de la comprensión pero que son hechos sin ella, terminan por llevarnos hacia la comprensión.

La Ley es una regla de vida establecida por Dios. El hombre es un niño que tiene que aprender. Pero cuando un niño tiene que aprender a andar, nosotros no hacemos para él un curso sobre el arte de andar. Lo dejamos experimentar y caer, porque sabemos que sólo a fuerza de muchas caídas él puede aprender a no caer más. El hombre precisa no de aulas teóricas, sino de un conocimiento personal alcanzado con su esfuerzo, fruto de su experiencia directa. La escuela es automática, es el natural contenido de la vida. Se desenvuelve así la inteligencia necesaria para comprender cuál es la regla que rige nuestros movimientos, lo malo de no observarla y la ventaja de seguirla. Así, la escuela de la vida nos enseña a conocer la Ley. Una escuela es lugar para estudiar y aprender, no para morar para siempre dentro de ella. Acabado el curso, los estudiantes la dejan. Lo mismo sucede con la experimentación terrena. Una vez conquistado el conocimiento, los medios terrenos que fueron usados para este objetivo son abandonados como material de desecho, en cuanto que llevamos con nosotros la sabiduría almacenada para utilizarla y gozar su fruto en ambientes superiores. Se puede ver así cuán útil es vivir y también sufrir, cuando hemos errado.

Cuando el mundo haya sufrido bastante los daños que derivan del querer apoyarse sólo en la fuerza y en la astucia, entonces los evitará y procurará organizarse en una forma de vida hecha de trabajo pacífico fraternal. Los sufrimientos no son inútiles: por intermedio de ellos el hombre toma conocimiento de lo caro que cuesta ser malo, y así, para no volver a sufrir las consecuencias, aprende a no cometer más errores. Las guerras no son propiamente inútiles, porque por el hecho de padecer duramente con las destrucciones a que ellas conducen, el hombre va a aprender a no hacer más guerras. El uso de la fuerza no es inútil, porque quien la practica tarde o temprano termina aplastado por ella misma, y entonces aprende a no usarla más. Las astucias humanas no son inútiles, porque el hombre, empleándolas, tendrá después que haber aprendido cuán duras son las consecuencias de haber procurado escaparse de la justicia de Dios, perjudicando a los otros con el engaño. Tendrá que comprender la locura de la mentira en la explotación del prójimo, y qué daño representa para quien la usa. Los roces de las rivalidades y las competencias humanas en la lucha por la vida no son inútiles, porque nos llevan a conocernos los unos a los otros para llegar a la construcción de aquella gran obra de ingeniería biológica que será el organismo de la sociedad humana.

La Ley repite, rebotando como un eco, lo que le queramos enviar. Y cuando queramos vivir en orden y en armonía, ella nos recibirá con un abrazo de paz y felicidad. El hombre tendrá que andar por este camino de experimentación, hasta que con su esfuerzo haga nacer la nueva raza del porvenir, la raza de los honestos inteligentes que conocen la Ley y obedecen a Dios.

XV

EN BUSCA DE LA FELICIDAD

Cómo la Ley nos hace alcanzar la bendecida posición de los bienaventurados del Sermón de la Montaña, relatado en el Evangelio.

Si quisiéramos resumir en pocas palabras el asunto que ha sido desenvuelto hasta ahora en estos capítulos, podríamos decir que hablamos de la Ley. Hemos hablado de ella, porque ella representa el punto central de nuestra vida y el camino de nuestra salvación. La Ley expresa el pensamiento y la voluntad de Dios, y constituye la regla fundamental de nuestra conducta.

Pero, ¿cuál es su contenido? se podría preguntar. El contenido de la Ley, por lo menos en lo que se refiere a las normas que rigen la conducta humana, es bien conocido en el mundo y no es necesario repetirlo. Él ya fue sintetizado en los Diez Mandamientos de Moisés, ejemplificado en el Evangelio, explicado por las religiones y por los principios morales aceptados por el hombre. Hace milenios que el hombre repite estas verdades. Nuestra tarea no es la de hacer un tratado más de moral o de religión. No es de ellas o de su predicación que necesitamos, sino de su aplicación en la vida práctica.

Nuestra tarea ha sido la de demostrar, también a los que no creen en las religiones, que la Ley está presente y funciona de verdad, lo que trae consigo serias consecuencias prácticas a las cuales no se puede huir, sean útiles o perjudiciales. Quien haya comprendido nuestras conferencias sabrá ahora lo que le sucederá si su conducta no fuese aquella que la Ley establece. No hemos hablado de infiernos lejanos, de venganzas de Dios, absurdas porque Él no puede ser malo; hemos hablado solamente de su bondad y justicia, lo que convence mucho más. Hemos hablado con palabras lógicas a los hombres prácticos, de hechos concretos que cada quien puede verificar con sus propios medios en nuestro mundo, hechos cuyo sentido sólo así es posible explicar y comprender. Ahora podemos ver claro al respecto de las razones por las cuales nos conviene seguir el camino de la honestidad y cuán loco es el mundo que provoca su

propio daño siguiendo el camino opuesto. Quien haya comprendido todo esto que aquí fue explicado, se tornará mucho más responsable por las consecuencias de sus actos, porque él ahora sabe que cuando llegue la reacción de la Ley en la forma de dolor, es porque en él está la causa, y porque este dolor fue él quien lo sembró con sus errores. Está claro entonces que sólo le reste resignarse e iniciar el trabajo de autocorrección de sí mismo.

Mencionamos anteriormente el Sermón de la Montaña de Cristo. Este Sermón sintetiza en pocas palabras aquello en que la Ley quiere que nos volvamos, llamando bienaventurados a los que alcancen el nivel superior de vida al cual el Sermón se refiere. A través de estas palabras del Evangelio la Ley nos dice lo que nos aguarda si la obedecemos, adquiriendo las cualidades de los más evolucionados, es decir, seremos humildes de espíritu, pacientes en los sufrimientos, mansos, justos, misericordiosos, limpios de corazón, pacificadores, etc. He aquí las palabras de Cristo, en el Sermón de la Montaña:

"Bienaventurados los humildes de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. - Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados. - Bienaventurados los mansos, porque heredarán la Tierra. - Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados. - Bienaventurados los misericordiosos, porque alcanzarán misericordia. - Bienaventurados los limpios de corazón, porque verán a Dios. - Bienaventurados los pacificadores, porque serán llamados hijos de Dios. - Bienaventurados los que han sido perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. - Alegraos y exultad porque es grande vuestro galardón en los cielos..." [(1)].

Esta es la posición de los bienaventurados, la de aquellos que obedecen a la Ley. Pero ésta no es nuestra posición actual en el nivel humano, cuyas "virtudes" de fuerza y astucia son completamente diferentes. Tratemos entonces de parafrasear este trecho del Evangelio repitiéndolo en una forma diferente, para ver cuáles son las reacciones con que la Ley nos impulsa para que nos volvamos los bienaventurados de que habla el Sermón de la Montaña. Éste representa un aspecto superior de la Ley, mas ahora la veremos en este mismo punto bajo otro aspecto, o sea, cómo funciona ella a este respecto en el nivel humano (el cual en la realidad no es el de los bienaventurados) mostrando con qué medios la Ley nos estimula a que alcancemos esta avanzada posición de bienaventurados. Así los hombres prácticos de nuestro mundo, que pueden pensar que el Sermón de la Montaña expresa una filosofía utópica, verán que por caminos diferentes, más duros, proporcionados a la dureza del hombre, él está igualmente realizándose también en nuestro bajo nivel de vida. Veremos así cual es la posición, no de los bienaventurados de que habla el Evangelio y que viven en la Ley, sino la del

---

[(1)] Evangelio de Mateo, caps. 5, 6, 7 (Sermón de la Montaña). (N. del E.)

hombre común del mundo que aún no la vive, y que la misma Ley lo impulsa a vivir. He aquí entonces cómo se podría repetir el Sermón de la Montaña relacionado con este otro punto de referencia:

“Bienaventurados los soberbios, porque ellos habrán de sufrir tantas humillaciones hasta que aprendan la lección de la humildad, y así de ellos será el reino de los cielos. -Bienaventurados los que gozan demás, sólo pensando en sí y hacia más allá de los límites razonables, porque habrán de sufrir necesidad y abandono hasta aprender la regla de la justa medida y del amor al prójimo, y entonces serán consolados. -Bienaventurados los prepotentes, los feroces, los guerreros, porque quedarán tan aplastados por la prepotencia, ferocidad y agresión de los otros, que se volverán mansos, y entonces heredarán la Tierra. - Bienaventurados los que sustentan y practican la injusticia, porque tanta injusticia habrán de recibir que comprenderán cuán duro es estar sometido a ella, y entonces, por haber aprendido por propia cuenta a ambicionar justicia, de ésta serán saciados. -Bienaventurados los despiadados porque no encontrarán misericordia, y de tanto invocarla para sí sin recibirla, comprenderán la necesidad de la bondad y del perdón, alcanzando entonces misericordia. -Bienaventurados los que no son limpios de corazón, porque quedarán tan sumergidos en la ignorancia y en la maldad con los errores y dolores que las siguen, que purificarán su entendimiento, y entonces comprenderán la Ley y verán a Dios. -Bienaventurados los que gustan de peleas y disputas, porque por el hecho de no poder encontrar la paz, la desearán y procurarán en todas partes, hasta que se vuelvan pacificadores, y entonces serán llamados hijos de Dios. -Bienaventurados los que persiguen con injusticia a los justos, porque tanto serán perseguidos por su propia injusticia, que aprenderán a ser justos, y entonces de ellos será el reino de los cielos... Alegraos y exultad todos vosotros que queréis rebelaros a la Ley, porque grande es el sufrimiento que os espera y así habréis de aprender la lección de la obediencia, por la cual ganaréis un gran galardón en los cielos”.

He allí lo que el Evangelio de los cielos, como se podría llamar el de Cristo, ha de tornarse en la Tierra, para que sea posible aquí realizarlo. He allí cómo el Evangelio se va tornando realidad viva también para los sordos y los rebeldes. He allí cómo la Ley se mantiene en acción y se realiza plenamente también en nuestro mundo. Sería absurdo que a la ignorancia, a la mala voluntad del hombre, le fuera dejado el poder de paralizar la Ley y con esto su obra de salvación. He allí cómo Dios, para nuestro bien, nos hace volver bienaventurados, aun cuando no lo queramos. Él quiere, cueste lo que cueste, nuestra salvación. Por eso, cuando es indispensable, usa también el látigo del dolor, porque Él sabe que un día lo bendeciremos, cuando por este camino nos hayamos vuelto bienaventurados.

La gran maravilla de la Ley es que ella responde a cada uno conforme su naturaleza. Ella responde a nuestros movimientos con la misma exactitud con la cual un espejo refleja nuestra imagen. Si nuestra imagen que se forma en el espejo es fea, la culpa no es

del espejo, sino de lo que nosotros estamos hechos. Si somos bonitos, la imagen será bonita. De la misma manera el trato que recibimos de la Ley depende de lo que somos y hacemos. Si somos buenos y obedientes ella responderá con bondad. Pero si somos malos y rebeldes, ella nos enseñará lo que hemos de aprender con una zurra de dolor. Cada quien escoge el método que más le guste. Pero dentro de la Ley todos hemos de vivir. Lo que de ella recibamos en cambio por nuestras acciones depende de la posición en que dentro de la Ley nos queramos colocar.

El Evangelio es prédica para los hombres de buena voluntad que quieran volverse ángeles. Ya vimos el papel que el Evangelio ha de representar cuando no queramos volvernos ángeles, permaneciendo como demonios. Cada quien, mirando dentro de sí, puede saber a cual de los dos grupos pertenece y por consiguiente el trato que recibirá por parte de la Ley. Por esto, los buenos, si es verdad que pueden ser aplastados por el mundo, nada han de temer a Dios; al paso que los malos, si pueden por un momento vencer en el mundo, mucho han de temer por parte de la justicia de Dios, que los obligará a pagar hasta el último maravedí. Es mucho más seguro y ventajoso mantenerse del lado de Dios que del lado del mundo. ¿Qué valen y pueden los recursos del mundo en comparación con los de Dios? ¿Qué podrá y querrá el mundo hacer para defendernos, cuando le pertenecemos? ¿Qué podrá y querrá Dios hacer para defendernos, cuando le pertenecemos? He allí que vemos brillar en el fondo del gran cuadro de la Ley que estamos describiendo, la resplandeciente apoteosis final de los buenos, no importa si son despreciados y condenados por los poderosos del mundo, apoteosis en que se realizan las palabras de Cristo: *"las fuerzas del mal no prevalecerán"*.

¿Por cuánto tiempo continuará el hombre sin comprender esto? ¿Cuántos errores tendrá aún que cometer y cuántos dolores tendrá que sufrir antes de abrir los ojos para ver cuál es la substancia de la vida? El hombre continúa rebelándose a la Ley, encerrado en su egoísmo, concibiendo la vida sólo individualmente, en cuanto que la Ley está arrastrando al mundo hacia la fase orgánica en que los elementos de las grandes colectividades colaborarán fraternalmente. ¿Cuántas luchas serán aún necesarias para llegar a la comprensión recíproca y así coordinar los esfuerzos de todos hacia comunes finalidades de bien? ¿Cuántas experiencias dolorosas serán aún necesarias para aprender a no provocar más las reacciones de la Ley? Estamos acostumbrados a las leyes humanas que, por ser hechas muchas veces por la clase dirigente en el interés de ella, pareciera que estuvieran allí para cumplir la tarea de enseñarnos ante todo el arte de evadirnos de ellas. Esto porque hay lucha entre quien manda y quien tiene que obedecer. Pero muy diferente es el caso de la Ley de Dios. Ésta no está hecha para el interés de Él, sino para el nuestro. Entonces, tratar de evadirnos de esta Ley no es realizar nuestra utilidad en contra de quien manda, mas es querer evadirnos de nuestra ventaja y no obtener sino nuestro daño. Esto porque el dominio de la Ley no se basa en la imposición de quien manda contra quien tiene que obedecer, sino en la justicia, en el amor y en la

libre obediencia de quien ha comprendido. ¿Cuánto tiempo continuará el hombre rebelándose al orden de la Ley y huyendo así de su propia felicidad?

Las fuerzas de la vida son movidas por la Ley, de manera que la comprensión habrá de llegar. Hubo un tiempo en que el hombre creyó con seguridad absoluta en la inmovilidad de la Tierra y en la estabilidad de la materia. Pero ahora entiende que lo que parece inmovilidad y estabilidad no es sino un estado de velocidad constante que nos parece sin movimiento, porque nosotros sólo percibimos el movimiento cuando hay cambio de velocidad, o sea, lo que se llama aceleración. De la tremenda carrera que junto con nuestro planeta estamos realizando, o que se verifica en el interior del átomo, no percibimos nada.

De la misma manera, el hombre cree que está viviendo en el caos, cree que sólo su voluntad es la que vale y que es él quien ha de imponer el orden, su orden. Esto lo hace rebelde en un universo regido por el orden de la Ley, rebeldía que lo conduce al sufrimiento, en virtud del choque continuo con ella. El hombre queda apegado a las pequeñas cosas de su mundo, cree con absoluta certeza en la verdad de las ilusiones de éste porque esto es lo que percibe, y no ve que está viviendo en el seno de un orden y de una armonía maravillosa.

Ciego para todo esto, ciego para el inmenso trabajo que todos los seres y todo lo que existe están cumpliendo para regresar a Dios en la ascensión de la evolución, el hombre no percibe nada y no se interesa por nada. Él corre detrás de las glorias humanas y no toma conocimiento de su gloria mayor que es la de ser criatura hija de Dios. Él procura las riquezas del mundo y se olvida de la infinidad de riquezas que están al alcance de sus manos, que Dios le entrega luego que él ha aprendido a usarlas bien. Él va buscando desesperadamente la felicidad, y no sabe que para ella fue creado y de ella habrá de ser harto.

¿Cómo puede el gusano que fatigosamente se arrastra en el suelo, comprender que en los espacios la velocidad es gratuita, y que cuerpos inmensos la poseen sin límites y sin esfuerzo? De la misma manera, ¿cómo puede el hombre que trabajosamente trata de establecer un orden en su planeta, campo de luchas desencadenadas, comprender que el universo es un inmenso organismo en orden, regido por la inteligencia de Dios?

¿Cuándo el hombre, víctima de su atraso, se resolverá a avanzar para conquistar los nuevos continentes del espíritu que lo esperan? ¿Cuándo conseguirá él, preso en su forma mental, quebrar las paredes de esta su prisión? ¿Cuándo querrá él resolver de una sola vez todos sus problemas, evolucionando? Todo depende de nuestra buena voluntad y de nuestro esfuerzo.

XVI

DEL SEPARATISMO A LA UNIÓN

La realización de la Ley en el mundo.
Ella nos impulsa a evolucionar hacia el orden y la unidad.

El asunto fundamental estudiado hasta ahora por nosotros ha sido el de la Ley; su presencia, contenido y acción, conocimiento que nos lleva hacia una nueva manera de concebir la vida con una mejor conciencia de nosotros mismos, proporcionándonos una norma para conducirnos sabiamente hacia nuestro bien. Explicamos que esta Ley está por encima de las religiones y filosofías particulares, a las cuales abarca porque es ley universal de la vida, de la cual nadie puede huir, porque nadie puede huir de la vida y de sus leyes. Lo que aquí vamos exponiendo no es producto de nuestra mente, sino de la lectura que hacemos de esta Ley que todos pueden leer escrita en los fenómenos de nuestra existencia, y la pueden oír hablar en el funcionamiento orgánico del universo, porque no hay cosa en que no esté presente el pensamiento de Dios. El hombre está muy apegado a sus divisiones, porque la forma mental aún dominante es separatista, divisionista, de lucha para vencer y dominar. Mas, eso sólo tiene valor en el nivel humano. Y como el Cielo está por encima de la Tierra, así la Ley está por encima de las divisiones y luchas humanas. Procuremos profundizar siempre más en su estudio, por la satisfacción que toda alma goza al experimentar siempre más el sabor de las cosas de lo Absoluto y de la Eternidad.

Esta satisfacción es lo que más procuramos alcanzar, para nosotros y para nuestros oyentes. Esta es nuestra finalidad mayor y no la que es más común, o sea, la de buscar prosélitos para el propio grupo o de hacer propaganda para aumentar las filas. Nuestra forma mental es completamente diferente. No vamos a la búsqueda de seguidores, porque nuestros objetivos no están en la Tierra. Por extraño que parezca, esta es simplemente la verdad. Estamos solamente explicando, para el bien de quien quiera comprender, cómo funciona la vida. Nuestro mayor deseo es de que cada quien quede satisfecho en la posición donde se encuentra, si ésta le conviene porque de eso sinceramente está convencido. El ser humano es relativo y cada quien necesita creer que es una verdad absoluta la más adaptada a su forma mental. Se trata sólo de pequeñas ondas de superficie en el inmenso océano del conocimiento; ellas son puntos de vista, perspectivas particulares, experiencias diferentes que no impiden en nada que la Ley de Dios se realice y que todos la sigan, permaneciendo dentro de ella, sea por los caminos del bien como por los del mal. Es maravilloso observar cómo el pensamiento y la voluntad de Dios nos rodean por todos lados, siempre guiándonos e impulsándonos

hacia el camino cierto, a nosotros y a todos los seres del universo. Para quien vive delante de una visión de esta envergadura y vastedad, cualquier poder terreno pierde todo valor y todas las sagacidades humanas para alcanzarlo ya no interesan, tornándose un inútil desperdicio de tiempo.

Nosotros podemos oscilar libremente de un polo hacia el otro, del bien hacia el mal, de la luz hacia las tinieblas; podemos desplazarnos y colocarnos en cualquier punto de la Ley, pero quedaremos siempre dentro del pensamiento y de la voluntad de Dios, es decir, de aquella Ley, que es la atmósfera en que vive todo lo que existe en el universo y de la cual nadie puede salir. Tratemos de mantenernos apegados a lo universal, porque lo universal se encuentra también en todos los puntos de lo particular y los abarca, sin quedar encerrado en ninguno de ellos. Sólo subiendo hacia este nivel más alto es posible superar las divisiones y luchas humanas que hacen de la Tierra un infierno, alcanzando aquella paz y armonía que representan el paraíso y que solamente en el seno del orden de la Ley se pueden realizar. Quien ha conseguido ascender hasta este nivel de vida, no desea ya el triunfo de grupo particular y separado alguno, sino sólo la comprensión recíproca y la armonía universal. Procuramos así demostrar y convencer de que la mayor alegría se puede alcanzar sólo si nos salimos del estado de separatismo, lucha y desorden que es lo que más atormenta al mundo, encaminándonos siempre más hacia la unidad, la paz y la armonía, que son los principios fundamentales de la Ley.

Es exactamente en este sentido que se está orientando el progreso de la civilización humana. Es en este sentido que nosotros estamos orientados y tratamos de orientar a los demás. En general lo que más interesa al hombre es su salvación personal. Para alcanzarla él cree que basta pertenecer a su grupo, que la garantiza y puede garantizarla, porque posee y contiene toda la verdad, mientras que los otros grupos contienen todos los errores. Así imaginando poseer el individuo toda la verdad, él queda satisfecho, porque su salvación está asegurada, que es lo que más le importa, mientras que los otros, poseyendo sólo errores, están todos perdidos, lo que para él es también satisfacción. Así cuando el individuo sustenta su grupo y la verdad que éste posee, queda libre para llevar su vida como mejor le convenga. Practicar en la vida los principios de una religión que en su forma particular reproducen más o menos los principios generales de la Ley es otra cosa menos urgente, que se puede también poner a un lado como secundaria. Pero de hecho ella representa lo verdadero, el más precioso contenido de las formas y creencias de todas las religiones. Y si éstas no son usadas en la Tierra como un medio para realizar los principios de la Ley, la presencia de ellas es inútil porque queda frustrado su objetivo principal que es el de guiarnos e impulsarnos hacia los caminos de la Ley, llevándonos hacia Dios. Este objetivo principal es el que aquí estamos pregonando, buscando no la exclusividad condenando, sino la comprensión y la unión.

De hecho, como ahora decíamos, es en esta dirección que está orientado el progreso de la civilización humana. Uno de los mayores problemas que el mundo de hoy tiene que

enfrentar y resolver, es el de la unificación en todos los campos: político, económico, demográfico, religioso, social. Con la vida que se va concentrando cada vez más en las grandes ciudades, el hombre ha de adaptarse a las formas siempre más estrechas de convivencia social. Pero él, como resultado de su pasado, está aún encerrado en una psicología estrictamente individualista que lo aísla de los demás, mientras que la irresistible voluntad de la Ley es que él llegue a unirse con los otros para formar todos juntos la gran unidad colectiva de la humanidad. La evolución quiere que todos los egocentrismos separatistas se fundan en un estado orgánico, que será el estado futuro de la humanidad. Mas a esto el individuo de hoy se rebela, temiendo perder su libertad. De este hecho nacen rebeliones, choques con los vecinos, roces recíprocos, mas también adaptaciones, porque este es el camino marcado por la Ley y de él no se puede huir. Es así que como nunca hoy se ha tornado vivo y actual el problema de las relaciones entre los seres humanos, entre las diferentes clases sociales, entre las divergentes fuerzas e impulsos colectivos.

En la historia de la vida del hombre ha vencido y dominado hasta ahora el principio del individualismo, por el cual el ser vive aislado como en un castillo, encerrado en su egocentrismo y armado contra todos, un ser cuyas relaciones con los demás no pueden ser sino de lucha, de ataque y defensa, para dominar a fin de no terminar como un esclavo, en un estado de guerra permanente. Sistema éste generador de reacciones y contrarreacciones continuas, de venganzas, odios y dolores sin fin. Método de vida salvaje, útil para desenvolver una inteligencia elemental de tipo inferior que reina en los niveles bajos de la animalidad, pero no apropiada ya para elevarla al nivel evolutivo superior que la humanidad está ahora alcanzando. La nueva sensibilización nerviosa y psíquica del hombre civilizado no permite ya soportar los feroces métodos de la vida del pasado, con todas sus tristes consecuencias.

Veremos así que está en la voluntad de la Ley, como en la naturaleza misma de las cosas, que el hombre, con el progresar de la civilización, no pueda dejar de aprender el difícil arte de la convivencia. Él se siente atraído por las ventajas que encuentra en las grandes ciudades, mas allí ha de vivir junto con otros, no ya como individuo aislado en el campo, sino como elemento del organismo social. Este cambio de ambiente construye nuevos hábitos antes desconocidos, de relaciones recíprocas. El ser va adaptándose así a las nuevas formas de vida organizada, más complejas, que constituyen la sociedad. En ésta él propende y se destina cada vez más a desaparecer como individuo aislado, para reaparecer como célula de unidades colectivas múltiples, siempre más vastas. El mundo se transforma para él, que de este modo ha de aprender nuevas lecciones, adquirir nuevas cualidades, correlacionarse a nuevos puntos de referencia, poseer valores diferentes y juzgar con otra psicología. El valor del hombre del campo, que consistía en saber defenderse y trabajar físicamente, en cazar y matar, ha de transformarse en el valor del hombre de los grandes centros civilizados, que consiste en saber moverse, conducirse, trabajar y pensar conforme reglas que lo encuadran dentro de una disciplina

que él ha de aceptar. Así se realiza la evolución, porque, ¿qué es evolución, sino siempre una mayor realización de la Ley? Y ¿cuál es el contenido de la Ley, sino ante todo orden y disciplina?

El hombre primitivo que por primera vez entra en este nuevo ambiente social, trae consigo todos sus instintos de ser individualista, y por esto tiende a hacer resistencia, generando desorden en la organización en que se siente preso. Mas ésta representa una unidad mayor que él y por esto más poderosa, que por tanto lo vence, constriñéndolo a aprender a vivir en la regla de una disciplina, lo que quiere decir evolucionar hacia una forma de vida más adelantada.

Todo, se quiera o no, sigue en esta dirección. La ingeniería moderna se ha dirigido hacia el rascacielos, que es una colmena donde centenares de abejas han de vivir juntas. Esta vecindad recíproca, esta vida en común implica, impone y enseña reglas de respeto recíproco en que se balancean derechos y deberes en una nueva forma organizada de vida colectiva, que sólo de esta manera, basándose en el orden puede existir. Por todos lados todo nos confirma que la vida progresa del caos hacia el orden, de la desenfrenada libertad hacia la disciplina. En esto consiste, como ahora decíamos, el progreso, que es la realización de la Ley.

Cuando este hombre sale de su apartamento, no encuentra salvajes ni fieras contra las cuales luchar, sino carros que exigen disciplina de movimientos en el tránsito; encuentra en las calles, en las tiendas, en los escritorios, gente que exige respeto conforme a reglas de comportamiento. Cuanto más un hombre es civilizado, tanto más él ha de tomar nota de la presencia, exigencias y derechos de los otros, deber que empero implica que otro tanto le sea retribuido por reciprocidad. Cuanto más el hombre es civilizado, tanto menos le es permitido ser individualista, egocéntrico, indiferente a la vida de los otros. Esta puede parecer una pesada disciplina, tanto que el ser primitivo a ella se rebela, pero el hecho de que ella se basa en la reciprocidad, representa al final una ventaja para todos. El trabajo de tener que respetar los derechos de los otros puede constituir la mayoría de las veces una renuncia a la propia libertad. Pero este sacrificio queda después bien pagado cuando por él recibimos, como recompensa, otro tanto de respeto para con nuestros derechos. Sólo el hombre civilizado que tiene deberes puede exigir los correspondientes derechos. El hombre de la selva, en su absoluta libertad, no posee derecho alguno que no sea el de su fuerza que, en la lucha, lo defiende contra todo. Él está solo, desprovisto de toda la defensa de la organización social.

Todo esto es problema de orden y disciplina. Pero estamos aún en el comienzo de este proceso de reordenación. La disciplina es aún formal, exterior, de superficie. Ella representa todo lo que el hombre ha conseguido alcanzar hasta hoy, pero con el progreso de la civilización, el orden habrá de tornarse siempre más substancial, interior y profundo, hasta transformarse de simples reglas de buenas maneras en comprensión

recíproca, en psicología de colaboración y unificación, hasta alcanzar el nivel del amor para con el prójimo, que fue anunciado como meta final por el Evangelio de Cristo. Este es el proceso de descentralización del egocentrismo, proceso en que consiste la evolución de la personalidad humana, que por este camino se abre, desprendiéndose de la prisión de su primitivo egoísmo, se desabrocha y florece hasta alcanzar el estado de altruismo, es decir, de la unidad en Dios, todos juntos y hermanados en un mismo organismo.

Vemos de esta manera cómo, también en las pequeñas cosas de nuestra vida de cada día, se realizan los principios de la Ley; vemos cómo el pensamiento y la voluntad de Dios que ella representa, dirigen el progreso de nuestra civilización hacia objetivos superiores. En el camino de la evolución, quien es el más rebelde contra el orden de la Ley, es el ser más atrasado; y quien es el más obediente a ella, es el ser más adelantado. El contenido de la civilización está representado por la realización de la Ley, es decir, por el grado con que conseguimos vivirla, hermanándonos con nuestros semejantes. Y cuanto más evolucionado sea el hombre, tanto más percibirá que para sobrevivir en la lucha por la vida, hay una fuerza más poderosa que la violencia, que la prepotencia, que la astucia llevada hasta la mentira y hasta la traición: es la fuerza de la inteligencia, de la honestidad, de la bondad.

XVII

LA REALIDAD DE LOS INSTINTOS

Cómo la sabiduría de la Ley, corrigiendo errores y excesos con el sufrimiento, lleva al ser libre hacia su evolución final. Origen y función de los instintos.

Explicamos cómo la evolución nos lleva siempre más hacia el estado orgánico. Del desorden, que es el resultado del individualismo separatista, nos conduce hacia el orden, que es la situación final al armonizarnos con la Ley. Ésta, cuanto más evolucionamos, tanto más tiende a disciplinar a los seres, hermanándolos, y así llevándolos hacia la unificación. Esta es la nueva lección que el hombre ha de aprender. Las otras, las de la animalidad, ya fueron aprendidas, y demorarse en ellas significa retardar el camino de la subida y quedar atrasados en los niveles inferiores de la vida.

La vida ofrece lecciones proporcionadas al plano de existencia en que el ser se encuentra y que en su camino está atravesando. El hombre ha de aprender otros instintos que no

sean los de la agresividad, del engaño, del orgullo, de la codicia, de la sensualidad que, si pudieron ser útiles en un estado de desorden general, no lo son en un mundo organizado. Estas son las posiciones del pasado, no las del futuro. Y la evolución es una fuerza viva, presente dentro de nosotros, que está haciendo presión, constriñéndonos a subir de un modo apremiante. Esto quiere decir que ha llegado la hora de progresar, llevando aquellos instintos hacia el frente, elevándolos a un nivel superior, donde el coraje no reside en la agresividad, la inteligencia no se usa para engañar, la conciencia de sí mismo no es orgullo que desprecia al prójimo, la codicia no sirve al propio egoísmo sino que se destina al bien de todos, y el espíritu no es siervo sino dueño de los sentidos. La vida en su evolución quiere ahora crear en la Tierra un nuevo tipo biológico, un hombre más adelantado, al cual confiará la tarea de organizar el nuevo orden del mundo. El ser más evolucionado de los futuros milenios, mirará hacia el tipo humano actual como nosotros miramos hacia los primitivos de los milenios pasados.

Así todo está claro y, colocado en su debido lugar, encuentra su lógica explicación. También las fieras han de aprender su lección, y la Ley, para ellas, la proporciona en la forma y medida que pueda ser entendida. Para el hombre salvaje las aulas son un poco menos duras, porque él ha desenvuelto más la inteligencia y la sensibilidad. Para el hombre actual, por el progresar de estas cualidades mejoran aún más las condiciones de vida, porque, como es lógico, con el evolucionar, ya es posible que las pruebas necesarias para aprender se tornen siempre más leves e inteligentes. Cada nivel ha de cumplir un género particular de experiencias, conforme al tipo biológico que el ser debe construir. Todo cambia de un plano hacia el otro, inclusive la manera de concebir y juzgar. Podríamos así decir que en cada nivel de vida rige una ley, y con ella una moral diferente. Lo que es normal, justo y lícito para una fiera no lo es para un salvaje y aún menos para un hombre civilizado. Encontramos así tantos tipos de moral sobrepuestas como los pisos de un edificio, la inferior sosteniendo la superior, subiendo siempre; pisos de un edificio que se levanta siempre más y que representa la construcción progresiva del propio “yo”. En cuanto el ser permanece en el plano en que se encuentra, él acepta la moral de ese plano como una cosa natural, mas luego que sube hacia un plano superior se escandaliza con la moral del inferior, que para él se vuelve inmoral e ilícita. Todo depende del nivel de donde parte el juzgamiento. La fiera es juzgada como fiera por el salvaje o por el hombre civilizado. Pero para las fieras no es fiera. Así el salvaje es salvaje para nosotros, pero para los seres de su nivel, no es salvaje. Nosotros nos consideramos civilizados en relación a las fieras y a los salvajes, pero podríamos ser considerados salvajes por seres más evolucionados; y salvajes nos juzgaremos a nosotros mismos, cuales hoy somos, cuando hayamos progresado más. Y así como consideraríamos criminal a un hombre salvaje que practicara entre nosotros su moral de antropófago, así en una humanidad más civilizada podrían ser considerados criminales los métodos de lucha del hombre actual.

De este modo se comprende cómo es que los seres inferiores no pueden ser en sí mismos condenables por sus instintos. La presencia de éstos, como de todo lo que existe, se explica por el hecho de que tienen una función que cumplir. Nada existe sin un motivo, sin un objetivo a alcanzar y una razón que lo justifique. Pero permanece el hecho de que los instintos inferiores revelan la inferioridad del ser, que allí ha de quedar en cuanto no evolucione de su plano inferior, sujeto a la dura ley que allí rige. Si el ser es un diablo, su legítimo lugar donde él ha de morar es el infierno. Si ha subido hasta el nivel del ángel, entonces el lugar que le pertenece, donde él ha de morar, es el paraíso. Esto quiere decir que el primero quedará sujeto a las leyes del infierno, mientras que el segundo será regido por las leyes del paraíso. La punición y el premio son inherentes a la naturaleza misma del individuo y se realizan automáticamente, sin castigo ni venganza, porque corresponden a la posición de cada quien. La fiera está sujeta a la dura ley de la fiera. Cada uno recibe conforme a la justicia, según lo que es, porque de acuerdo con su nivel él se coloca en el grado que le pertenece a lo largo de la escala de la evolución. Justicia automática, inflexible y perfecta, porque cada ser trae en sí mismo el juzgamiento, la pena o la recompensa en las condiciones de vida que ha merecido.

Dijimos arriba que la presencia de los instintos se explica por el hecho de que ellos corresponden a una función que cumplir. Las necesidades del hambre enseñaron al animal a desenvolver su fuerza e inteligencia en el arte de agarrar a los otros animales para devorarlos. La función del instinto en este caso es la conservación de la vida individual. Queriendo aumentar la legítima alegría que viene de la satisfacción del hambre, en el hombre nació la gula, que es ya ilegítimo gozo cuyo exceso provoca disturbios y enfermedades. Éstas representan el freno con que la Ley resiste a toda violación de su orden y equilibrio para conducir todo nuevamente a la justa medida. Así se explica cómo nació en el hombre aquel instinto y también la necesidad de corregirlo, reconduciéndolo a los debidos límites.

Las exigencias del impulso sexual enseñaron al animal a amar. La función del instinto en este caso es la de asegurar la continuación de la especie. Queriendo aumentar la legítima alegría del amor, en el hombre nació la sensualidad, que en el exceso de los vicios provoca también disturbios y enfermedades, por las cuales la Ley resiste al desorden y nos guía hacia la justa medida. Se explica así cómo en el hombre nació aquel instinto y también la necesidad de corregirlo, reconduciéndolo a su debida disciplina.

La absoluta exigencia de sobrevivir contra todos los asaltos en un ambiente hostil, generó en el animal el indispensable instinto de conservación, enseñándole el egocentrismo y el arte del ataque y de la defensa. La función de estos instintos es la de construir al individuo, fuerte y astuto, apto para defenderse a sí mismo, inclusive atacando, vencedor en la lucha por la vida. Queriendo reforzar su individualidad y fortalecer sus defensas, en el hombre nació el egocentrismo separatista y la agresividad bélica, y se volvió guerrero, esclavizador de los vencidos, dominador de pueblos. En

consecuencia de todo esto se produjeron todos los males que atormentan a la humanidad, con los cuales la Ley quiere restablecer el orden. Se explica así cómo en el hombre han nacido estos instintos y también la necesidad de corregirlos, reconduciéndolos a su justa medida.

Se explica así cómo, si de la falta de lo indispensable nació el instinto sabio de la prevención, el exceso de éste generó la codicia de poseer, produjo la avidez de apoderarse de todo para acumular recursos, creó el instinto de la avaricia que espolea al prójimo con el excesivo apego a las cosas. Mas de esto también se siguen males y la consecuente necesidad de corregirlos en los límites de la justa medida.

Se explica así cómo de la necesidad de la defensa nació, para los débiles, el arte del engaño, cuyo exceso generó el instinto de la mentira, la cual nos permite discernir mejor lo que es verdad de lo que es fingimiento. Esto creó un ambiente insoportable de traición para todos y la necesidad de ser honesto y sincero para corregirlo.

Si de esta manera se comprende cuál es el primer origen de los instintos, o sea, el de cumplir una función de auxilio a la vida, se revela también la otra necesidad de dominarlos conforme a los principios de la Ley y de corregirlos, reconduciéndolos hasta sus límites. Si los instintos no se perfeccionaran paralelamente a la evolución, las cualidades que antes eran útiles a la vida se tornarían perjudiciales, a medida que ella progrese. Es así que el ser ha de transformarse de animal en hombre, y de hombre en superhombre, porque luego que se llegue a un nivel superior, la vida requiere otras cualidades, y el ser ha de adquirirlas.

Los instintos inferiores se justifican en cuanto permanecen en su nivel, donde tienen una función que cumplir. Pero se tornan abuso, defecto y culpa en los niveles más adelantados. El verdadero progreso está constituido por esta íntima transformación de la naturaleza del ser, que adquiere hábitos y construye instintos superiores por encima de los viejos, en un continuo proceso de mejoramiento y perfeccionamiento. Es así que, como ya dijimos, el egoísmo separatista y el desenfrenado individualismo del hombre primitivo, han de transformarse en el altruismo unificador indispensable al hombre evolucionado que habrá de vivir en el estado orgánico de la humanidad del futuro.

Este fenómeno de la reorganización del caos, es decir, de la reordenación del desorden en el orden, del exceso en moderación, del abuso en la disciplina de la Ley, por el hecho de ser fundamental en el proceso evolutivo, y tener por eso que realizarse absolutamente, es automático. Entramos aquí en el aspecto determinístico, en el punto de vista inviolable de la Ley, en el cual no puede entrar la libre escogencia del hombre. Éste es llevado irresistiblemente a realizar en sí mismo el control de sus instintos por intermedio del autodominio, ya que, hasta que no se disponga a vivir en el orden, permaneciendo dentro de los límites marcados por la Ley, habrá de sufrir las dolorosas

consecuencias que de esto derivan. Este efecto que parece cruel, por el cual cualquier movimiento errado genera dolor, esta automática reacción a la cual no se puede huir y que parece una venganza de un Dios despiadado por la ofensa recibida, es la mayor Providencia debida a su sabiduría y bondad, porque representa el remedio amargo que cura la dolencia. Providencia cuya función es la de conducir al ser hacia su bien, o sea, a su salvación final en la felicidad.

Es lógico que para un ser libre e ignorante, cada experiencia implique también la prueba del exceso y del abuso, lo que trae como consecuencia las condiciones opuestas a las de la satisfacción, la cual se encuentra sólo dentro de los debidos límites. No es esclavizándonos que la Ley nos guía hacia nuestro bien, lo que no se podría conciliar con la bondad de Dios, sino constriñéndonos indirectamente, sin violar nuestra libertad. Pero, ¿cómo podría Dios llegar a esto respetando la voluntad de un ser ignorante que, para aprender, (conocimiento que es necesario para subir y salvarse), ha de experimentar con todo? La Ley resolvió el problema dejando corresponder en la sensibilidad del ser, cada vez más aguda, a cada movimiento suyo una determinada sensación buena o mala.

Acontece así que cada acto nuestro lleva, conforme su naturaleza, hacia un correspondiente resultado, es decir, todo lo que fue hecho dentro de las reglas de la Ley tiene como consecuencia un estado de satisfacción, y todo lo que fue hecho fuera de estas reglas tiene como consecuencia un estado de aflicción. Hablamos de la verdadera satisfacción, sabia, pacífica, duradera, y no de la satisfacción mórbida, engañadora y transitoria, cuya tendencia final, por motivo de haber sido alcanzada por el abuso contra las reglas de la Ley, es la de llevarnos hacia su lógica conclusión: el sufrimiento. Esto sucede todas las veces que nos salimos de los canales establecidos por la Ley, no solamente por la cualidad del acto, sino también por su cantidad. Así lo que es lícito y satisfactorio en su justa medida, se torna ilícito, perjudicial y doloroso en el exceso. Este es un error en el que es fácil caer, burlados por la impresión agradable de la primera satisfacción e impulsados a agrandarla con el abuso. Pero he allí que la Ley nos reconduce a la justa medida, porque si el uso de la cantidad uno da la satisfacción uno, si dos satisface a dos y tres satisface a tres, no es verdad que si continuáramos aumentando la dosis, aumente en proporción la satisfacción. Por el contrario, cuatro continuará dándonos el placer de tres o un poquito más, cinco no será ya agradable sino que dará sólo un sentido de saciedad, seis comenzará a enojarnos, y al llegar a la cantidad siete comenzará el sufrimiento. Esta inversión del placer de la satisfacción en la amargura del padecimiento, no es sino la lección de la Ley que así nos enseña a enderezarnos volviendo al camino cierto.

De esta manera, sin constreñimiento alguno, el ser libre ha de salir del error expulsándolo automáticamente lejos de él, porque es repelido por la respectiva sensación de disgusto que el ser, a través de su experiencia, va cada vez más relacionando con todo el error cometido. Así la Ley va enseñando al ser, ansioso de

moverse, ardiente de deseo pero inexperto, cómo actuar con inteligencia sin caer en el dolor.

He allí lo que vamos viendo por detrás de los bastidores de la realidad de la vida. Pero muchas son las maravillas contenidas en esta Ley que hemos venido observando en nuestros estudios.

XVIII

LA MUSICALIDAD DE LA LEY

La desobediencia a la Ley se torna autocastigo y la rebelión es autodestrucción.
La maravillosa técnica de la corrección del error para llegar a la salvación.

La lección que la Ley de Dios nos quiere enseñar, inflingiéndonos dolor con su reacción, es la del camino cierto y la de la justa medida. Todos tratamos de alcanzar la mayor satisfacción, y esto no es contrario a la Ley, pues que ésta quiere nuestra felicidad. Lo que está errado no es este deseo en sí, sino, debido a nuestra ignorancia, los medios escogidos para realizarlo. La Ley no quiere nuestro sufrimiento, sino que somos nosotros los que lo producimos, violando el orden de la Ley. Cualquiera que sea nuestro deseo y nuestra rebelión, no podemos dejar de vivir dentro de este orden. Pero el hombre no quiere tomar en cuenta el hecho positivo que representa la presencia de este orden, sustituyéndolo por el desorden constituido por la ley de su “yo” particular. Sólo su ignorancia puede creer que esto sea posible. Hasta la misma ciencia positiva nos demuestra cada día más que vivimos rodeados por todos lados de leyes.

En tal ambiente es lógico que todos los movimientos errados no puedan producir sino efectos errados. Por su misma naturaleza, ¿cómo pueden movimientos errados alcanzar resultados acertados? El tránsito de vehículos y pedestre en las calles no se podría realizar sin reglas. ¿Qué sucedería si en un reloj cada rueda quisiera volverse independiente de las otras para moverse por su cuenta? Y ¿qué música podría ejecutar una orquesta si cada uno de sus componentes, en nombre de la libertad, quisiera tocar a su bello placer? Mas, a pesar de que es evidente la necesidad de moverse conforme a una disciplina, el hombre cree que es posible, en el terreno más elevado de su conducta, sobreponer el desorden al orden de la Ley, sin perjuicio y hasta con ventaja. Y tanto cree en esta locura, que la considera como la mayor prueba de su sabiduría. Entonces en nuestro mundo vemos que se realiza lo que sucedería en una calle donde carros y

peatones corrieran unos por encima de los otros, o en un reloj hecho de ruedas que lucharan por su independencia unas contra las otras, o en una orquesta en que tocara cada uno lo que quisiera. Así se explica por qué en este mundo se verifican los efectos que vemos. El resultado de tanta “sabiduría” es caos y sufrimiento.

La Ley quiere nuestra felicidad, pero sólo para quien se mantenga dentro de su orden. Quien se sale de este orden se sale también de aquella felicidad. Por esto es regla fundamental que, sin disciplina, no se pueda alcanzar satisfacción. Todos procuramos la alegría, siempre una mayor alegría, lo que es justo y concuerda plenamente con la voluntad de la Ley de Dios. Pero este contentamiento no se alcanza como se cree, hartándonos con cualquiera de las satisfacciones humanas comunes, sino aceptándolas en la justa medida. He allí lo que la Ley nos quiere enseñar cuando nos deja recoger amarguras, sea en el exceso o en la carencia. A toda tentativa nuestra de exagerar para subvertir el orden, le llega luego el golpe de la Ley que nos reconduce hacia dentro del orden. No es que la Ley tome venganza y nos castigue. La Ley está siempre firme. Somos nosotros los que la movemos y que, con nuestros movimientos errados, producimos resultados dolorosos. Ella es como un instrumento musical. Un pianista que conozca el teclado puede extraer del piano música maravillosa. Pero si lo tocara al azar un inexperto en música, no podría alcanzar sino irritantes disonancias. Esto es lo que todo el día hacemos con la Ley. No es sorpresa entonces, si en el mundo no encontramos sino desafinaciones y discordancias dolorosas. Y tenemos que oírlas hasta que aprendamos a tocar.

Todo abuso hiere y quema para enseñarnos la lección del orden y a desenvolver en nosotros el instinto del autocontrol y el sentido de la justa medida. Vamos así aprendiendo a través de tantas experiencias de uso y abuso a vivir en el orden, haciendo de todo buen uso. Los instintos, como dijimos, representan deseos que nacieron y se fijaron por la necesidad de satisfacer exigencias vitales, y se justifican en cuanto permanecen dentro de los límites de esta su función. Esto es lo que se llama permanecer en el orden. Todo en la Ley tiene su debido lugar. Así, es bueno y genera buenas consecuencias el hecho de comer para sustentar el cuerpo, pero es malo y produce malas consecuencias el hecho de comer demasiado por golosidad. También es bueno descansar después de haber trabajado, pero es malo el ocio y la pereza. Así también la liberalidad no puede volverse un malgastar y disipar, como el espíritu de economía no debe llegar a la avaricia. De la misma manera la conciencia de sí mismo no tiene que transformarse en orgullo, como el deseo de ganar con el trabajo lo necesario para vivir, no debe volverse sórdido apego al dinero e inmoderada codicia de riqueza.

Pero errores se pueden cometer no solamente en el sentido de la cantidad, sino también a través de la cualidad de nuestros actos. Por la ley del mínimo esfuerzo procuramos, para alcanzar los mayores resultados, trabajar lo menos posible, esto es, en vez de seguir el camino directo, seguir el de las astucias, andar por callejuelas y atajos, que son desvíos

fuera del camino cierto del trabajo honesto, que es el único que nos confiere la base segura del merecimiento. Nos gustan las cosas bien hechas y que otros las hagan así para nosotros. Pero creemos ser hábiles cuando, con el engaño, sabemos llevar ventaja sobre los otros, entregándoles productos mal hechos. Termina así el crédito y la confianza, y la mentira embarga cada vez más la vida social.

La honestidad de la Ley exige que quien tenga una posición social, cumpla la función que aquella posición implica y representa. Así, los gobiernos deberían cumplir la función que justifica su poder, que es la de dirigir, defender y ayudar a los pueblos. Pero desgraciadamente cuanto más primitivo es el hombre, tanto más concibe el poder egocéntricamente, es decir, no como una función para el bien colectivo, sino solamente como un medio para satisfacer su ambición y su deseo de gloria y riqueza. Si no existiera esta ventaja personal e inmediata, no se explicaría tanta lucha y disipación de recursos para la conquista del poder. Puede, empero, suceder que los pueblos se aperciban de este juego de sus gobernantes. Estallan entonces las revoluciones con que se ajustan las cuentas y, como sucedió en la Revolución Francesa, se liquida a las clases dirigentes. Estos movimientos representan un desorden que no podría nacer si no fuera generado por otro desorden, que en general surge por el abuso de los dirigentes. Esto así hace creer que, en la Tierra, la justicia de la Ley no se puede realizar sino por una continua corrección de abusos, lo que parece ser al final la tendencia que prevalece en el instinto del hombre.

Se podría entonces preguntar: si esta es la realidad que hay detrás de las apariencias, ¿qué juego extraño se esconde detrás de los métodos electivos y qué significado tiene el derecho del voto en pueblos que no saben usarlo? En este caso, en la práctica, el voto no es un derecho, porque no puede tener derechos quien no sabe lo que hace, sino que es una escuela para aprender a usar este derecho, escuela dolorosa, porque, conforme a la Ley, los errores no pueden ser corregidos sino a través de la dura experiencia de los propios sufrimientos. En todos los campos el hombre que erra ha de sufrir para aprender; en este caso los pueblos han de sufrir la tiranía y la explotación hasta que aprendan a saber elegir, y los gobernantes han de sufrir rebeliones hasta que aprendan a gobernar con honestidad. Cada quien recibe siempre las consecuencias de sus actos, conforme lo que mereció. Así los gobernantes tienen los pueblos que merecen, y los pueblos los gobernantes que merecen. La vida no puede basarse sobre valores ficticios, sino que exige valores reales. Quien no vale nada y no hace nada, no recibe nada, hasta que aprenda a valer y a hacer algo con valor. Esta es la justicia de la Ley de Dios.

Estamos viendo cómo los principios de la Ley repercuten en todos los aspectos de la vida. La exactitud de su justicia se expresa por la ley de causa y efecto, porque la reacción correctiva corresponde exactamente a la naturaleza y proporción de la culpa. Es por esto que fue posible interpretar el fenómeno de esta reacción como venganza de Dios, conforme a la ley del talión. Conocemos ahora cuál es la técnica con que la Ley

endereza el error y, sin imposición forzada, obtiene la obediencia. El resultado es que, a pesar de que el ser queda libre, él no puede salirse de esta obediencia. Esto, porque salirse de la Ley constituye el mayor error, lo que equivale al mayor sufrimiento. Es así, porque todo lo que está dentro de la Ley es bueno, bello, agradable, mientras que todo lo que está fuera de la Ley es malo, feo, doloroso. La maravilla de esta técnica está en el hecho de que, en último análisis no es posible rebelarse a la Ley, porque fuera de ella no hay vida ni satisfacción. Los rebeldes que quieran salirse fuera de la Ley, se lanzan ellos mismos hacia fuera del paraíso, hacia el infierno; queriendo invertir la Ley, se invierten a sí mismos, condenándose a vivir invertidos, en un mundo invertido. E invertido quiere decir en vez de felicidad el sufrimiento, en lugar de la vida la muerte. Así la desobediencia es un suicidio, es una autocondena y un autocastigo que el rebelde ejecuta con sus propias manos contra sí mismo.

Los rebeldes quisieran librarse de este juego de la Ley, porque creen que es lo mejor y, en su ignorancia, creen que esto es posible. Pero la Ley es la substancia de nuestra vida misma, porque nosotros mismos en el fondo somos Dios, y como tal su Ley. Por lo tanto, si llegara a haber una verdadera rebelión y si ella tuviera éxito y venciera en la batalla contra la Ley, esto sería destruir nuestra propia vida. La Ley está diseñada de manera que, automáticamente, la rebelión movida por el rebelde, por sí misma constituya la fuerza que la lleve hacia su destrucción. Si de esta manera, rebelarse quiere decir destruirse a sí mismo, tarde o temprano habrá que acabar con la rebelión si no queremos ser destruidos. De esto no se puede huir. La Ley es el pensamiento y la voluntad de Dios, y si fuese posible destruirla con la rebelión, sería posible también destruir a Dios, que es el más inaceptable de los absurdos. Entonces, ¿qué hace la Ley? Se libra de la dolencia de la rebelión liquidándola, eliminándola de su sistema y anulando a los rebeldes. Este es el verdadero infierno eterno: la absoluta negación de la vida en la nada. Pero, ¿qué ser, por malo e ignorante que sea, podría querer esto? Concluyendo: quien se rebela va contra su propia vida y trabaja sólo para su propia destrucción; así, ¿quién puede obstinarse en perseverar definitivamente en este camino? Quien desee mayores explicaciones al respecto de este asunto, las encontrará en mi libro *El Sistema*, donde todo fue cabalmente explicado. Ahora podemos constatar cómo estas nuestras conclusiones prácticas al respecto de la conducta humana quedan relacionadas con el funcionamiento del Todo, y justificadas también en función de los más altos principios de lo Absoluto.

Quien se rebela es el ser involucionado que por su ignorancia y creyendo saber, camina en contra de su propia vida. Cuanto más involucionado es el ser, tanto más está apegado a la vida de su plano inferior, más llena de sufrimientos, y mayor es su rebeldía. Entonces, cuanto más el ser es rebelde, tanto más está sujeto al sufrimiento, que representa la corrección de sus errores. Cuanto más entra el ser en el camino que lo lleva hacia fuera de la Ley, tanto más es impulsado a volver a ella; mientras más ignorante es el ser, cometiendo por este motivo errores, tanto más habrá de experimentar sus

dolorosas consecuencias para aprender a no cometerlos más. He allí la mecánica maravillosa por medio de la cual el error ha de autocorregirse y los rebeldes han de volverse obedientes a la Ley.

Se llega así a esta conclusión: nadie está más amarrado a la obediencia de la Ley que el rebelde. Lo que lo encadena a esta obediencia, a pesar de su deseo de rebelión, es su mismo apego a la vida, porque queriendo volver a la vida él ha de volver dentro de la Ley, porque ella es la vida y fuera de ella no hay sino muerte, lo que nadie quiere. Es así que, mientras más involucionado es el ser, tanto más ha de sufrir, experimentar, aprender y con esto evolucionar. En la justicia de Dios, librarse de todo esto no puede ser sino la merecida recompensa por el esfuerzo hecho para subir. Es así que, mientras más indisciplinado es el ser, y por esto quiere el desorden, tanto más es impulsado hacia la disciplina y confinado al orden. Es así que la rebelión se vuelve absurda, contraproducente y por esto insoportable e inaceptable, porque cuanto más se rebela el ser, tanto más se aprieta alrededor de su pescuezo el nudo corredizo del sufrimiento. Cuanto más el ser se hace el sordo para no oír la lección, más enérgica se torna ésta. Es lógico que en la Ley, que es orden y armonía, todo, inclusive su reacción, sea proporcionado y equilibrado. Sucede así automáticamente que, mientras más ignorante y rebelde es el ser, tanto mayores son sus errores, y por esto mayor la reacción que ellos excitan, de modo que mientras más el ser necesita ser corregido, tanto más poderosa es la corrección que se encargará de enderezarlo. Por otro lado, cuanto más el ser es sabio y obediente, menores son sus errores así como la reacción que ellos excitan, de modo que cuanto menos el ser necesita ser corregido, tanto más leve es la corrección necesaria para enderezarlo. Como vemos, se trata de una verdadera escuela en que los alumnos reciben las clases bajo una medida, proporcionadas a su necesidad de aprender. Escuela maravillosa en que cada aprendiz automáticamente, por sí mismo, ha de aprender la lección que le sea más adaptada. ¿Podría Dios haber hecho una cosa mejor?

De todo esto se sigue otra maravilla: la corrección de los errores y la rectificación del camino errado son automáticas, progresivas y absolutamente necesarias. Esto quiere decir que cualquier movimiento que el ser haga en el uso de su libertad, sea para bien o para mal, todo lo lleva tanto por el camino de la alegría como por el camino del dolor, hacia su salvación final. El ser puede libremente escoger entre los dos el camino que quiera, pero no puede impedir que la evolución se cumpla y que se alcance su punto final, que es la salvación. La sabiduría de Dios ha colocado en el sistema de la Ley esta maravillosa técnica de la salvación, técnica tanto más valiosa porque es inviolable. Vimos que la libertad del ser no es absoluta, y que para sus errores hay fronteras que no se pueden sobrepasar. Esta es otra sabia providencia de Dios para impedir que, en su ignorancia y rebeldía, el ser excite en la Ley una reacción demasiado poderosa que él no pueda soportar. Así los límites permitidos para la desobediencia son proporcionales al grado de evolución. Cuanto más el ser sube y aprende, tanto más estrecha se torna la amplitud del error, hasta que desaparezca. Con la evolución el mal va siendo

progresivamente cercado, encerrado cada vez más, hasta que ya no le sobre espacio y así acabe por ser eliminado.

Las dos fuerzas están una contra la otra. De un lado la evolución que impulsa al ser hacia la salvación, del otro lado la rebelión del mal que lo impulsa hacia la destrucción. La tarea de la evolución es la de corroer al mal y consumirlo hasta destruirlo.

Quien consigue penetrar en el pensamiento que constituye y dirige esta maravillosa técnica con que la Ley guía al ser hacia su necesaria salvación en Dios, no puede dejar de quedar admirado delante de una tan deslumbrante sabiduría y tan asombrosa perfección, que sabe resolver tantos problemas alcanzando sus más altas finalidades con medios tan simples, tan lógicos, automáticos, justos, y de los cuales no se puede huir. Es maravilloso observar y estudiar el pensamiento con que la Ley gobierna el funcionamiento orgánico del universo y nuestra propia vida.

Y para llegar a una orientación cierta y completa, indispensable para dirigir sabiamente nuestra conducta, no hay otro camino sino el de relacionarnos con este pensamiento que lo explica todo, mostrándonos también la razón última por la cual tenemos que actuar de una manera en vez de otra, apartándonos de los caminos del mal, para recorrer los del bien.

XIX

EL FRACASO DE LA ASTUCIA

Estamos todos encadenados a la necesidad de evolucionar.
Los seguidores del camino más corto y la errada sabiduría del mundo.
La inteligencia del involucionado y la del evolucionado.

Continuemos hablando de nuestro gran guía que es la Ley de Dios. Las conclusiones prácticas que estamos presentando, como ya dijimos, están relacionadas con las teorías que en nuestros libros explican las causas primeras de las cosas. Es en aquellas teorías generales que estas conclusiones que observamos en el terreno de la conducta humana encuentran su raíz, explicación y justificación, y con esto una base cierta que nos garantiza su verdad. Pero al mismo tiempo es en esta su aplicación práctica en el plano controlable de nuestra realidad que aquellas teorías, que en sí son experimentalmente incontrolables porque están muy apartadas de nuestra vida cotidiana, encuentran su

confirmación, lo que a su vez nos garantiza su verdad. Se verifica así el hecho de que las lejanas teorías generales y sus consecuencias particulares próximas a nosotros y por tanto para nosotros más comprensibles, se apuntalan y se sustentan recíprocamente, unas ofreciendo la prueba de la verdad de las otras, en un sistema único en que se armonizan, colaborando la teoría con la práctica, y así una realidad confirma a la otra.

Con esto nuestro objetivo está alcanzado, el cual es solamente el de iluminar, explicando y demostrando. Sería absurdo pensar que nuestra palabra pudiese tener el poder de transformar al mundo. Esto concierne sólo a Dios pues sólo Él posee y puede usar los adecuados medios apocalípticos para tanto. Nosotros podemos apenas explicar cómo funciona todo esto y por qué suceden tantos desastres en el mundo. La tarea de corregir el error pertenece al dolor, que por esto mismo existe y de esto está encargado. Para madurar a los involucionados son necesarios choques proporcionados a su ignorancia e insensibilidad. Para que los sordos oigan, es preciso algo más que sermones, hay necesidad de una voz que por sí misma se deje claramente entender por todos: es indispensable sufrir para aprender. Y si en el mundo existen tantos dolores, esto quiere decir que la escuela está funcionando bien. Y esto es bueno, porque garantiza aquello que es más importante, o sea, que la evolución se cumpla. Es bueno que el mundo sufra las consecuencias de sus errores, porque así, para su bien, él va aprendiendo a no errar más.

Aunque Dios está presente en nuestro mundo, obrando en el interior de su propia Ley, pareciera que Él estuviera mirando desde lejos, dejando al hombre libre de hacer lo que quisiera. Pareciera que le estuviese diciendo: “Experimenta, pequeño, a tu voluntad; verificando y evaluando las consecuencias de tus actos, aprenderás la sabiduría del bien y del mal. Puedes hacer de todo; sufriendo las consecuencias de tu conducta, podrás conquistar tu sabiduría, sin la cual no puede haber felicidad para ti. Para llegar a esto es necesario atravesar el desierto de las desilusiones. Anda pequeño. No puedes destruir la carga de tu ignorancia si no experimentas en el dolor las consecuencias del error. Caminando, sufriendo y aprendiendo, el fardo se tornará cada vez más leve, el camino menos escarpado, el paso más rápido. Es necesario andar hasta que todo el camino sea recorrido. Eres libre... Puedes parar, retroceder, rebelarte, errar a voluntad. Has lo que quieras. Pero por encima de todo la Ley se mantiene inalcanzable e inmutable. Las consecuencias de tu conducta son tuyas y, si ésta fuese errada, tendrás que sufrir todas aquellas consecuencias hasta que aprendas a moverte con disciplina en la Ley, de manera que no generes para ti más sufrimientos. Puedes, si quieres, no prestar oído a los sabios avisos. Junto a muchas fuentes en las que tú querrás matar tu sed de felicidad, hay letreros que dicen: ¡Veneno!, advirtiéndote para que no bebas. Pero tú no crees y no escuchas. Entonces absorbes tanto veneno, hasta que aprendes cuantas amarguras él genera, y así, a no beberlo más. El camino es largo y duro, mas “Yo” velo por tu salvación, que habrá de realizarse”.

La evolución es una necesidad absoluta. El camino está marcado y de él no se puede salir. Este es el contenido de la Ley. Somos libres, podemos escoger a voluntad. Pero lo que nos encadena a la necesidad de evolucionar, es nuestro deseo de felicidad. Podemos detenernos en el camino y volver hacia atrás. Pero el sufrimiento que entonces encontraremos nos impulsará hacia el frente. Podemos errar, mas el dolor que se sigue, quema. Así aprenderemos a huir de él y, comprendiendo cuales son las causas que lo generan, aprenderemos a huir de dichas causas para no generarlas más. Consideramos al dolor como una maldición de Dios, casi un producto de su maldad, y no percibimos el saludable e indispensable remedio que es para nuestro bien. Pues si no existiera el dolor, si no existiera este nuestro irresistible deseo de felicidad y esta triste insatisfacción cuando ella no es alcanzada, ¿quién nos movería a lo largo del camino de la evolución, quién nos impulsaría hacia la subida? Sin la insatisfacción y el dolor, nuestra pereza paralizaría todo y todo se quedaría estancado en la muerte. Entonces estaría comprometido el objetivo final de la existencia de todos los seres, la vida de ellos y la presencia del universo todo no tendría ya sentido. Todos quisiéramos suprimir el dolor, no comprendiendo que así suprimimos la fuerza providencial que nos lleva hacia nuestra salvación.

Vamos siendo así inevitablemente impulsados hacia nuestra meta final, atraídos hacia ella por nuestra ansia de felicidad, repelidos por el dolor luego que nos apartamos del camino cierto. Esto parece un armadijo en que el ser se encuentra preso. Él quisiera huir de esto, y no sabe que en esta prisión está su salvación. En último análisis, quien se rebela contra la disciplina de la Ley, se rebela contra su propia salvación. No se podría imaginar ignorancia y locura mayor.

Quien aún no ha entendido esto, cree ser inteligente cuando imagina engañar a la Ley, hurtando satisfacciones inmerecidas y consiguiendo escapar a sus sanciones. Deseamos la felicidad, pero muchas veces no queremos hacer el esfuerzo para ganarla honestamente. Y creemos que somos hábiles cuando conseguimos alcanzar el resultado de la satisfacción sin hacer aquel esfuerzo, que es lo que tiene valor, porque es lo que nos hace progresar. Procuramos así todos los medios para detenernos en el camino de nuestra salvación. Buscamos escapatorias, desvíos, atajos, para esforzarnos lo menos posible en el trabajo más importante de la vida, que es el de nuestra evolución.

He allí dónde está la sabiduría del mundo: en el deseo de conquistar éxito de cualquier manera, por todos los medios. Entonces, en el camino marcado que nos lleva hacia la felicidad, se verifica una carrera para tratar de llegar en primer lugar al mayor éxito, con la mayor satisfacción posible. Así, en vez de hacerlo con movimientos coordinados, se avanza en una pelea de todos contra todos, lo que hace del progreso una marcha desordenada y fatigosa, corroída por los roces, ejecutada en una atmósfera de caos. De este modo el trabajo necesario de la evolución no se puede cumplir a no ser cargado de sufrimientos.

Imaginemos una avenida donde circulan muchos carros. Ellos son libres de andar en una dirección o en otra, más o menos rápidamente, siendo libres de parar, etc., pero todo esto conforme a normas, sin lo que el tránsito regular no sería posible. El desorden sería un desastre para todos, y por esto, aunque la mayoría de las veces en contra de nuestra voluntad, todos hemos de colocarnos en obediencia, en la disciplina del orden. El camino de la evolución a lo largo del cual se desenvuelve la serie de nuestras vidas, se parece a aquel camino sobre el cual nosotros andamos todos juntos, como los carros. Pero aquí también, para que la marcha no se transforme en una confusión dolorosa, hay normas sin las cuales el tránsito regular no es posible. Aquí también el desorden se vuelve desastre para todos. Pero ni siquiera por esto nos colocamos en obediencia en la disciplina de la Ley.

Por el contrario, la mayor sabiduría del individuo parece consistir en pensar sólo en sí mismo, descuidándose de las consecuencias que puede acarrear a los otros. Surgen así los astutos seguidores del camino más corto. Su mayor tentación es la de saltar por encima de los demás. Escogen los caminos más fáciles, que acortan las distancias, para ser los primeros por cualquier medio. Desgraciadamente la inteligencia de ellos se está desenvolviendo sólo en este nivel primitivo del individualismo caótico, aún incapaz de comprender cualquier forma orgánica de funcionamiento colectivo. En nuestro mundo sucede entonces lo que sucedería en una avenida donde cada carro corriera por su cuenta, sin regla alguna, procurando vencer a los otros carros pasando por encima de ellos. La sabiduría de estos astutos tan hábiles, que quieren sacar ventajas sólo para sí mismos, termina en lo que vemos que sucede en el mundo, es decir, aplastamientos recíprocos, revoluciones, guerras, destrucciones. Quien vence, al final, no es un vencedor. Quedará sólo el caos y el sufrimiento que permanentemente dominan al mundo.

El mundo está lleno de estos astutos seguidores del camino más corto. Ellos están presos a sus ilusorias felicidades: la riqueza, la gloria, el poder... Los impulsa la codicia, el orgullo, el deseo de dominio... Y piensan: ¿por qué escoger el camino más largo del trabajo honesto, del verdadero valor, de una finalidad de bien que conforme a la justicia nos dé derecho a la recompensa merecida, cuando allí el atajo está pronto convidándonos a acortar el camino? Es lógico que los conocedores de la ciencia del provecho inmediato, a corto plazo, practiquen este otro método menos fatigoso y más ventajoso. Sería locura trabajar y producir, cuando con el robo se puede enriquecer más fácil y rápidamente, cuando se puede satisfacer el propio orgullo llegando a la gloria con el engaño y la mentira, cuando hay tantos atajos para saciar el propio deseo de dominio llegando al poder. Así piensan y hacen los astutos, mientras miran con desprecio hacia los simples que avanzan ordenadamente por el camino de todos. Pero no por esto deja de subsistir la Ley, que empujando a los astutos hacia el abismo, con la destrucción de ellos

busca librar a la vida de estos elementos parasitarios, que sólo siembran desorden y sufrimientos.

Podríamos preguntarnos: Pero, ¿por qué acontece todo eso? ¿Cómo se explica esta locura? La locura es un problema de falta de inteligencia. La tarea de la evolución es la de desenvolver esta inteligencia y el ser posee más o menos inteligencia, conforme el grado de desenvolvimiento alcanzado. Ella comienza a aparecer como un fenómeno de superficie, limitándose el individuo a comprender los efectos inmediatos de los hechos que abarca con los sentidos, y propende a tornarse después siempre más profunda, llegando a comprender también las causas lejanas de los hechos y los efectos a largo plazo. La visión psicológica de los primitivos se podría llamar microscópica. En esta su forma mental ellos están sumergidos hasta el pescuezo, de modo que no consiguen admitir ni comprender la visión psicológica de los evolucionados, que se podría llamar telescópica. Los primitivos están apegados a las verdades pequeñas que se pueden tocar con las manos, las que ellos juzgan como realidad objetiva y cierta, mientras que niegan, porque se les escapa, cualquier otra realidad más vasta y lejana. Así, ellos viven como aventureros buscando por cualquier medio satisfacer el momento presente, sin prever ni organizar nada para el futuro. Así ellos viven como microbios encerrados en una gota de agua, ignorando el mundo mayor que existe fuera; viven de los pormenores de la vida microscópica, con su vista miope, percibiendo sólo los resultados próximos y corriendo detrás de ellos, sin sospechar nada de la inmensa vida de las estrellas de los cielos, sin tomar conocimiento de que hacia más allá de sus mínimos movimientos, existen también los inmensos movimientos de los astros.

El tipo biológico del primitivo aún no evolucionado, posee sólo esta inteligencia microscópica, mas en compensación mucha fuerza en su plano físico, capacidades guerreras para agredir al prójimo y mandíbulas de lobo para devorarlo todo. Esto es necesario para que él sobreviva en su nivel. Pero ¿qué sentido tiene esto en relación al camino progresivo de la evolución? La fuerza en el nivel material representa el capital que la Ley le dejó al involucionado para que conquiste la inteligencia, la cual es un medio más poderoso en las manos del evolucionado que la ha conquistado. En la parte inferior de la cabeza del lobo está la boca, poderosa en su voracidad. Pero por encima de ella está la nariz para oler, los oídos para oír y los ojos para ver, es decir, la actividad más refinada de los sentidos. Y por encima de éstos está el cerebro para pensar, cuya actividad es necesaria para comprender los mensajes de los sentidos y dirigir los movimientos de la boca y de todo el cuerpo.

¿Qué sucede entonces? Para usar la parte física es necesaria la inteligencia, que comienza así a desenvolverse por el uso necesario a su actividad, lo que es indispensable para que el ser sobreviva en su plano. He allí que la necesidad de la supervivencia, de la lucha en los planos inferiores, lleva a la necesidad del desenvolvimiento de la inteligencia, que es el medio para salir de aquellos planos. Así, sólo por el hecho de

existir, la vida tiende a desplazarse automáticamente en el sentido de los niveles superiores y la evolución a realizarse. Así, el centro vital se disloca de las mandíbulas hacia el cerebro del lobo, hasta que él, como sucedió con el perro, pierda la ferocidad de los dientes, transformándola, conviviendo con el hombre, en el poder mucho mayor de la inteligencia. ¿No es esto lo que vemos que sucede en la evolución de los seres, en el paso del estado salvaje al estado civilizado? La ferocidad queda abandonada en los planos inferiores para los atrasados que allí aún permanecen, y se desenvuelve siempre más la inteligencia valorizándose las cualidades de la mente. Solamente ahora en nuestro siglo vemos a los científicos amparados y admirados, mientras que en el pasado la sociedad los dejaba morir de hambre y los despreciaba, glorificando por el contrario a los grandes y feroces guerreros. Esto quiere decir que con la evolución han de desaparecer mandíbulas y garras, agresividad y ferocidad, armas y destrucción, para que venga la inteligencia creadora y pacífica.

Nuestra humanidad actual está aún en la fase de las mandíbulas y de las garras, y las está usando para con ellas desenvolver la inteligencia. He allí como se comprende y se justifica la presencia de tanta lucha en nuestro mundo. Todo lo que en la vida existe es porque tiene una función que cumplir. De otro modo no existiría. Si la Ley permite que en este nivel domine la lucha, esto sucede por el hecho de que ella representa para los seres situados en este plano, el mejor medio para desenvolver la inteligencia, que es indispensable para que sea posible entrar en los planos superiores. Estamos aún en el nivel animal, en que el ser es impulsado por las necesidades y codicias materiales, mucho más que por las exigencias intelectuales y espirituales. Domina el individualismo egoísta y separatista, todo en función del “yo”, porque la evolución ha de cumplir ante todo con la construcción de la personalidad.

En un grado más avanzado se trata, por el contrario, de realizar un trabajo diferente, que es el de coordinar las personalidades en la unidad colectiva de la humanidad. Entonces la lucha entre egoísmos rivales pierde todo el sentido y se vuelve pequeño obstáculo que es necesario apartar. El héroe vencedor de las luchas del nivel actual, se torna un criminal que la sociedad civilizada aísla y aparta. En ella la evolución quiere alcanzar otros objetivos, y surgen nuevos problemas, los de la fase orgánica, anteriormente desconocida. La evolución lleva hacia la unión, y el individuo cuanto más evolucionado, tanto mejor sabe vivir en forma orgánica. Despunta así una disciplina que regula las relaciones humanas y la conducta de los hombres, cuales elementos del nuevo “yo” múltiple, que es la sociedad humana. En lugar de la rebeldía en el desorden, se valorizan las cualidades de orden en la obediencia a la Ley. Entonces rebelarse a ella se torna una locura. La vida muy pronto obedecerá a principios nuevos, que el ser que pertenece a planos inferiores no puede comprender en cuanto no los haya superado. La baja inteligencia de la lucha y de las astucias que conducen al desorden se transformarán en la superior inteligencia de la disciplina en el orden.

No hay duda que para quien ha alcanzado una comprensión más vasta, es un sufrimiento ver a la inteligencia, que es centella de Dios, corromperse por las astucias y los engaños. Pero este bajo uso de ella se justifica porque es un medio para llegar a comprender la inferioridad de estos métodos y así terminar por superarlos y abandonarlos. El involucionado desprecia, juzgando como estúpido e ingenuo, a quien no usa su sistema y no vence con él. Pero la Ley es tal que los inferiores han de usarlo sobre todo para llegar a encontrar y a aceptar mañana, los métodos superiores que hoy desprecian.

XX

LA JUSTICIA DE LA LEY

Contra el método del ataque y de la defensa del mundo, sólo el del Evangelio, el de la no-resistencia, resuelve. Nuestro ofensor como instrumento de la Justicia de la Ley.

En el capítulo precedente constatamos que la sabiduría del mundo consiste en gran parte en el arte que practican los astutos, seguidores del camino más corto para escapar a la Ley. Vimos que la lucha nace de esta forma de encarar la vida, y que la finalidad que explica y justifica esta lucha es la de desenvolver la inteligencia en sus niveles más bajos.

Continuemos observando otros aspectos del problema de nuestro comportamiento con respecto a la Ley, para ver cuáles son las consecuencias de nuestros diferentes actos y la manera de cómo conducirnos mejor para evitar errores y sufrimientos. Constatamos que nuestra vida actual está regida por la ley de la lucha, por la cual el más fuerte es el que vence y domina. Esto quiere decir que a todo momento estamos sujetos a recibir ataques. De allí la necesidad de una defensa. ¿Qué nos dice la Ley a este respecto? ¿Cómo resuelve ella el problema? ¿Cuáles son nuestros derechos y nuestros deberes? ¿Cuál es la conducta que nos conduce a resultados mejores? ¿Cuál debe ser nuestra reacción al ataque? ¿Cuál es el método más sabio y ventajoso para resolver el caso?

Este es uno de los puntos donde más resalta la oposición entre el sistema del Evangelio y el del mundo. El primero sustenta la regla de la no-resistencia, el segundo el uso de la reacción violenta. Ya vimos que se trata de leyes de dos niveles evolutivos diferentes, leyes verdaderas cada una en su respectivo plano de vida, al cual están adaptadas. Se trata de dos maneras de concebir, en función de puntos de referencia diferentes.

Cuando recibimos un golpe, ¿sabemos de dónde viene? Su origen se puede en principio encontrar en tres causas: 1) el azar; 2) la voluntad del agresor; 3) la voluntad de Dios. Observemos las tres causas:

1) La teoría del azar es inaceptable para quien sabe que el universo es un organismo cuyo funcionamiento está regulado por la Ley. En un sistema de esta naturaleza no puede haber lugar para el azar, sobre todo en lo que respecta al dolor, tan importante por sus causas y por sus efectos en el destino de un hombre.
2) Hemos visto que la voluntad del hombre está encerrada entre límites, como la libertad del pez en el río o la de un carro en la avenida, de donde no puede salir.
3) Quien establece estos límites intraspasables y la regla cierta de todo movimiento dentro de ellos, es la voluntad de Dios, por Él escrita en su Ley. El transponer estos límites origina el dolor.

Es posible de este modo establecer cuál es la causa de lo que nos sucede y también de los ataques que recibimos.

1) La causa no está en el azar que como vimos, no puede existir en un universo regulado por leyes.
2) Dentro de los límites marcados por la Ley o voluntad de Dios, la causa está en la voluntad del hombre. Esto por el hecho de que a él le es permitido escoger entre lo que es correcto, manteniéndose dentro del orden de la Ley, y lo que está errado, saliéndose de este orden con la desobediencia. Todo lo que se debe a esta voluntad del hombre, se podría llamar causa próxima. En este punto su vista miope se detiene y, no viendo nada más allá, cree haber alcanzado la solución final del problema.
3) Pero más allá de estas causas que se encargan de dirigir el caso particular, dejando al hombre en libertad de manera que él aprenda, hacia más allá de estas causas secundarias y periféricas, existe una causa mayor, principal y central, una causa de todas las otras causas menores, que las dirige y domina. Entonces, aquella que se creía que era la única y primera fuente de los acontecimientos de la vida, no es sino una causa relativa, momentánea y aparente, un medio en que se realiza una causa mucho más lejana, que es la verdadera, fundamental, absoluta y definitiva. Es lógico que esta otra causa tan diferente no se pueda encontrar sino en el seno del último término de todo, en quien está por encima de todo, es decir, en Dios y en su voluntad.

Sucede así que esta causa mayor abarca y coordina todas las causas menores movidas por el hombre, inclusive su libertad de oscilación entre verdad y error, bien y mal, etc., que ha de obedecer y está sujeta a aquella causa mayor, que es la justicia de Dios. De este modo el hombre es libre de obrar de un modo correcto o errado, pero, más allá de eso su libertad no llega y actúa otra causa que es la Ley, es decir, la justicia de Dios con sus fatales reacciones contra la desobediencia.

No hay duda de que el ataque que nos golpea es movido por un ser, que entonces llamamos nuestro enemigo. Pero él sólo es la causa próxima y es contra ésta que, en nuestra miopía, comenzamos a luchar. Pero, ¿cómo se puede corregir el hecho si no alcanzamos sus causas profundas, en ellas practicando nuestra actividad correctora? Se explica así cómo es que, por el hecho de que el mundo obra sólo en la superficie, él no recoge sino resultados superficiales. Y en verdad, a pesar de que las armas para la defensa están siempre en acción, los ataques vuelven siempre a surgir por todos lados, quedando el problema sin solución, y lo que siempre se mantiene de pie es la lucha continua de todos contra todos. Pero es lógico que no se pueda curar una dolencia sólo con el tratamiento de sus síntomas exteriores.

Así el mundo queda en la superficie del problema. Cada quien busca destruir a sus enemigos, pero no la causa que los genera: procura apartar los golpes, pero no la causa que los produce. Mas es lógico que para que el problema sea resuelto, eliminando definitivamente los efectos, es necesario que sea removida no solamente la causa próxima de ellos, sino también su causa primera, de la que todo deriva. Empero, el mundo de los hombres prácticos que quieren mantenerse apegados a la realidad, prefiere cuidarse sólo de las causas próximas porque sólo a éstas las considera positivas, se pueden tocar con las manos, en cuanto que desconoce las causas primeras que juzga como teóricas, fuera de la realidad, porque no las percibe con los sentidos. Pero el hecho de que el problema, que nació con el hombre y que fue siempre encarado con este criterio, aún no esté resuelto después de tantos milenios y subsista, nos prueba en este caso que estos hombres prácticos están errados.

En un sistema centro-periférico como nuestro universo, no puede haber camino que no lleve a Dios. Sólo en Él se puede encontrar la causa primera de todo. Pero, ¿cómo puede ser Dios la causa de los golpes que recibimos? No hay duda de que ellos salen de las manos de nuestros enemigos. Pero si existe una Ley general de orden, como nos parece cabalmente demostrado, ¿quién fue el que los dejó moverse contra nosotros y por qué de una determinada forma y no de otra? ¿Cómo puede Dios dejar que una función tan importante como la de su justicia quede abandonada en las manos de nuestros agresores, dejando a ellos el poder de juzgar y de castigar que sólo a Él puede pertenecer, porque es el único que sabe hacerlo? La reacción de la Ley ha de ser conforme a la justicia, proporcionada a la cualidad y a la extensión de nuestro error. En un trabajo tan importante, que exige tanto conocimiento, ¿puede Dios, que todo lo dirige, ser dirigido por nuestros ofensores y tendrá que obedecer a la voluntad e ignorancia de ellos? ¿Qué pueden ellos saber de nuestro merecimiento? Se desmoronaría entonces todo el edificio de la Ley, basado en el orden y en la justicia. Sería el caos en el seno mismo de Dios.

De todo esto se sigue que no puede surgir un ataque contra nosotros si no lo hemos merecido. El hombre que lo ejecuta, sea quien fuera, es sólo una causa secundaria. Cualquier individuo, funcionando como instrumento, puede llevarlo a cabo, cuando por

las cualidades que él posee, se encuentra en condiciones apropiadas. Entonces aparecerá en nuestras vidas un ofensor. Si esto no fuese posible de una manera, sucederá de otra. Cualesquiera que sean nuestros poderes humanos, nunca nadie podrá paralizar el funcionamiento de la Ley en su punto fundamental que es el de la justicia de Dios. Conforme a esta justicia, nadie podrá llegar hasta nosotros si no hemos con nuestros errores dejado las puertas abiertas. Pero quedaremos a merced de todos los ataques, cualesquiera que ellos sean, si hubiésemos merecido la reacción de la Ley que los hace sus instrumentos.

Cuando el problema está encuadrado en estos términos, parece claro que la defensa que el mundo practica, limitada sólo contra el ofensor, no solamente es inútil, sino que representa un nuevo error que se junta al viejo, aumentándolo. El remedio entonces es sólo uno: no merecer la ofensa, es decir, tomar cuidado en preparar nuestro futuro, no errando en ir contra la Ley y no mereciendo así su reacción. Y si la merecemos, no hay que huir: es necesario pagar. Podemos destruir con la fuerza todos nuestros enemigos. Otros surgirán para perseguirnos, mientras no lo hayamos pagado todo. Si construimos la casa de nuestro destino sobre las arenas movedizas de la prepotencia y de la injusticia, es lógico que ella caiga encima de nosotros. Pero nada se desboronará si colocamos los cimientos en la piedra dura de la justicia. Entonces, todo depende de nosotros mismos y nada de los demás. El enemigo que nos agrede somos nosotros mismo que con el error provocamos la reacción de la Ley, que a la vez mueve los elementos apropiados para ejecutar esta reacción. Ahora se puede comprender mejor lo que tantas veces dijimos, es decir, que quien hace el bien, como quien hace el mal, se lo hace a sí mismo. Por la justicia de Dios no puede haber un mal que no haya sido merecido. Esto no quiere decir que la justicia de Dios, sola, por sí misma, quiera mover el ataque contra nosotros, sino que aquella justicia representa sólo la norma que reglamenta y el poder que determina que el ataque se desencadene conforme a la Ley cuando lo hayamos merecido.

Entonces nuestro enemigo contra el cual apuntamos nuestras armas, no tiene poder alguno contra nosotros más allá de aquel que nosotros mismos le conferimos con nuestras obras contra la Ley de Dios. Si nosotros destruimos con la fuerza este enemigo, crecerá nuestra deuda delante de la justicia de la Ley y con esto concederemos a un número mayor de enemigos poderes mayores contra nosotros. ¿Qué se gana entonces usando el método del mundo? Aparece aquí la necesidad lógica de practicar el método de la no-resistencia, porque él es el único que representa un verdadero sistema de defensa. Paralizar al enemigo no paraliza el ataque, sino que empeora nuestra situación, porque el verdadero enemigo no es aquel al que vemos. Se trata de una ilusión de nuestros sentidos, ilusión que compete a la inteligencia deshacer.

Quien ha comprendido cómo funciona este juego de la vida que estamos explicando, cuando recibe una ofensa no reacciona contra su ofensor porque sabe que él no tiene valor alguno a no ser el de representar un instrumento ciego en las manos de Dios. Por

eso no merece odio ni venganza. Quien ha comprendido esto, al recibir el ataque lo acepta como lección de las manos de Dios, que con esto no quiere vengarse, ni castigar, sino solamente enderezarnos, para que salgamos así del error y del sufrimiento. Volvemos, de ese modo, al orden de la Ley, en cuanto que usando el método del mundo, nos salimos más aún hacia fuera de aquel orden, aumentando las deudas y los sufrimientos. Y si alguien nos ofende sin haberlo merecido, el ataque no nos alcanza, no nos penetra, y quien nos quiso hacer el mal, no nos lo hace a nosotros, sino que se lo hace a sí mismo. Todo vuelve a su fuente. Quien es verdaderamente inocente, es invulnerable a todos los asaltos. Pero, ¿se encontrará por ventura en nuestro mundo, quien sea completamente inocente?

Entonces, cuando alguien nos ataca, esto acontece conforme a la justicia de Dios. Nuestras cuentas son con Dios y no con nuestro enemigo. Si este nos hace el mal, él tendrá sus cuentas con Dios y tendrá que pagar; mas esto a nosotros no nos pertenece. Surgirán para él otros enemigos y ataques, para que siempre se cumpla en relación a todos, la justicia de Dios. Quien practica el mal, sólo por esto, cualquiera que él sea, -a pesar de funcionar como instrumento de Dios para corregir a su hermano y tener que aprovecharse de su debilidad porque dejó sus puertas abiertas, haciendo el mal- abre a su vez sus propias puertas por las cuales otros enemigos están siempre prontos a entrar, empleados por Dios como instrumentos de su justicia. Así también los malos son utilizados por Dios para generar el sufrimiento, cuya tarea es la de purificar a los buenos. La conclusión es que nadie puede recibir una ofensa que no haya merecido. En este caso no nos queda sino darnos golpes de pecho, procurando, ante todo, pagar nuestra deuda, dejando a nuestros enemigos, cuando les llegue a su vez el turno, pagar sus cuentas por el mal que ellos han hecho, porque la Ley es igual para todos. Hay una Divina Providencia para cada quien. Pero para ser justa, ella providencia bien a los buenos y mal a los malos.

XXI

EL EVANGELIO Y EL MUNDO

No-resistencia al mal no quiere decir anulación de la justicia.
Renunciar a la venganza. Perdonar la ofensa. Olvidarla.
Con el apartarnos nos desligamos en todo del ofensor.

Lo que hemos dicho hasta ahora explica y justifica el método de la no-resistencia pregonado por el Evangelio. Ahora llegamos a comprender su significado, sus objetivos,

la razón de su existencia. Se trata del método de vida más adelantado y perfecto que existe. Se trata del método de vida, del sistema de los que pertenecen a un plano de existencia superior. Se trata, como en un trabajo de introspección, de colocarse delante de Dios, examinando nuestra conciencia para ver lo que de verdad merecemos. El hombre es libre de escoger entre los dos métodos, el del mundo o el del Evangelio, que prefiera, pero no es libre de poder dejar de aceptar las consecuencias de su escogencia. El método revela el grado de evolución alcanzado: 1) El método del mundo, que es el de la lucha por la selección del más fuerte, apto para desenvolver la inteligencia del tipo biológico egocéntrico, separatista, que vive en el plano animal, inteligencia de corto alcance, sujeta a todas las ilusiones sensorias y psicológicas del ser primitivo que ignora la verdadera naturaleza de la vida y la estructura del universo; 2) El método del Evangelio, que es el de la no-resistencia, apto para desenvolver la inteligencia del tipo biológico altruista, unitario, que ha superado el plano animal y vive en la fase de la colaboración fraternal de los grandes organismos sociales, en los cuales la lucha ha sido desterrada porque es contraproducente. Inteligencia de largo alcance, que ha llegado a comprender la realidad que está hacia más allá del juego de las ilusiones y puede por esto orientar, con conocimiento, al hombre en su conducta. El método del Evangelio es el único que resuelve la lucha, lo que no sucede con el método del mundo, porque éste sólo genera una serie de acciones y reacciones sin fin. El mundo no puede evitar el tener que aceptar las consecuencias del método que él quiere practicar, lo que en este caso significa guerra continua. Ésta, que parece una triste condena, está implícita en el sistema hoy imperante; no es sino una consecuencia inevitable de la involucionada psicología del hombre y de su respectiva conducta, debida a su bajo nivel de evolución.

Cristo, con su ejemplo, realizó en la práctica el método de la no-resistencia, que constituye la condena más completa al sistema humano del ataque y la defensa. La lucha entre Cristo y el mundo representa la lucha entre dos planos de vida y tiene una profunda significación biológica en lo que respecta al problema de la evolución. El Evangelio no tiene solamente un sentido moral y religioso, sino también biológico y social, que la ciencia un día habrá de comprender. El hombre que llega a practicar el Evangelio entra en un plano de existencia superior que, por poseer poderes superiores, domina el actual plano humano, manteniéndose por encima de todas sus luchas. Pero quien continúa engañando y oprimiendo al prójimo se mantiene amarrado al método de lucha y a todos sus sufrimientos. Allí, la inteligencia especulativa que busca el conocimiento de las causas primeras, es considerada un lujo de soñadores y pérdida de tiempo, porque lo que vale son las capacidades guerreras, y el problema de la vida está encerrado dentro del pequeño mundo de la agresión recíproca y de la victoria de cada quien sobre los demás.

El error del mundo consiste en ignorar la presencia de la Ley y en no tomar en cuenta un hecho tan importante. Así, cuando el hombre recibe un ataque en general se apresura a reaccionar con un contra-ataque, porque cree que no hacerlo, perdonando, significa tener que recibir y absorber el mal. Mas en esto sólo puede creer el hombre miope, que está encerrado en su pequeño mundo de luchas y aún no sabe que vivimos dentro de un Todo orgánico dirigido y dominado por la justicia de Dios. Quien sabe esto comprende que el no reaccionar no quiere decir tener que absorber el mal, sino que: 1) la reacción es un derecho que no pertenece al hombre sino sólo a la Ley de Dios; 2) si deseamos justicia, la reacción de la Ley es mucho más poderosa de lo que puedan alcanzar nuestros pobres recursos humanos, y esto también porque no hay distancia de tiempo o espacio que pueda paralizarla; 3) con nuestra reacción humana no apartamos ni apagamos el mal a no ser en apariencia y provisoriamente, porque no eliminada su causa, él volverá a nosotros. Con nuestra reacción nosotros generamos otro mal igual, aumentándolo en vez de apagarlo y atrayéndolo hacia nosotros en vez de apartarlo. Así, quien ha entendido lo que quiere decir el Evangelio cuando habla de no-resistencia, no puede juzgar al método de nuestro mundo sino como errado y apto sólo para generar sufrimientos.

El Evangelio no persigue sueños fuera de la realidad, antes por el contrario, tiene su lógica bien razonada y positiva. Solamente se trata de una realidad diferente que el hombre, porque no la comprende, cree errada y como cosa irrealizable. Si el Evangelio no nos impulsa contra el ofensor, sino que más bien nos lleva hacia el perdón, esto encuentra su plena justificación en el hecho de que la verdadera causa que debemos combatir no es al ofensor, sino a nosotros mismo, que, delante de la Ley, merecemos la ofensa. Si el objetivo ha de ser el de destruir el mal y no el de desplazarlo de un lugar hacia el otro como hace el mundo, entonces es lógico y sabio el método del Evangelio que no nos estimula contra la causa próxima y aparente que es nuestro enemigo, sino que convidándonos a perdonarlo, a entregar todo a la justicia de Dios sin resistencia, nos dirige, por el contrario, hacia la verdadera causa que son nuestros errores y defectos. Sólo de este modo se puede acertar en el blanco. Que el mundo aún no lo ha conseguido, lo prueba el hecho de que él ha ido siempre destruyendo enemigos y aún está lleno de ellos.

Entonces, ¿qué tendremos que hacer si de verdad queremos encaminarnos hacia un nivel de vida superior? El hombre común se entrega sólo a la defensa que le pueden garantizar sus fuerzas, porque no siente la presencia de Dios y no cree en el dominio absoluto de su Ley de justicia. Él piensa por esto que si no realiza la justicia él mismo con sus recursos, no se hará justicia. Él está convencido de que si practica el método evangélico de la no-resistencia, terminará siendo víctima de todos. El error está en el hecho de creer que el derecho de realizar la justicia, es función del ser humano y que, sin su iniciativa esta justicia no se cumple. El hombre puede intervenir, no por sí mismo, sino solamente para obedecer a la Ley cuando ésta quiera utilizarlo como instrumento de su justicia. Pero, que ésta dependa sólo del hombre es absurdo, porque la Ley está hecha de orden y de

equilibrio, y su función fundamental es la justicia. Entonces practicar el método de la no-resistencia no quiere decir que la justicia no se haga en favor de quien la ha merecido; a pesar de que el hombre no se defienda no por esto el transgresor dejará de pagar lo que debe por su transgresión, porque si así fuese, no habría justicia. Todo lo que se hace contra el orden de la Ley ha de pagarse, porque sólo así se vuelven a colocar las cosas dentro de este orden.

Cuando recibimos una ofensa, no somos nosotros los que debemos exigir que el ofensor nos dé a la fuerza la satisfacción que nos pertenece, mas es Dios que es el juez, el que ha de juzgar e imponer que se haga justicia con el pago de la deuda, reconduciendo al transgresor hacia dentro del orden de la Ley. No debemos temer que con el perdón, la justicia no se cumpla. Y tanto mejor será para nosotros si, al no reaccionar, quedamos inocentes delante de Dios, y así no tendremos deudas que pagar, para volver al orden de la Ley. De este modo, en cuanto que nuestro ofensor quedará aplastado por la reacción de la Ley, nosotros quedaremos libres y tranquilos, porque, no siendo deudores, la justicia de Dios, en vez de perseguirnos, nos defenderá. He allí lo que es el método del Evangelio, que nos lleva hacia la posición más ventajosa, en contraposición al método del mundo. Es un error creer que la moral del Evangelio, con sus virtudes, esté contra la vida. Ella está a favor de la vida, pero de una vida mayor que el mundo aún no comprende.

Entonces, ¿cuál debe ser nuestro método de defensa cuando recibimos una ofensa? ¿Cuál es en este caso la mejor forma de reaccionar? ¿Cómo se resuelve el problema de la venganza? Con el principio de la no-resistencia asistimos a la entrada de otras fuerzas en el sistema de nuestra estrategia, la cual nos lleva hacia una conducta diferente de la común. Cuando alguien hace algo injusto contra nosotros, la gran mayoría cree que hemos de reaccionar y que no es sabiduría sino locura dejar esta reacción en manos de la Ley, que sabe cumplirla mucho mejor. ¿No será por ventura nuestro deseo que se haga justicia? Entonces, si este es verdaderamente nuestro deseo y no el de practicar otra injusticia mayor, nadie podrá realizarla mejor que la Ley, cuya tarea fundamental es exactamente esta de la justicia.

Observemos entonces cuál es la técnica con la cual se desenvuelve este proceso de defensa. Examinemos cuáles son las condiciones necesarias para que la Ley funcione, para realizar en nuestro favor esta defensa. Ante todo es necesario que nosotros renunciemos a realizar la venganza. Esto es lógico para quien ha comprendido que es mucho más fácil llegar a la justicia por intermedio de la Ley, que posee poderes mayores que los nuestros. El mundo juzga a esta renuncia que nos hace retroceder delante del ataque, como debilidad y cobardía. Esto puede ser verdad en la lógica de las leyes que dirigen el plano de vida animal y del hombre que a él pertenece. Pero para quien ha subido a un plano más alto, esta renuncia significa apartar el obstáculo o lanzar por

tierra la pared representada por nuestra intervención, que es lo que paraliza el funcionamiento de la Ley con relación a nosotros.

Así, la primera cosa que debemos hacer es renunciar a la venganza. Sólo cuando hayamos alcanzado la completa liberación de este ligamento con nuestro ofensor, podrá entrar en acción la Ley, substituyendo su acción a la nuestra. Pero en cuanto subsista la nuestra, la Ley respetará nuestra libre escogencia, y no intervendrá, para no sobreponer un juez y ejecutor de justicia al otro. Pero sucede también otro hecho. Cuando hayamos renunciado de verdad a la venganza, y sólo en este caso, ella se realizará automáticamente, sin nuestra intervención, por intermedio de la Ley, que directamente, para que se haga justicia, ha de cumplir también esta venganza que en ella está implícita. De esto se sigue que podríamos afirmar que, a la más completa venganza se puede llegar sólo cuando hayamos destruido en nosotros todo el deseo de ella, y perdonando todo, no hayamos hecho nada para realizarla, sino que lo hemos dejado todo en las manos de Dios, es decir, le hemos entregado todo a la reacción de la Ley.

El primer paso entonces es renunciar a la venganza. El segundo es perdonar la ofensa. Pero hay aún más. Aunque renunciemos a la venganza y perdonemos la ofensa, podemos quedar con el recuerdo de ella, y con el rencor y el odio que ella genera. Mientras mantengamos dentro de nosotros la idea de un derecho nuestro no satisfecho, él pertenecerá a nosotros, y la Ley no podrá transformarlo en su derecho, para tomar nuestro lugar en la defensa. Para que esto suceda, es necesario olvidar el problema de exigir justicia para nuestro caso particular, porque sólo así éste se puede volver problema que pertenece a la Ley, que es el de la realización de la justicia universal. Cuando todo esto suceda, podemos quedarnos tranquilos mirando la automática realización de la justicia, lo que elimina la necesidad de una venganza. En este caso esta realización de la justicia tendrá la ventaja de no representar de nuestra parte una nueva injusticia para corregir la vieja, como se acostumbra hacer en el mundo, y así ella no aumentará nuestra deuda, mas será sólo la ejecución de la justicia en nuestra defensa, en la cual el deudor habrá de pagar, mientras que, al mismo tiempo nos deja inocentes de todo esto, libres de nuevas culpas, que después a su vez tendríamos que pagar.

Lo más importante es quedar exentos de cualquier deuda; el secreto para vencer no es el de poseer la fuerza, sino el de estar limpios de cualquier mancha. Por esto no debemos mantenernos ligados al ofensor, que representa la injusticia, ni siquiera con un pensamiento de venganza. Quien sólo perdona, no reacciona y no exige compensación, pero admite la ofensa y la deuda de los demás a su respecto. Pero, para que se transfiera completamente de nosotros hacia la Ley la función de la realización de la justicia, es necesario no conservar en nuestra propia mente el recuerdo, ni de la ofensa, no del ofensor. No significa esto que la experiencia no ha de ser aprendida, sino que ella ha de terminar en el olvido definitivo, que es lo único que resuelve, para que el caso no se repita y no continúe en una cadena de nuevas injusticias sin fin. Es difícil salir de esta

red, una vez que caemos en ella. A fuerza de injusticias nunca será posible llegar a la justicia, en cuanto que, si perdonamos y olvidamos, entregando todo a la Ley, delante de ella quedan de pie y habrán de ser pagados en perfecta justicia, el débito del ofensor y el crédito del ofendido. Perdonar no quiere decir que el primero no tenga ya que pagar, y que el segundo no tenga ya que recibir. Es un error creer que el perdón sea para nosotros contraproducente. Él representa una ventaja, porque libra a quien perdona de todas las demás consecuencias, mientras que no cancela o elimina el débito del ofensor, el cual se encuentra así, no para prestar cuentas a un hombre (el ofendido), sino al mismo Dios. Sólo así se puede salir del plano de la injusticia basado en la fuerza, que es el plano del mundo, y entrar en el de la justicia, que es el de Dios, lo que para el hombre justo representa la mejor posición y ventaja.

No hay duda de que todo esto tiene su lógica y belleza, pero es verdad también que casi nadie lo practica, porque lo creen una locura. Pero la fiera también creería que es una locura mudarse hacia nuestras ciudades, donde no sabría vivir. Cada quien está proporcionado a su plano de vida. Y esto no destruye las ventajas del progreso. Pero, ¿por qué el mundo no ha comprendido aún la utilidad de este nuevo método de vida y por qué no lo sigue? ¿Cuáles son las razones de este hecho? Responderemos a estas preguntas en el próximo capítulo.

XXII

LA NECESARIA JUSTICIA DE LA LEY

¿Por qué el mundo no sigue el método de la no-resistencia? Para que él funcione es necesario merecer la defensa de la Ley. Nada hacemos con pedir justicia mientras practicamos la injusticia. La Divina Providencia..

Explicamos en el capítulo precedente el significado, la razón profunda y las ventajas del método de la no-resistencia sostenido por el Evangelio. Terminamos nuestra conversación con esta pregunta: ¿por qué el mundo no ha comprendido aún la utilidad de este método de vida y por qué no lo sigue? Observemos ahora las razones de este hecho.

El sistema del Evangelio se podría decir que funciona a largo plazo, porque es de largo alcance. El sistema del mundo, por el contrario, funciona a corto plazo y es de corto alcance. Esto es lógico, porque en este segundo caso, tratándose de un plano de vida

menos evolucionado, todo en él es más limitado en el espacio y en el tiempo. Esto corresponde a la forma mental del hombre práctico que sólo percibe de cerca como los miopes, y se cree positivo y adaptado a la realidad porque vislumbra sólo las cosas concretas y los efectos inmediatos. Este tipo de hombre tiene prisa por realizar algo, porque su mundo es un caos, y en el reino desorganizado del desorden nada duradero se puede construir, sólo hay lucha sin seguridad alguna del mañana. Este hombre está encerrado en su psicología de nivel sensorio y por esto lleno de ilusiones en las cuales cree ciegamente, no poseyendo aún la inteligencia de nivel especulativo, que pueda orientarlo con el conocimiento de las causas primeras y del funcionamiento orgánico del Todo. Por estas razones el mundo todavía no puede comprender la utilidad de este nuevo método de vida que aquí explicamos, y por consiguiente, no lo practica.

Pero no lo practica también por otra razón. En las manos del hombre común el método del Evangelio no funciona, porque él no sabe hacerlo funcionar. Para que esto sea posible es necesario que sean ejecutadas todas las condiciones que vimos que eran indispensables. Para que en relación a nosotros pueda funcionar la Ley de justicia, es preciso ante todo colocarnos dentro de la justicia de esta Ley y no fuera de ella. Esto quiere decir que con nuestra inocencia nos hacemos merecedores de que la Ley nos defienda, y no lo mereceremos si somos culpables, por lo cual la Ley nos golpeará. Para que se pueda reclamar justicia, es indispensable vivir en el terreno de la justicia. La Ley no puede funcionar en favor de la injusticia. Y que la Ley intervenga para defender a quien más bien merece una lección correctora, no es justicia, sino injusticia. Esto es lo que muchas veces el hombre quisiera que se hiciese. El problema es este: cuando nosotros recibimos un disgusto, ¿podremos por ventura tener la seguridad de que este fue causado solamente por quien lo provocó? ¿O existe una causa más profunda, por la cual merecemos el golpe? Si el golpe lo merecemos la Ley habrá de intervenir contra nosotros y no a nuestro favor.

Para que la Ley funcione a nuestro favor es necesario que seamos inocentes y que no tengamos deudas que pagar. Y ¿quién en nuestro mundo se encuentra en estas condiciones? Es por esto que el método de la no-resistencia del Evangelio en la Tierra es juzgado como una utopía absurda. El hombre juzga con una forma mental completamente diferente. Lo que le interesa no es la justicia, sino imponer su interés con la fuerza. Otra psicología no puede dominar en un plano donde rige la ley de la lucha por la vida. ¿Cómo puede la Ley defender al ofendido si por otro lado él es un ofensor? Muchas veces reaccionamos contra el ofensor y nos alegramos cuando llega su castigo por haberlo merecido, advenido de la propia Ley, que es justa; en ese momento en que estamos pidiendo justicia, estamos en verdad, practicando injusticia, y con eso mereciendo castigo de la misma Ley. ¿Cómo se puede exigir que los demás paguen sus deudas para con nosotros, cuando todavía nosotros no pagamos nuestras deudas para con ellos? ¿Cómo se puede en el banco de la justicia de la Ley, crear y exigir créditos cuando estamos cada vez más llenos de deudas? Para que pueda funcionar el método de

la no-resistencia, es necesario primero haber pagado a la justicia de la Ley todas las injusticias que antes practicamos para con el prójimo.

Al recibir una ofensa, en vez de dirigirnos al ofensor, deberíamos de hablar con Dios y con nosotros mismos, para saber dónde está la verdadera causa de la ofensa y si ella se encuentra dentro de nosotros en lugar de encontrarse en los demás. En el método de la no-resistencia el problema está ecuacionado de una forma completamente diferente de la del mundo; en general cada uno prefiere echar la culpa encima de los otros en vez de echarla encima de sí mismo. En un sistema de justicia tal como es el de la Ley, si ésta nos golpea, ¿cómo se puede admitir que la culpa sea de los demás? Y de hecho sucede que, si alguien que vive de acuerdo con la justicia recibe un ataque no merecido la Ley, por sí misma, por su principio de justicia, lo defiende puesto que él practica el método de la no-resistencia, de modo que para él la reacción no tiene ya sentido. Él ya se ha colocado dentro del equilibrio de la Ley. Siendo justo, para que se realice la justicia, él ha de ser protegido por la Ley, la cual lo defenderá como si fuese cosa suya, que forma parte de su sistema de justicia. Pertenece sólo al mundo el error de enredarse en el sistema desequilibrado de reacciones e injusticias recíprocas que así se encadenan sin fin, porque no se puede equilibrar el desequilibrio agrandándolo con nuevos desequilibrios, y al equilibrio no se puede llegar a no ser por los caminos reequilibradores de la no-resistencia.

¿Qué sucede entonces cuando el Evangelio presenta al hombre este nuevo método de vida, que es el único que podría llevarlo hacia la salvación, librándolo del mal? Para quien pide la defensa no de la justicia, sino de la injusticia, la Ley no funciona. Entonces aquel método es locura y el hombre le dará la espalda. Vuelve así a su sistema, el de la injusticia, de la fuerza, de la lucha. Vuelve a las leyes de su plano animal y a sus instintos inferiores. Se rehúsa a hacer el esfuerzo de evolucionar y así resolver sus problemas y librarse de sus sufrimientos. El mundo no quiere aceptar el remedio que le fue ofrecido para curar sus males. Preferir el daño a la ventaja, no es maldad. No puede ser sino fruto de la ignorancia, de la falta de inteligencia. Pero allí está el dolor providencialmente encargado de mostrarnos que la locura no está en el Evangelio, sino en nosotros que no queremos comprenderlo.

Estamos reclamando justicia y no comprendemos que justicia estamos recibiendo, pero en la forma de sufrimiento, porque la justicia que muchas veces nosotros pedimos no es otra cosa que injusticia, es decir, la justicia invertida. Tal justicia no la podemos recibir más que en la forma invertida de sufrimiento. La Ley quiere nuestro bien, y no se puede llegar a él agregando al mal un nuevo mal. La gran locura es la del mundo que quiere llegar a la justicia por los caminos de la injusticia. Así, un régimen social toma el lugar de otro, y son todos hijos de los mismos engaños y violencias. Vemos en la realidad de la vida los resultados de este método. La justicia ha de ser absoluta e imparcial y no constituida por una serie de justicias relativas y partidarias, en función de los intereses

de los que la practican. La Ley no puede estar sujeta a los egocentrismos individuales o de grupo. Ella está por encima de todo esto, por encima de nuestro mundo y de sus luchas.

******

Referimos en los capítulos pasados que hablaríamos de la Divina Providencia. Se trata de un fenómeno parecido al que aquí estamos estudiando, sujeto también a sus reglas. Y en él también muchos no creen porque en las manos de ellos no funciona, por no haber sido satisfechas las condiciones necesarias. Entones se afirma que la Divina Providencia no existe, y de hecho así es para ellos. Entretanto, ella continúa funcionando para los demás. En este caso también se trata de un fenómeno a largo plazo y de largo alcance. Pero la inteligencia de muchos no llega a ver sino lo que sucede de un día para otro y lo que ellos pueden alcanzar con sus manos. La mayoría cree vivir en el caos y procura agarrar en el momento lo que más pueda, y no sospecha que vive en un universo orgánico donde hay de todo de sobra y está a nuestra disposición si nosotros hacemos los movimientos correctos conforme a las normas de la Ley. Pero la inteligencia para llegar a esto aún no ha sido conquistada. Le damos entonces la espalda a la Divina Providencia, renunciamos a su ayuda y volvemos a las luchas de nuestro mundo. Parece una locura que tanta gente tan astuta espontáneamente renuncie a estas ventajas. Pero de este modo se cumple la justicia de la Ley, de la cual no hay que huir. Y la justicia es que nada se puede ganar si no ha sido merecido.

Ya hablamos de la Divina Providencia en nuestro libro *La Nueva Civilización del Tercer Milenio*, capítulo XI. Enumeramos en aquel libro las condiciones indispensables para que la Divina Providencia pueda funcionar. Son las siguientes:

1) Merecer la ayuda.
2) Haber, antes que nada, agotado todas las posibilidades con nuestras propias fuerzas.
3) Estar, de acuerdo con sus condiciones, en estado de necesidad absoluta.
4) Pedir lo necesario y nada más.
5) Pedir humildemente, con sumisión y fe.

Quien quiera profundizar en este asunto en particular, lo encontrará desenvuelto en el libro y capítulo ya señalados.

En este capítulo estamos discurriendo sobre esta gran realidad: la Ley de Dios que todo rige. Tratamos de ver las normas que dirigen el mundo moral con la misma exactitud con la cual está regulado el mundo físico y dinámico. Tratamos así de alcanzar una orientación al respecto de nuestra conducta con los métodos positivos de la ciencia, es decir, la lógica y la observación. Lo que aquí hemos expuesto satisface a la razón, porque la Ley es también racional. Nuestras afirmaciones sustentadas hasta aquí se

basan sobre dos puntos fundamentales: 1) Una teoría general de la estructura y funcionamiento orgánico del universo, de la cual estas afirmaciones representan las conclusiones prácticas, derivadas de aquella teoría. 2) Estas conclusiones fueron sometidas a control experimental, es decir, son el resultado, como dije al comienzo, de mi control en medio siglo de experiencia, la cual se podría llamar de laboratorio, porque fue ejecutada en la mesa experimental de la realidad de la vida.

Como sucede a todos, que de cualquier manera tienen que moverse y adoptar una conducta, yo también, recorriendo los caminos de la vida, no pude dejar de tocar teclas de la Ley, y de recibir, a través de los acontecimientos, la respuesta de ella. Y nada mejor que los hechos para convencer. Vi de verdad funcionar a la Ley. Puedo así dar testimonio de que ella funciona, devolviéndonos lo que le entregamos, retribuyéndonos conforme a lo que merecemos. Y no puedo creer, porque esto sería injusto e ilógico, que la misma Ley no ha de funcionar de la misma manera para todos.

No quiero con esto imponer creencia alguna. Sólo puedo convidar a los que en estos conceptos se interesan, a experimentar por su cuenta, para que terminen por llegar a realizar para su beneficio, el mismo descubrimiento. Aquí pueden encontrar explicadas las reglas del juego para ser controladas, verificando si son verdaderas. Mi deseo no es de manera alguna el de esparcir ideas en busca de seguidores. Hablé únicamente porque quedaría muy satisfecho si pudiera ver también a los demás, a pesar de encontrarse en medio de este mundo tan feroz, obtener los resultados maravillosos, y diría milagrosos, de satisfacción interior y de éxito práctico, con que la Ley me ha respondido, y que, con la ayuda de Dios, me permitió alcanzar.

XXIII

LA CONQUISTA DEL PODER Y LA JUSTICIA SOCIAL

Antes de dejar definitivamente el asunto tratado en los precedentes capítulos, queremos agregar algunos conceptos que continúan desenvolviendo este tema de la Ley, pero en un aspecto diferente, es decir, al respecto de las consecuencias de la conducta humana en el terreno histórico-social de la posesión del poder y del uso y abuso de la función de comando, problema que es uno de los que más interesan al mundo actual y que nos demuestra el alcance universal de la Ley.

Continuaremos usando el mismo método de los capítulos pasados. Cuando se trata el asunto del camino correcto de la conducta humana, es fácil caer en el error común de aquel que, pregonando virtudes, en nombre de los santos principios que defiende y que lo autorizan a condenar, se deja arrastrar por el deseo de perseguir al prójimo. Esto se debe, sin querer, al natural instinto de agresividad que el hombre tuvo que desenvolver en su lucha por la vida, porque esta es la ley de su plano, llevando a cada uno a aplastar a los demás para subyugarlos. Esta es una de las tantas ilusiones psicológicas de las que ya hablamos y a las cuales el hombre muchas veces obedece, sin sospechar que él está solamente siguiendo una ley de su nivel evolutivo. ¿Cómo no aprovechar tan bella oportunidad de desahogar el propio instinto de agresividad hacia el prójimo para dominar, tanto más cuando esto se puede hacer en nombre de los más altos ideales, cubriéndose con el manto de las más nobles finalidades? Por esto procuramos seguir un método diferente, que no es el de condenar colocándonos en el trono del juez, método que el Evangelio desaprueba cuando nos dice: *"no juzguéis"*.

Como decía hace poco, nuestra tarea no puede ser la de constreñir, porque no poseemos ni poder ni autoridad alguna. Tenemos ante todo que respetar la libertad de los demás. Cada quien es dueño de sí mismo y de hacer lo que prefiera. Todo lo que podemos hacer es explicar cómo funciona la Ley de Dios y cuáles son para todos nosotros que estamos sumergidos dentro de ella, las consecuencias de nuestros actos, porque es con esto que cada quien automáticamente se premia o se castiga a sí mismo. El juzgamiento y la ejecución de esos actos están contenidos en la Ley y se realizan fatalmente, sin posibilidad de escapatorias. Por eso no nos compete ni siquiera juzgar. Todo lo que podemos hacer es exponer lo que hemos de recoger como inevitable consecuencia de nuestros actos y convidar a los demás a juzgarse a sí mismos.

Como fue referido en los capítulos XVII, XVIII y otros de este volumen, la Ley deja al hombre aún no evolucionado luchar para llegar al poder, concediéndole la posibilidad de funcionar con su psicología egocéntrica, la cual le permite creer que conquistar el poder significa conquistar ante todo una ventaja para sí. Cuando el hombre que vive en este plano de evolución llega al poder, en el más vasto sentido de cualquier forma de dominio social, es lógico y en su nivel de vida también justo, que él use esta su posición de poder conforme a su forma mental (porque otra él no posee), es decir, dominando y explotando para sacar provecho y satisfacción, ante todo, para sí. Esta es la forma más involucionada usada por los poderosos, correspondiente al estado primitivo, sea la del jefe, sea la de sus subordinados. La Ley permite que todo esto suceda, porque esta es la realidad y la manera de concebir en este plano de evolución, plano que él aún no ha conseguido sobrepasar. Quien ha alcanzado la posición de jefe no la ha recibido de gratis, sino que tuvo que luchar para llegar hasta allá, venciendo a sus rivales, y tuvo que enfrentar peligros y hacer esfuerzos para desenvolver su fuerza e inteligencia. Ahora, es justo que de cualquier manera todo esto sea retribuido. Y la ventaja personal que él pueda sacar de su poder, representa la debida retribución de su trabajo, la justa merced

que le pertenece. Si no existiera este premio, nadie en este nivel de vida haría el trabajo de conquistar el poder y de desempeñar las obligaciones a él inherentes.

Hasta este punto todo está bien equilibrado en su debido lugar. El jefe es el más fuerte y el más astuto. Esto, en su plano, le confiere el derecho de ser el jefe. Derecho reconocido por los que él domina, que poseen la misma forma mental. Pero, ¿hasta cuándo dura todo esto? Si la posición se basa en la fuerza y en la astucia, es lógico que ella dure hasta que duren esta fuerza y esta astucia. El jefe ha de dar prueba en todo momento de que las posee, porque luego que él no se sepa defender, todos los que son dominados y rivales, que tienen la misma forma mental, están listos para agredirlo, para apoderarse de su poder. Todos están sumergidos en la misma atmósfera de lucha, y aún si el jefe no quiere usar estos métodos, los subordinados lo obligarán. Son ellos los primeros que exigen de parte del jefe este tipo de poder. Este tipo de poder no corresponde a la función de un cerebro director de una sociedad orgánica, la cual espontáneamente, para su ventaja, debe reconocer a su jefe en este cerebro que quiere cumplir su función de interés colectivo. En los planos inferiores, luego que un jefe no da prueba de su poder, son los mismos subordinados que por él fueron constreñidos a la obediencia, los que lo eliminan. A toda hora él ha de dar prueba de saber dominar y de ser el más fuerte.

Esta es la justicia de su mundo. En éste, un santo no puede ser el jefe, porque él no pertenece al nivel evolutivo de la mayoría, porque no posee la forma mental de ésta y no usa los métodos de dominio que ésta comprende y exige. El método de la consciente y espontánea obediencia no puede ser entendido y practicado en un mundo en que el poder es respetado, no porque representa una función, sino porque está muy bien defendido por la fuerza. En este mundo, los subordinados obedecen sólo hasta el momento en que perciben que el jefe ya no posee la fuerza para sujetarlos. En tal ambiente de lucha de todos contra todos, los subordinados, sean súbditos o criados, quedan a la espera de que esta fuerza le falte al jefe. Esto para a la primera señal de debilidad, quitarle el poder de las manos y apoderarse de su posición de dominio a fin de substituirlo. Se usa así la misma psicología y métodos que son los del plano de vida de todos ellos, respetados por ellos mismos, sea en la posición de jefe como en la de dominados.

Esta es la realidad que se encuentra en la práctica de la vida, detrás de todas las teorías. La primera función del poder es la de demostrarse poderoso. Los hombres han llegado así a gobernar en nombre de Dios, intitulándose representantes de Él por derecho divino, porque Dios es el más poderoso. ¿Pero hasta cuándo durará todo esto? Hemos visto cuáles son los cimientos sobre los que se basa esta posición de dominio. De hecho, tratándose de un plano inferior de vida, quien en él vive no puede dejar de quedar sujeto a las ilusiones que le son relativas. La ilusión consiste en el hecho de que este tipo de hombre no conoce el juego que él está jugando. Él cree que la victoria es sólo para su ventaja. No. La victoria es sólo una ilusión sin duración, útil sólo porque impulsa hacia

la experimentación y así hacia el avance en el camino de la evolución. La Ley mueve estas palancas para agitar al individuo porque sólo a éstas él responde. Sucede así que el hombre, para conquistar y mantener su posición de comando, para desempeñar los compromisos que esta posición implica, ha de hacer esfuerzos en la lucha, ha de poner en acción sus cualidades para adiestrar cada día más su inteligencia.

Como se ve, el juego real de las leyes de la vida es diferente al que parece por fuera. En substancia, la realidad es que la evolución quiere ascender de un grado hacia otro superior. Luego que el ser ha alcanzado este nivel que ahora describimos, ha de llegar al siguiente. Y ¿cómo sucede esto? En este grado más adelantado la posición de jefe no puede existir de ahora en adelante para su ventaja, sino que se justifica sólo en cuanto se torna función de utilidad colectiva, misión social. Para el jefe involucionado esto es inconcebible. Si a veces él llega hasta sustentar esta idea, de hecho se trata sólo de palabras en que él no cree y de astucias para dominar mejor. Este es el tipo del *Príncipe* de Maquiavelo. Mas él no puede dejar de aprender la nueva lección, tal como la evolución exige. Pero,¿quién la va a enseñar?

Hemos visto que la Ley no se manifiesta directamente. En este caso ella interviene encargando de esta tarea a otros elementos que funcionan como sus instrumentos. Veamos entonces lo que sucede. El jefe domina a los que están sujetos a su voluntad. Es lógico que en cuanto existan ovejas inexpertas, sin conocimiento, que por esto necesiten de pastores, éstos aparezcan para disciplinarlas. Pero es lógico también que en este nivel ellos aparezcan para sacarle provecho a ellas para sí. Y esto continuará sucediendo mientras las ovejas necesiten de pastores. Pero sucede también que los que quedan como dependientes y que poseen la misma forma mental, están ansiosos por imitar a su jefe. Quedan así mirando lo que él hace, que ellos muy bien comprenden, porque el peso de la explotación que los esclaviza es duro. Pero entretanto el sufrimiento va desenvolviendo la inteligencia de ellos. La opresión del jefe se transforma para ellos en una escuela en la cual los que fueron reducidos a la obediencia van estudiando, para llegar a los mismos resultados de ventaja alcanzados por quien los domina, aprendiendo en esta escuela a usar los mismos métodos que para él trajeran éxito: los de la fuerza y los de la astucia.

Así los subordinados quedan llenos de envidia y codicia, sólo esperando el momento de debilidad del jefe y cualquier oportunidad que los favorezca para agredirlo con la fuerza y traicionarlo con la astucia. El mismo jefe no puede estar exento de las consecuencias de su método, no puede dejar de quedar sujeto a las leyes del sistema que él usa, que son las del plano de vida donde todos ellos viven, el jefe y los subordinados. Así éstos siempre están mirando hacia los defectos y errores del jefe para sacar provecho para su ventaja, que es la de hurtarle los frutos de su victoria, para que ellos a su vez puedan vencer y así substituirlo en la tan deseada posición de dominio.

Los que tengan que obedecer a todo esto, aprenderán la escuela del jefe. Pero siendo ellos ahora los que han de enseñar al maestro. Observarán lo suficiente y terminarán por darse cuenta de lo que se encuentra detrás de los bastidores de las bonitas teorías del dominio en nombre de Dios, del derecho, de la justicia, etc. Y por mucho andar en este camino descubrirán que la verdad es diferente -la de la lucha por la vida- en la cual el más fuerte vence para dominar en su interés, posición abierta a quien quiera que sea, luego que dé prueba de ser el más fuerte.

Cuando la mayoría llega a desenvolver su inteligencia hasta este punto, entonces caen las barreras del mito, de la fe ciega, del miedo a lo desconocido, de la ignorancia con que los jefes procuran calmar la natural rebeldía del hombre. Aparece entonces desnuda y cruda la realidad biológica, la de las duras leyes de la vida. Y cuando los pueblos llegan a apercibirse de que, si los jefes tienen derecho, esto se verifica porque ellos supieron conquistarlo con su fuerza y astucia, entonces estos pueblos llegan a comprender que ellos también, por la misma ley, no podrán tener derechos si no los supiesen conquistar con el mismo método de la fuerza y la astucia. Es así que se inicia y cada vez más se va madurando la lenta presión de la reacción, hasta estallar en la rebelión en la cual los rebeldes imitan el método de sus jefes, el que los llevó a la victoria.

Podemos ver de esta manera cómo la Ley automáticamente realiza su justicia, utilizando elementos diferentes, colaborando todos hacia el mismo objetivo de la evolución común. Así, si la opresión de los jefes genera el dolor en los que a él están sujetos, en éstos él afina la inteligencia que los hará vencedores. Así la posición de dominantes y dominados es posición recorrida por todos, para que todos aprendan en la misma escuela la misma lección. Esclareceremos aún mejor estos conceptos con ejemplos en el capítulo siguiente.

XXIV

LA LEY APLICADA A LA HISTORIA

El caso de la Revolución Francesa y el verdadero juego de la vida.

Procuremos ahora explicar mejor los conceptos del capítulo precedente, observándolos cuando son aplicados en un caso concreto, el caso clásico de la Revolución Francesa. Examinemos la naturaleza y los movimientos de las fuerzas que le dieron origen.

Luis XIV fue rey absoluto. Él decía: “L'État c'est moi” (“El Estado soy yo”). Hoy esto sería considerado tiranía. Sin embargo, nadie en su tiempo lo consideró tirano, en cuanto que como tal fue llamado el suave Luis XVI, tan ecónomo para sí y tan amigo del pueblo. ¿Por qué razón nadie reclamó contra Luis XIV que era un tirano y todos reclamaron contra Luis XVI que no lo era? El primero no fue juzgado como un tirano porque tenía el poder de la fuerza y de la inteligencia. El segundo fue llamado tirano porque era simple y débil. Luis XIV, que quiso llamarse “le Roi Soleil” (“el Rey Sol”), usó el poder en la forma que era más adaptada tanto para sí como para sus súbditos, la del nivel de evolución alcanzado por todos ellos en aquel tiempo. La forma mental de este nivel es el egocentrismo y el rey no podía ser sino la expresión más completa de esta forma mental, el modelo de esta psicología entonces imperante, es decir, el ejemplo máximo del individualismo egocéntrico. Para cumplir la función de cuidar de su pueblo, era necesario que él lo considerara como su propiedad, porque en este nivel de evolución el hombre no sabe superar su egocentrismo y por esto no cuida de nada que no sea su propiedad. Dada esta forma mental, aquel rey no podía hacer su trabajo sino en función de su orgullo personal. Y su pueblo, que tenía los mismos instintos, comprendió y aceptó al rey dominador como cosa natural. Y de hecho, en este nivel, al más fuerte pertenecen todos los derechos, y, por virtud de su fuerza, él merece respeto. Por otro lado, los pueblos no tenían conciencia colectiva alguna y, si el rebaño no recibiera a su jefe a la fuerza, por imposición, conforme a las leyes naturales, las ovejas no llegarían a poseer el conocimiento necesario para escogerlo.

El eco del poder de Luis XIV sustentó el reino vacío de Luis XV por ley de inercia, por fuerza del impulso recibido. La clase de los vencedores en la lucha por la vida han de gozar los frutos de sus esfuerzos. Pero así se agotó su crédito y ellos en el ocio se volvieron inútiles. Y la vida, que no admite seres inútiles, se preparó para liquidarlos. Fue un reino en descenso, en que la gran Versalles se pudrió en la disipación. Aquí comienza la inversión de las posiciones. En cuanto la aristocracia pierde virtud y fuerza en los placeres de la vida, el pueblo, en el sufrimiento, conquista inteligencia y energía para rebelarse y, lleno de deseo, mirando de lejos la bella fiesta, va preparándose para la rebelión. Tenemos así dos movimientos opuestos por los cuales el nivel de la fuerza desciende de un lado y sube del otro. En cuanto que el pueblo ignorante, en el sufrimiento encontraba el estímulo para desenvolver sus cualidades de lucha, del otro lado los dominadores, en el goce refinado encontraban el entorpecimiento que adormece aquellas cualidades vitales. Todo se fue así automáticamente preparando durante el reinado de Luis XV.

Cuando subió al trono Luis XVI, todo estaba casi maduro y esperaba sólo la oportunidad para estallar. La clase dirigente estaba completamente podrida y el rey era un campeón de la debilidad. De los dos vasos opuestos, uno estaba lleno y el otro vacío. El mismo

Luis XV había intuido esto, cuando dijo: “Aprés-Moi, le déluge” (Después de mí, el diluvio). Y el diluvio llegó.

Vemos aparecer entonces a aquel que el pueblo llamó tirano: un hombre sobre todo bueno, que había sido un óptimo padre de familia, un rey que pensaba ser el padre de su pueblo. El apartó de Versalles, para no derramar la sangre del pueblo, los batallones en la hora que más necesitaba defensa, porque la multitud estaba próxima a llegar y llevárselo con su familia a París, donde encontraría la muerte. Este era el tirano. Pero los tiempos estaban maduros. La injusticia de los abusos de la aristocracia y el clero había sido cometida y ahora era necesario saldar cuentas y pagar la deuda delante de la justicia de la Ley. He allí entonces que la Historia, que esto quería alcanzar, lanza en la boca del pueblo a este rey blando para que sea más fácil devorarlo. Si estuviera reinando Luis XIV, que no estaba sólo lleno de orgullo sino también de poder, que no tenía sólo egoísmo, sino que también era hábil en la política y en su defensa, el pueblo habría encontrado un hueso duro de roer y, delante de la fuerza, habría considerado justo respetarlo todo, absurdo proclamar derechos, cualquiera que fuese su necesidad y sus sufrimientos. La injusticia siempre había existido, mas sólo fue reconocida como tal ahora, cuando la debilidad del gobierno permitía al pueblo tornarse proporcionalmente fuerte para imponer con la fuerza esta justicia.

He allí cual es el verdadero juego de la Historia en este caso, que no es más que un ejemplo que se repite todas las veces que la vida se encuentre en estas condiciones. Un derecho es considerado como tal, sólo cuando quien lo sustenta posee los medios para realizarlo. Mas el sufrimiento se encuentra listo para ofrecer al hombre, por reacción de él, estos medios, en la lucha, desenvolviendo sus cualidades. Bondad, caridad, comprensión recíproca, aparecen sólo en niveles de vida superiores.

¿Cuál fue entonces el resultado de todo este movimiento de fuerzas aquí observado?

1) El pueblo dio prueba de haber aprendido la lección en la escuela de sus jefes, repitiendo el método de ellos para dominar. Este método continúa siendo repetido, en una escala siempre mayor, hasta hoy.

2) Los pueblos salieron de la minoría de edad, comenzando a dirigirse por ellos mismos, aprendiendo a elegir bien o mal a sus jefes, adquiriendo experiencia nueva, apta para desenvolver una conciencia colectiva y nuevas formas de inteligencia.

3) La sangre de la aristocracia no fue derramada en vano en la Revolución Francesa. La lección quedó y enseñó muchas cosas al mundo de entonces, para no caer más en los mismos errores. La lección consistió en que los abusos son peligrosos, porque después, por compensación, la injusticia y la deuda han de ser saldadas. Esta vez también el maestro que enseñó la lección fue el dolor. Hoy, semejantes abusos no serían ya posibles. Privilegios de aristocracia y clero serían hoy un absurdo.

Es verdad que el hombre, en el fondo, permaneció el mismo: la burguesía substituyó a la aristocracia, procuró imitarla, como está dispuesto a imitarla el proletariado, que hoy quiere sustituirse a la burguesía. Pero semejantes excesos de egocentrismo en favor sólo de grupos particulares y en formas legalmente reconocidas, hoy no serían ya posibles. Se torna cada vez más inaceptable la concentración de los beneficios de la vida en las manos de pocos, que para sí los sustraen de los demás. La moderna tendencia colectivista e igualitaria procura extender a un número siempre mayor de individuos las ventajas que antes quedaban concentradas sólo en favor de los vencedores. El mundo progresa así hacia la justicia social, la igualdad, el altruismo, las formas de vida organizada, cosas que pertenecen a niveles evolutivos más adelantados.

Vemos aquí una vez más funcionar a la Ley en su maravillosa sabiduría. A cada error corresponde, también en el terreno social, una lección de sufrimiento para que el error no se repita. Así el mundo automáticamente ha de progresar. Cada lección representa una experiencia dura que no es fácil después olvidar. Haber experimentado las consecuencias del abuso representa el mejor medio para alejar la voluntad de repetir el abuso. Así el hombre aprende a no mirar ya sólo hacia la ventaja inmediata que fue lo que antes lo engañó, y aprende a ver más allá de las apariencias de sus ilusiones psicológicas y a percibir que es necesario tomar en cuenta también el bienestar del prójimo, porque el problema de la felicidad no se puede resolver aisladamente, sólo para sí.

Todo lo que vivimos no queda escrito sólo en la Historia, sino también en nosotros mismos. El dolor tiene el poder de clavar en nosotros un marco indeleble. Así el hombre va aprendiendo cada vez mejor cuál es la inviolable estructura de la Ley por la cual, como ya tantas veces dijimos, quien hace el bien o el mal se lo hace a sí mismo, y todo vuelve a su fuente, con un movimiento de fuerzas semejante al de las fuerzas del espacio curvo, cuyas leyes parecen regir también en el terreno de la moral. Nos encontramos así delante de un principio de curvatura universal, verdadero en todas las dimensiones y niveles de existencia. Parece que en todos los planos, cada impulso tiende automáticamente a volver hacia la fuente de donde partió y que éste sea uno de los principios fundamentales de la Ley. Así la teoría científica del espacio curvo concuerda con la que aquí hemos expuesto y la sustenta, teoría que se podría llamar moral curva. En ambas no habrían desplazamientos en sentido absoluto, sino sólo relativos, diríamos movimientos sólo aparentes, como los de las olas del mar, en los cuales no hay desplazamientos de agua, sino sólo como una especie de vibración encerrada en sí misma, en un continuo movimiento de retorno. De la misma manera, los movimientos de la conducta humana serían sólo una especie de vibración encerrada en esta ley de retorno, por la cual cada impulso nuestro nada desplaza a no ser nuestra misma naturaleza que, recibiendo sobre sí lo que quiso lanzar fuera de sí, va experimentando y así madurando y evolucionando. En este capítulo quisimos observar cómo el principio de la curvatura de la moral se verifica también en el terreno social de la colectividad

humana. Por esto, podemos concluir que no solamente para el individuo es verdad que quien hace el bien o el mal se lo hace a sí mismo, sino que también lo es para las diferentes clases, categorías o grupos sociales.

Con esta técnica maravillosa se superan todas las tentativas humanas de injusticia, pues termina sufriendo en carne propia quien, para su bienestar, quisiera aplastar a los demás, y al mismo tiempo terminamos siendo retribuidos con el bien si lo merecemos, por el motivo de haber querido hacerlo a los demás. Con esta técnica cada vez más el ser está constreñido automáticamente a realizar la justicia de la Ley, subiendo de la injusticia a la justicia, del desorden hacia el orden, de la lucha entre egocentrismos rivales al estado orgánico de la humanidad civilizada. El proceso es siempre el mismo. El hombre ha de experimentar los dolorosos efectos de la injusticia, del desorden, del egoísmo, para llegar a comprender que lo que para él es más provechoso es que se realice la justicia, el orden, el altruismo.

Hay un movimiento en la sucesión histórica de las revoluciones, ordenado como el de las olas del mar. Cada una sustenta e impulsa a la otra, en un movimiento común que las liga a todas en un mismo proceso. Sucede de este modo que, en cuanto hayan clases inferiores exigiendo justicia por encontrarse aplastadas por las superiores, éstas no tendrán paz y habrán de defenderse de las continuas tentativas de asalto de parte de las inferiores. Cuando en esta lucha éstas vencen, entonces se apoderan de la posición de las superiores, y toman su lugar gozando de las mismas ventajas, pero sujetas a los mismos peligros y cometiendo los mismos errores. Han de pagar entonces la misma pena, porque mientras haya un hombre explotado por otro, el primero procurará saltarle encima para tomar su lugar de dominio. Se trata sólo de posiciones diferentes que los mismos hombres van ocupando sucesivamente, como la misma agua toma las diferentes posiciones de las olas en movimiento. La Ley es una sola para todos y cada uno ha de aceptar las ventajas, los peligros y los esfuerzos que la posición de cada uno implica. Y, en posiciones diferentes, todos están cumpliendo el mismo trabajo, igual para todos, de hacer experiencias que, aunque diferentes, llevan hacia el mismo objetivo que es el de evolucionar.

En este rodar de posiciones y respectivos trabajos, y en la serie de las ventajas y abusos escalonados a lo largo del camino de las comunes experimentaciones, en la compensación de tantas injusticias diferentes, se realiza la justicia de la Ley por la cual todo se paga y todos han de aprender la misma lección a través de las mismas experiencias. El universo es unidad en la variedad, en que una infinita multiplicidad se coordina en armonía, por ser regida por una ley general. Así, las innumerables injusticias particulares por las cuales cada quien paga lo que debe, se coordinan realizando la justicia universal de la Ley. *"Quien esté libre de pecado que lance la primera piedra"*. Pero, ¿quién es el que está libre de pecado y por esto no ha de pagar ninguna deuda a la justicia de la Ley, sufriendo lo que él llama injusticia? Esta es la

verdadera justicia que abarca a todos, que está por encima de todos, por la cual todos han de pagar, delante de la cual todos somos iguales. He allí cómo es que por la Ley fue realizada y siempre existió la verdadera igualdad, hoy en vano tan deseada entre las clases sociales en lucha.

Ahora podemos comprender lo que significa todo esto y por qué está sucediendo. Por encima de todas las rivalidades del hormiguero humano, queda resplandeciendo la sabiduría de la Ley, invisible, poderosa, inflexible, siempre presente. En ella todo se compensa, se coordina, se resuelve. Esta es la conclusión.

XXV

LA EVOLUCIÓN DE LA HISTORIA

Apéndice: Una Fábula. "Amaos los unos a los otros como yo os amo".

En mis peregrinaciones brasileñas, se me ocurrió demorarme algunos días en una isla habitada sólo por pescadores pobres, en el litoral paulista. Me entretuve, entonces, con aquella gente simple, compartiendo con ellos alegrías y dolores. En esta vida reducida a los más simples elementos, delante de las armonías de un paisaje exuberante, inmerso en la infinita paz de las cosas de Dios, sentí la profunda justicia y bondad de su Ley, y cómo, aún en la misma Tierra, es posible a los hombres de buena voluntad realizar la gran máxima evangélica del "amaos los unos a los otros como yo os amo". De mis observaciones y meditaciones nació esta fábula.

Había una vez un hombre que era juzgado como loco porque pregonaba y practicaba en el mundo el Amor de Cristo. Decía él: "No necesitamos de nuevas religiones, ni precisamos hacer prosélitos a favor de una condenando a las otras, creando de esta forma cada vez mayores enemistades; mas es indispensable que tornemos buenos y honestos a los hombres de todas las religiones".

Enfrentaba, así, con los medios de la cultura, del razonamiento y de la ciencia, a la elite intelectual de las grandes ciudades, a las clases dirigentes de los más aptos para comprender por estos caminos la verdad como producto del pensamiento. Pero un día sintió necesidad de completar su trabajo escogiendo a otra gente; sintió que debía acercarse también a los desheredados, a los simples e ignorantes, para los cuales están cerradas estas vías de lujo. Para ellos era menester otro lenguaje: el lenguaje simple del

Evangelio que enseña por fe, sin demostrar a la inteligencia escéptica que pide pruebas; el lenguaje fácil de los hechos y de los ejemplos, el lenguaje del amor que todos comprenden y que recorre caminos diferentes, no los de la mente, sino los del corazón.

Es verdad que el pensamiento desciende de arriba hacia abajo en las clases sociales, como de las nubes desciende la lluvia, de modo que, una vez afirmado en la clase culta, por sí se difundirá en los planos inferiores, por una ley de gravitación. Pero sería un pensamiento frío, filtrado a través de otros cerebros. Era indispensable dar más, dar algo más vivo y personal, dar de sí mismo, como exige el amor y como no puede dejar de hacer quien ama verdaderamente. Así, quiso un día aquel hombre entrar en contacto también con los menos cultos, con los hombres simples de los campos.

Para ellos el lenguaje era otro. No ya profundidad de concepto ni evidencia de pruebas para convencer mediante demostración a la razón; no se trataba ya de enfrentar los mismos ánimos duros de los escépticos del materialismo, entregados a todas las sutilezas del pensamiento, aplastándolos con los complejos cerebralismos culturales y científicos. Se trataba en cambio de encender una llama de bondad y verdad, con simplicidad de sentimiento, ofreciéndose en donación completa y aún más, sin nada pedir, venciendo la dureza de ánimo con el poder de la bondad, con una gran pasión por ayudar, yendo al encuentro de los más humildes y despreciados para abrazarlos y elevarlos: un trabajo de corazón, en contacto directo con las formas más elementales e instintivas de la vida. Era, para aquel hombre, un campo diferente e inexplorado, un camino nuevo para inculcar en el prójimo el Amor de Cristo.

Así, quien ya fuera peregrino de las grandes ciudades se transformó un día en peregrino de las aldeas abandonadas, de las playas lejanas, de las tierras perdidas en las márgenes de la civilización de las ciudades. Navegando con algunos amigos en pequeñas barquillas, llegó un día a una isla cercana a la costa, en una aldea de pescadores pobres, simples y primitivos.

En este estado de simplicidad, aunque el hombre no comprenda las fórmulas difíciles de la cultura y de la ciencia, él intuye, instintivamente, sin muchas palabras, los motivos fundamentales de la vida: amistad o enemistad, el odio o el amor, el hambre, el peligro. No necesitaron por eso de muchas palabras para las presentaciones: un simple mirarse de frente, un recíproco e instintivo observarse las respectivas intenciones. Así se conocen los animales y hasta las plantas, resultando de allí relaciones de amistad o de enemistad.

Realizada esta primera alianza, sistematizadas las necesidades materiales de alimento y reposo nocturno, se sentó aquel hombre al lado de los nuevos amigos, a la orilla de la playa, para satisfacer la curiosidad de ellos de conocer a los recién llegados; y hablando de sí y de sus compañeros comenzó a lanzar los primeros puentes de la confianza y de la

comprensión. El mismo ambiente sugería que se hablara de las grandes cosas de Dios; el argumento se alimentaba de las armonías de aquella naturaleza encantada; los pensamientos más simples asumían sin querer la musicalidad de las olas y de los vientos, se sintonizaban en la sinfonía de los colores de los bosques, del mar y del cielo. El pensamiento de Dios, alma de todo, transparecía tan poderoso y evidente en las formas que lo revestían, que parecía que Él hablaba sin palabras en lo profundo del alma. Y todos, los peregrinos y los pescadores, lo oían juntos, como en una evocación mágica en que Dios, que es la esencia de la vida, les hablaba en silencio y el espíritu de las cosas se revelaba, arrebatándolos a todos en el mismo éxtasis.

Si los primitivos no saben expresarse para explicar estas sensaciones, esto no significa que ellos no las perciban, aunque confusamente. En cada una de sus formas la misma vida nos muestra que ella procura ser bella, se alegra con esto y lucha por serlo. La belleza representa un valor suyo, porque tiene su función biológica. En los más altos planos evolutivos se revela esta belleza en la armonía espiritual de la bondad y del amor para con todas las criaturas. La musicalidad y la alegría de oírla crecen en proporción que se sube hacia los más altos planos de la existencia, formando en fin una armonía única, en que se funden lo Bello y el Bien.

Nuestro peregrino y aquellos hombres conocían también los otros aspectos de la vida, el lado positivo y práctico de las necesidades materiales. La vida se constituye también de problemas concretos. Sin duda que los primitivos también son poetas, pero sólo pueden darse el lujo de serlo después que hayan resuelto la apremiante cuestión de las necesidades inmediatas. Por eso, ninguno más que los primitivos quiere prenderse a los valores reales terrenos y, para oír y respetar, exigen una prueba de superioridad. Por ese motivo, no pudiendo Cristo apoyarse en las cualidades de inteligencia y cultura de sus seguidores, tuvo que dar pruebas diferentes a las racionales a su respecto; tuvo que obrar prodigios, que eran las únicas pruebas accesibles a aquellas mentalidades, tanto que todavía hoy la apologética cristiana católica acepta los milagros como prueba de la divinidad de Cristo. Para aquellas formas mentales, ellos son verdaderamente pruebas, aunque nada prueben a quien tenga del milagro un concepto totalmente diferente.

Siendo la psicología de todos los primitivos la misma, nuestro hombre tenía que mostrar para ser oído y seguido sus credenciales, dando pruebas de su valor. Ahora, quien vive lejos de los centros urbanos, en la periferia de la civilización, se mantiene siempre con los ojos fijos y los oídos atentos hacia aquellos, ávido de aprender e imitar. El peregrino llegaba de esos centros, y allí trabajó y venció. El hombre, para estimar, exige una prueba de poder, sea material o económico, de inteligencia o espiritual, pero de cualquier forma, una prueba de haber sabido vencer en cualquier cosa. Y la prueba no es menos convincente, si ha de ser conseguida en campos menos comprensibles. Una de las razones por la que las multitudes modernas admiran a los científicos, es porque ellos manejan una materia inaccesible a ellas. Así, es tanto más fácil convencer cuanto más se

llegue precedido de la fama de las propias victorias. A los mismos santos les era más fácil arrastrar las multitudes, cuanto más poderosa a su respecto se formaban la leyenda del prodigio y la aureola de santidad. También en el plano espiritual la vida premia al fuerte que sabe vencer.

De esta forma, apoyándose en este juego psicológico natural e inevitable impuesto por la forma mental humana, procuraba el peregrino penetrar en el ánimo de sus oyentes. Sus conversaciones eran simples, concretas, constituidas por conceptos revestidos de fábulas y parábolas, basándose en las sensaciones ofrecidas por el ambiente. Sería inútil tocar en teclas mudas, lanzar pensamientos que no podrían encontrar eco. Al principio eran pocos los que oían. Más tarde se reunió toda la aldea, rodeándolo. Todo hombre, aunque no lo entienda todo, se siente siempre atraído por la palabra caliente, que, por ser convicta, transmite convicción.

Entonces él les habló así: “Mis amigos, vine aquí entre vosotros para enseñaros el Amor y la Paz, para disminuir vuestros dolores y tornaros más contentos. No enfrentaremos los problemas lejanos que atormentan a las grandes mentes y que no han sido aún solucionados por la ciencia, por la religión y por la filosofía. Basten a vosotros las normas simples para dirigir vuestras vidas”.

“Os hablo en nombre de Cristo para explicaros su pensamiento; no para condenaros, sino para ayudaros. No os digo: castigad la vida; sino: respetadla y mejoradla, viviendo con inteligencia. Ella es un don de Dios y no debe ser renegada, sino llevada cada vez más hacia lo Alto, en la dirección de Dios. El deseo de felicidad es un instinto sabio y vital, y tenéis pleno derecho a ella. Aprended solamente que ella sólo puede ser conquistada en el orden, con la propia disciplina, obedeciendo a la Ley de Dios. Sólo así conseguiréis disminuir cada vez más el fardo de vuestros dolores, efecto de vuestros errores”.

“Vuestros instintos fundamentales deben ser respetados, porque ellos sirven para conservar la vida, que es necesaria para alcanzar su fin, que es elevarse para regresar a Dios. Por esto Él hace que los adquiráis y los fijéis en vosotros mismos. Son ellos hoy el estímulo necesario a vuestra vida, en vuestra actual fase. Mañana conquistaréis otros instintos más evolucionados, para vivir en planos más altos de la vida. No os pido las abstinencias y los ayunos de los santos. No pido renuncias, sino disciplina. Si no amáis el trabajo, sea él vuestra penitencia. Pero aprended a amarlo, a fin de agarrar las satisfacciones que el proporciona, y se transformará en la alegría de crear”.

“Respetemos los instintos fundamentales del hambre y del amor. Debemos nutrir el cuerpo para trabajar mejor, pero no para hartarnos. Quien abusa, sea por el exceso o sea por la falta, de la misma manera corrompe un instrumento que le fue confiado por Dios para fines más altos, entre los cuales está el de producir con el trabajo, cada cual según

sus capacidades. En nuestro planeta existen todos los elementos que pueden tornarlo la sede de vidas felices. Pero están todos en estado caótico. Compete al hombre, con su trabajo, transformar el caos en un orden, en el cual él pueda vivir bien. Orden afuera, en las acciones, que sólo puede nacer de un orden adentro, en el espíritu".

"Respetemos el Amor pero disciplinado, con respeto a la mujer y a la familia ajena, santificado con la protección de la madre a sus hijos, con la educación de éstos, con la sublimación en el afecto recíproco, que, proviniendo no sólo de los sentidos, sobrevivirá a la misma muerte".

"Respetemos el instinto de la posesión y del dominio de las cosas, pero bajo condición de que él no sea egoísta, que no represente opresión a los débiles, que no esté hecho de ambición y daño al prójimo. Sea respetada la propiedad, fruto del trabajo. Pero, para tener derecho al respeto por nuestras cosas, se debe antes respetar las cosas ajenas. En todos los campos, sólo tiene derecho a ser respetado quien respeta. Sea respetada la vida en sus instintos, pero esté todo disciplinado en la medida y en el orden establecido por la Ley de Dios".

"Cuanto más aprendáis a vivir en este orden, más diminuirán vuestras tribulaciones. Cuanto más desobedezcáis a la Ley, tanto más ellas crecerán. ¿No veis que cada cosa tiene su lugar en la naturaleza? ¿Qué sucedería si el mar quisiera usurpar el espacio que pertenece a la tierra, y si ésta quisiera invadir el cielo? Todo es bello y hay lugar para todo, inclusive para vuestra vida, porque todo está organizado y en paz. Pero luego que este orden y esta paz se perturben, surge para todos el desastre. Sólo si respetáis las reglas indispensables de la vida establecidas por Dios, podrá Él daros la felicidad de la que ellas son condición esencial".

******

Así habló nuestro peregrino a aquellos hombres simples. Pero la vida es acción y era menester, para convencerlos mejor, darles un ejemplo, un hecho tangible. En los alrededores del lugar, en una playa abandonada, vivía solitario un rebelde al orden social, un hombre feroz, ladrón y asesino, que, en vez del trabajo, prefería vivir de delitos y de la rapiña. Lo llamaban el Lobo. Nadie iba a su cabaña ni a ella se acercaba si no andaba armado.

Hablaron de este Lobo al peregrino y éste resolvió que lo buscaría. Le recordaba esto otro encuentro, con otro Lobo, tal vez el nombre de otro ladrón y asesino, que fue amansado por San Francisco a las puertas de Gubbio. Los hombres de la pequeña aldea trataron de disuadirlo, pero él se sintió irresistiblemente impulsado. Ir por aquellos parajes sin armas, o aún llevándolas sin saber usarlas, era una locura. ¿Para qué dejarse matar?

Después de mucha discusión, un día partió el peregrino hacia la cabaña del Lobo. Lo acompañaban algunos hombres fuertes y bien armados. Él no llevaba armas. Los dejó en cierto punto, escondidos entre los árboles, avisados, para socorrerlo si hubiera necesidad; y se encaminó solo hacia la choza.

En cuanto caminaba, reflexionaba. Ya había dado un ejemplo en las grandes ciudades, venciendo los más poderosos obstáculos que le querían impedir el cumplimiento de su misión. Victoria clamorosa, milagro de Dios que le había probado su auxilio y su presencia a su lado, por lo que toda la resistencia había caído y los elementos negativos habían sido apartados, a pesar de ser fuertes y renitentes. Dios lo ayudaría también, realizando este otro milagro. Era lógico y necesario también este ejemplo en un plano social diferente. Precisaba aceptar, tenía que exponerse a esta otra prueba en que Cristo tenía que triunfar una vez más.

El peregrino era también un hombre, y como tal, temía. Tal vez tenían razón los hombres de la pequeña aldea. Su osadía era una locura peligrosa e inútil. Entonces, como siempre había ocurrido en los mayores momentos de su vida, Cristo se le apareció a un lado, lo tomó por la mano, y, mientras lo guiaba, se desenvolvió el siguiente coloquio:

“Hijo, ¿por qué temes? ¿No estoy siempre a tu lado?”.

“Señor, ¿qué puedo yo? ¿No es orgullo mío pretender una victoria más?”.

“Ve, hijo, no temas, estoy contigo. Hablaré en tu pensamiento, brillaré en tu mirar, vibraré en ti y me manifestaré a través de tu pasión por el bien. ¡Ve! A través de ti, mi instrumento material, venceré con el Amor esta alma rebelde. ¡Ve! Vencerás. Estoy contigo”.

Peregrino del amor y del dolor, nuestro hombre continuó por la playa, acercándose cada vez más a la choza. Los hombres armados lo vigilaban, asustados, desde lejos. Ellos no aprobaban esto. Pero él caminaba, como un niño, inclinándose para recoger las conchitas de la playa, admirando sus bellas formas. Después, extasiado, miraba el mar, la floresta, los montes, el cielo. Toda aquella belleza le hablaba de Dios. Lo sentía tan cerca que no percibía nada más allá de Él.

Así, llegó a la cabaña. Llamó. Nadie respondió. Se acercó y tocó. Oyó un barullo de herramientas y luego apareció un hombre fuerte, alto, de aspecto feroz. Se miraron. Se miraron todavía más, a los ojos. En los momentos decisivos de vida o muerte, el esfuerzo de la vida se concentra en el silencio. Las cosas más graves son comprendidas sin palabras. Con el mirar ellos se midieron y se pesaron. El Lobo, en su instinto de fiera, comprendió que se hallaba delante de un hombre inerme. El hecho de no hallarse delante del antagonista que imaginaba, desarmó su primer ímpetu de agresión. El recién

llegado no era un enemigo. ¿Quién era entonces? Y ¿qué podía querer de él? Y ¿quién le daría coraje para llegar hasta allá desarmado?

Así, el Lobo quedó desarmado por el inerme. Ya se han visto fieras bravas respetar a criaturas inocentes. Muchas veces la agresión es un acto de defensa provocado por la agresión ajena, y si ésta no existe, la otra no estalla. El Lobo apenas dijo: ¿Qué quieres aquí? ¿Quién eres?
Silencio.

Alrededor vibraba, partiendo de todas las cosas, la gran voz de Dios. Cantaban las armonías de lo creado, pulsaba la esencia espiritual de la vida y transbordaba de la forma que la revestía y escondía. Parecía que la naturaleza, en aquel día, celebraba una fiesta y entonaba una sinfonía inmensa de infinitas vibraciones que se abrazaban unidas, en amor, armónicamente, musicalmente tejidas en una misma trama de bondad y de paz. El peregrino sentía un choque en su corazón y estaba como en éxtasis, fuera de sí. Algo, como un nuevo poder, penetraba en él y ya centelleaba en su mirar, que se inclinaba con un sentido de ilimitada bondad hacia aquella pobre alma repelida por todos y que se tornara tan feroz, tal vez porque nunca había recibido bondad y amor.

Silencio.

Estaban frente a frente, hablándose en diálogo cerrado, hecho de sentimientos opuestos y contrastantes, en un violento asalto de vibraciones a través de las miradas. Por un lado, el desencadenamiento de las fuerzas elementales de la vida en el primitivo, egocéntrico y prepotente dominador en el caos, ignorante de Dios y rebelde a cualquier orden y armonía. Del otro lado el poder del orden al que obedecen todos los elementos, coordinándose fraternalmente en armonía, en el conocimiento de la Ley y en el Amor de Dios. Estaban frente a frente, el Lobo y el peregrino, empeñados en una lucha desesperada para vencer. La ferocidad ávida y agresiva de un lado, la bondad generosa y pacífica del otro. Se enfrentaban dos tipos biológicos diferentes, dos ejemplares diferentes de la vida que personificaban las fuerzas del bien y del mal, del amor y del odio, de Dios y de Satanás. El ángel y la fiera estaban frente a frente, solos, delante de Dios. ¿Quién vencerá?

Silencio.

Pero, en este silencio, resonaba la voz de Dios, relampagueaba Cristo; por encima de las fuerzas del mal se movían las falanges de las fuerzas del bien. La gran sinfonía que la naturaleza entonaba transparecía en los planos de vida más alta, en los cuales, alcanzada la armonización, la felicidad es mucho mayor. El estridor de aquella alma rebelde era una disonancia triste en esta gran música. Ésta, empero, la sofocaba en su potencia, casi anulándola, absorbiéndola en su armonía. Descendía de lo Alto una gran onda de las

fuerzas del bien para amansar esta alma, impulsándola por las grandes vías de la bondad y del amor. Ella quería resistir, pero Dios determinó que Él había de vencer. Cada vez más poderosa resplandecía la luz y las tinieblas retrocedían, vencidas. Lucha apocalíptica entre las fuerzas del bien y del mal. El pobre instrumento humano permanecía mudo, como triturado en medio de este embate de fuerzas.

Así alcanzó la lucha un momento terrible en que él sintió dentro de sí un estallido y creyó que había llegado la muerte. Vio, confusamente, al Lobo lanzar de sí las armas, trató de asegurarse de algo para no caer, y se encontró en los brazos de él.

Se había cumplido el milagro. El Bien, Dios, el Amor, habían sido más fuertes y habían vencido.

Los hombres de la guardia, que habían visto todo, corrieron soltando también sus armas. El Lobo fue llevado en triunfo hacia la aldea. Todos se abrazaron. Terminaba el miedo, la preocupación de la lucha y de la guerra entre los dos; un verdadero infierno. El peregrino organizó un nuevo régimen de paz en el trabajo. Y, en el amor recíproco, ayudando al otro, muchos dolores desaparecieron. Cristo permaneció entre aquellos humildes que ahora vivían su gran mandamiento: “Amaos los unos a los otros, como yo os amo”. Así, también entre los simples y los pobres puede formarse aquello que simbolizaba un primer núcleo de la Nueva Civilización del Tercer Milenio.

******

Esta fábula muestra cómo el Amor es capaz de vencer. Pero, el problema del “Ama a tu Prójimo” es mucho más vasto y se nos presenta también bajo otros aspectos. Amar al prójimo significa unificar los ánimos, superando, en la comprensión recíproca, las divergencias y luchas en todos los campos. Significa pacificación. La estudiaremos, ahora, en sus dos aspectos, o sea, pacificación en el terreno religioso y pacificación en el terreno práctico de la producción y distribución económica en la sociedad moderna. Comencemos por el primer aspecto.

Dijimos al principio que no necesitamos nuevas religiones ni hacer prosélitos en favor de una condenando a las otras, creando de esta forma cada vez mayores enemistades; sino que necesitamos volver buenos y honestos a los hombres de todas las religiones. Desenvolvamos el primer concepto. Seguidamente desenvolveremos la segunda parte de este tema.

Desgraciadamente, las rivalidades en el terreno religioso fueron y son todavía siempre grandes, justamente allí, donde, por más acercarse a Dios, debería ser mayor el amor al prójimo. Entretanto, la finalidad de cualquier religión debería ser siempre la de pacificar y unificar. Cualquier religión que no trabaje en este sentido, puede considerarse

irreligiosa, realmente contraria a la religión. Pero desgraciadamente, ellas trabajan justamente en este sentido exclusivista, de grupo, en el sentido centralizador e imperialista, con espíritu de expansionismo dominador y proselitista. Esta es la naturaleza del hombre en su fase actual de evolución y él no sabe comportarse diferentemente en ningún campo. La comprensión recíproca, la colaboración, la organización de la colectividad social son todavía para él conceptos inalcanzables. Todavía es guiado por el instinto gregario, por el cual él sólo sabe hacer alianzas de grupos, fortificándose en ellas para condenar y procurar eliminar a todos los otros grupos que no sean el propio. La humanidad vive, en todos los campos, incluso en el religioso, en un régimen de luchas, y cualquier orden sólo es concebible como resultado de una disciplina impuesta por alguien más fuerte, y, por eso, por el vencedor. De allí, las mismas cualidades propias del hombre en todas las religiones: absolutismo, dogmatismo, fariseísmo, proselitismo, imperialismo, etc. Es la naturaleza egocéntrica del ser humano que lo lleva a ser tal en todas sus manifestaciones y a concebir también a las religiones como una potencia que crece por centralización y por un expansionismo centralizador. Es por eso que los diferentes puntos de vista de nuestras verdades relativas y progresivas, son tomados como verdades absolutas, hasta en las religiones que, en sus palabras, dicen lo contrario. Este es el estado de hecho.

La tesis que sustenté desde 1951, en mi primera llegada al Brasil y que ya había sustentado en Europa, fue la de “imparcialidad y universalidad”. Permanecí a ella igualmente fiel delante de esta o aquella religión. Pero todas mostraron la misma voluntad de enclaustrarme y encerrarme en su propio grupo, imponiéndome una verdad ya hecha que excluye cualquier investigación y condena toda tentativa de progreso y perfeccionamiento. Pero no todos pueden apenas aceptar y dormir, solamente para proveer material a fin de engrosar sus filas. No hay duda de que todas las iglesias quieren ser universales, pero sólo en sentido imperialista; todas quieren unificar, pero bajo su propio dominio. No fue en este sentido que comprendí la universalidad. No la entendí en el sentido de un partido religioso que se expande tanto, que conquista todo.

Al contrario, universalidad debe entenderse en el sentido de imparcialidad, para llegar no a la sumisión, sino a la convivencia libre, fruto de la comprensión. Y comprensión es más que tolerancia, pues ésta sobreentiende siempre la propia supremacía que tolera, es decir, se digna permitir. Comprensión significa recíproca integración de los varios aspectos en lo relativo humano, para poder así unidos, aproximarse cada vez más a lo absoluto. Es una confraternización de todos los fieles de todas las religiones delante del mismo Dios igualmente adorado por todos. La identidad de la meta hacia la cual todas convergen debería unirlas, en vez de dividirlas. Ahora, este espíritu de divisionismo y de exclusivismo y la lucha que de allí deriva, representan los instintos propios de un plano biológico atrasado, que el progreso espiritual del mundo se apresura a liquidar. También en el terreno religioso la evolución llevará cada vez más hacia la unificación, dado que esta es la dirección en que camina la evolución. Se trata de una maduración biológica

que penetrará todos los campos, también el religioso, porque es una maduración del alma humana. Partiendo del actual sistema de roces entre egocentrismos que no se conocen el uno al otro, se llegará a la cooperación de los individuos, transformados en una unidad orgánica en la sociedad humana. Esta dislocación fundamental de un plano evolutivo, llevará a una transformación también en el modo de comprender las religiones. Como reacción natural al actual rebajamiento de la onda histórica expresada por el materialismo que domina hoy al mundo, se llegará, por medio de la reacción, a un inevitable complementario despertar espiritual. Esto forzará al hombre a sentir siempre más, en las religiones, su substancia espiritual, dando cada vez menos importancia a las formas exteriores que hoy tienen un valor mayor. Perteneciendo a la materia, ellas representan lo que divide, al paso que su substancia, siendo espiritual, representa lo que une.

Será el fenómeno biológico de ese espiritualizarse de todo el ser humano, será ese su subir de las apariencias a la esencia interior de las religiones, lo que le hará comprender su substancial unidad. Y el ser humano comprenderá cuán absurdo, o algo peor, es el litigar, condenar y hasta perseguir en nombre de Dios, del mismo Dios. El pasado, naturalmente es separatista. Pero el futuro sólo puede traer unificación.

Hoy, en cambio, ¿qué sucede? El dogmatismo no es una cualidad de determinada religión, sino del hombre; y puede aparecer en todas las religiones cuando aparezca en ellas un individuo que sea llevado al absolutismo por su temperamento. El mayor error es considerar errado a todo lo que está fuera del propio grupo; la mayor herejía es considerar como heréticos a todos los que piensan diferente; el mayor pecado es no respetar las conciencias ajenas. La verdad es algo en continua evolución y no puede detenerse en el camino. Las verdades envejecen y se renuevan, como sucede con todas las cosas. Esto no quiere decir destruir. Renovándose, la vida no se destruye, sino que rejuvenece. No hay duda de que el patrimonio de las verdades adquiridas debe ser conservado y cada religión ha de conservar el suyo. Pero debe respetar, también, aquel que las otras religiones han de conservar. Es preciso no sofocar el desenvolvimiento y el perfeccionamiento de estas verdades; no se debe, a fuerza de conservarlas, dejarlas cristalizar y morir de vejez.

En la economía de las religiones también son necesarios los pioneros, los cuales, condenados por los ortodoxos, asumen sobre sí la dura tarea de hacerlas avanzar. Tarea que ellos han de realizar a su riesgo y peligro, al paso que los otros pueden reposar seguros y tranquilos en las posiciones que los otros conquistaron. No es a éstos, sin duda, que la vida confía las funciones de hacer progresar. De estos pioneros, Cristo fue el mayor ejemplo. Fue Él el primer rebelde a la ortodoxia del pasado, el innovador que tenía que llevar el Viejo hasta el Nuevo Testamento, no destruyendo, sino continuando, perfeccionando y desenvolviendo en formas más adaptadas a la maduración del hombre. Sin Cristo, juzgado como blasfemo por las autoridades, estaríamos aún en las viejas

concepciones mosaicas. En estas maduraciones debe siempre ser inducida la lucha entre lo viejo y lo nuevo, entre los conservadores y los innovadores, entre los ortodoxos y los declarados herejes. Cristo, delante de la religión hebrea, fue el mayor hereje, y por eso fue condenado a muerte.

En la evolución religiosa sucede la misma cosa que se verifica en la evolución política. Los poderes constituidos resisten a lo nuevo para no perder las posiciones conquistadas. Esto, hasta que sobrevenga una revolución que lance ideas más avanzadas y, venciendo, las fije después en nuevas instituciones, defendidas por otros poderes constituidos. Y así todo camina, pero por medio del contraste y de la lucha. De acuerdo con el ejemplo de Cristo, podemos también creer que a los cristianos no ortodoxos, que naturalmente son condenados, puede haber sido confiada, en algunos casos, la misma misión que Cristo tuvo delante del judaísmo, o sea, la de forzarlo a dar un paso hacia el frente, sin el cual aquella religión habría permanecido encerrada en las viejas fórmulas, sin evolución ulterior. Y podemos creer también que, para un Cristianismo de mañana, nuevo pero verdadero y espiritual, trabajen y produzcan más aquellos pioneros condenados, que los conservadores y perfectos ortodoxos. Y quien sabe si tenga confiada Dios justamente a estos pioneros la dura y peligrosa tarea de realizar este progreso, de modo que el mismo catolicismo, cuando estuvieran maduros los tiempos y una reforma fuera indispensable, ya encuentre hecho un plano que no se improvisa, una doctrina más evolucionada, para espiritualizarse, a fin de tornarse, con las otras religiones afines, el verdadero Cristianismo, es decir, aquella religión de substancia que fue concebida por Cristo y a la cual aún no hemos llegado. Él dijo: “Amaos los unos a los otros”, y no “condenaos los unos a los otros en mi nombre”.

Esta fusión de ánimos en el terreno religioso, es uno de los mayores aspectos de aquel Amor Evangélico, que es la síntesis de las enseñanzas de Cristo.

******

Pero el amor al prójimo asume también otros aspectos. Se trata de superar, en la comprensión recíproca, las divergencias y las luchas también en otros campos. Estudiamos el problema de la pacificación en el terreno religioso. Estudiémoslo ahora en el terreno práctico de la producción y distribución económica de nuestra sociedad. Dijimos un poco atrás que lo más importante es “volver buenos y honestos a los hombres de todas las religiones”. Desenvolvimos la primera mitad del tema. Desenvolvamos, ahora, la otra.

Seamos prácticos y concretos. Todos, teóricamente, desearían ser buenos y honestos. Pero los hombres de todas las religiones quieren, ante todo, vivir ellos mismos y que vivan también sus esposas y sus hijos. Es por eso que luchan y, si no son buenos y honestos, es porque para vivir ellos se ponen a desollar al prójimo. Y cuanto más la

familia es sabia y compacta, más representa ella un castillo bien defendido contra todos; y cuanto más fuerte y hábil es el jefe, mejor sabe cumplir el deber de defender a su esposa y a sus hijos, más esta familia es un carro armado de asalto y defensa contra las otras familias, como cada nación lo es contra las otras naciones. Ahora, es evidente que la máxima evangélica del "ama a tu prójimo" en este mundo es totalmente utópica. Lo demuestra el hecho de que nadie, o casi nadie, la aplica completamente. Se reduce ella, así, a un deseo piadoso, a una afirmación teórica, a un sentimentalismo más o menos hipócrita. Pero entonces, ¿por qué Cristo quiso hacer y transmitir esta afirmación? ¿Sería Él, tal vez, un soñador que no conocía las condiciones reales y las exigencias de nuestra vida?

No. Cristo no se colocaba fuera de la realidad de la vida, ignorando sus leyes y pidiendo lo imposible. Si éstas son, innegablemente, las condiciones actuales del hombre, todavía inmerso en el plano biológico animal, esta máxima expresa la ley de un plano biológico más alto que el hombre tendrá que alcanzar y, comenzando a practicar aquella máxima y a aprender, de esta manera, una nueva forma de vida, él debe prepararse desde ahora para entrar en aquel plano. Las leyes de la vida cambian relativamente al grado de evolución que se ha alcanzado. La ley feroz de la lucha por la selección del más fuerte es ley en nuestro plano animal, en que los seres no se conocen los unos a los otros. Se encuentran en un estado caótico en que el individuo está solo con sus fuerzas contra todos. Es lógico que la naturaleza, a este nivel, premie al más fuerte. En este mundo aún no ha nacido el nuevo hombre civilizado del futuro, el hombre orgánico de las futuras grandes unidades colectivas. Este nuevo hombre colabora con el prójimo y sus actividades, y en vez de chocar, se coordina; en vez de tender a destruirse mutuamente en la lucha, se suman para el bien de todos, con gran ventaja para el bien de cada uno.

El actual egoísta aplastarse recíprocamente sería considerado, en una sociedad más evolucionada y menos ignorante de las leyes de la vida, una estupidez debida a la forma mental atrasada, y esto porque es contraproducente y anti-utilitario para todos, inclusive para el mismo individuo. Pero estamos aún lejos de una verdadera civilización inteligente. En nuestra humanidad todavía prevalentemente salvaje sobrevive aún, fruto del pasado bestial, el instinto y hasta el gusto de matar. Los diarios, el cine, la televisión, las novelas populares están llenos de historias de delitos que el público lee con placer, en vez de mirarlos con horror. Esto revela una forma mental difusa, que no pudiendo satisfacerse con los hechos, por el miedo al código penal, se satisface con la imaginación. Esta presencia de gustos feroces se explica como una sobrevivencia del pasado, en que, en la rivalidad de la lucha por la vida, el exterminio de quien estaba fuera del mismo grupo representaba una señal de victoria, portadora de bienestar. Es por eso que para los más involucionados la idea de destrucción del prójimo está ligada a la idea de la alegría de vivir. Se encuentran en el polo opuesto del Evangelio, que quiere invertir completamente las posiciones. Si se comprendiera cuán gran revolución

biológica el Evangelio quiere obrar, no nos maravillaríamos al verificar que, en dos mil años, muy poco se ha hecho como realización suya en la vida del hombre.

Es bastante difícil la tarea y bastante arduo el trabajo que el Evangelio ha de llevar a cabo para transformar este tipo biológico y transportar esta animalidad feroz y egoísta hasta la margen opuesta, la del "ama a tu prójimo". Hace dos mil años que se pregona, o sea, que se trata de fijar con la repetición en el cerebro humano este nuevo orden de ideas. Pero, la realidad, que justamente se procura modificar, es diferente. El pasado resiste o resurge a cada paso. De este contraste entre los dos principios diversos que buscan conquistar el campo de las actividades humanas, nacen las acomodaciones, las hipocresías, las rebeliones en que las religiones se amoldan. Y así puede transformarse el Evangelio en mentira. Se trata de cambiar la naturaleza humana induciendo en ella con la persistente corrección del pasado, a él sustituyendo una actividad opuesta, con la repetición de ésta hasta generar el hábito, el cual, por automatismo, tal como se domestican los animales, puede generar después nuevos instintos en el lugar de los viejos. Pero la dureza de la vida impuesta por la lucha y las necesidades materiales no cesan; el asalto de la defensa y del ataque está siempre listo para reducir a polvo la máxima evangélica: "ama a tu prójimo". Es verdad que ella pertenece al futuro. Entretanto, en nuestro mundo, ella no encuentra lugar hoy, y aparece como un absurdo impracticable.

El Evangelio sería bello si fuera practicado por todos, porque entonces la reciprocidad del sacrificio por el prójimo lo tornaría compensado por todos. Pero donde no existe esta reciprocidad y esta compensación, el cordero, que es el único en amar una manada de lobos, termina siendo simplemente despedazado y eliminado. No hay duda de que aquel que, solo, fuera el primero en vivir en un mundo de estos el Evangelio cien por ciento, no puede dejar de ser un mártir. Por eso, el hombre comienza a vivirlo en porcentajes mínimos, pero asimismo ellos ya penetran y se injertan en su naturaleza inferior y la modifican un poco. El progreso es una conquista laboriosa y sólo puede realizarse por etapas. El Evangelio es una inversión tan grande de la bestialidad humana que, si fuera aplicado a ella integralmente, de una sola vez, la destruiría, y con esto destruiría la única forma de vida que el ser inferior posee. Es necesario, primero, hacer evolucionar aquel tipo biológico, enseñarlo a vivir en un plano más alto, de modo que en el Evangelio él no sólo continúe viviendo, sino que encuentre una forma mejor de vida, más ventajosa.

La vida quiere durar de cualquier manera, y se rebela contra quien la quiera sofocar. Jamás se debe sofocar la vida. Ahora, es menester comprender que el Evangelio no está contra la vida. Él está sólo contra la bestialidad que domina la vida, cuyo desenvolvimiento él no atropella, sino que da coraje para llevarla a un plano evolutivo más alto. Se trata de ser más inteligente para comprender la enorme ventaja para todos de vivir según el Evangelio. Observé cierta vez unos pajaritos prisioneros en una jaula. Evidentemente todos sufrían. Pero, en vez de buscar juntos un camino para huir, que

hubiera sido fácil si ellos lo hubiesen comprendido, ellos vivían picándose los unos a los otros. Así, para vencer una pequeña partida, uno contra el otro, perdían la partida mayor todos juntos. Es así como el hombre actúa. Tal como aquellos pájaros, él sólo sabe hacer lo que dicen los instintos, y así por falta de inteligencia, creyendo vencer en la partida, para ganar la menor, pierde la mayor. Todo defecto reside en el hecho de que el hombre, usando el raciocinio del individuo aislado, no va más allá de él, y no sabe hacer el razonamiento del hombre orgánico que vive en función de la colectividad. Así, los hombres, echando unos la culpa a los otros, permanecen todos encerrados en la jaula de su propia ignorancia y sufren igualmente esta prisión. Cada quien espera bondad y virtud del otro y no de sí mismo; comienza siempre por sus derechos y no por sus deberes. “Sí, amémonos los unos a los otros”, dicen; “pero, si yo fuese bueno los demás se aprovecharían de esto; si soy cordero entre lobos, ellos me despedazarán. Entonces, tengo interés en ser lobo, para despedazar hasta a los mismos lobos”. Así tratan de actuar todos, y el nudo de la ferocidad, de la lucha y del continuo peligro se aprieta cada vez más alrededor del pescuezo de todos. Y por eso la humanidad permanece inmersa en un pantano de tribulaciones. Bastaría querer salir de allí, porque el monte está bastante cerca y todos pueden subirlo. Pero es preciso hacer el esfuerzo de subirlo, y esto nadie lo quiere hacer, porque vivir el Evangelio es arduo sacrificio para el actual tipo biológico, que pertenece a otros planos de evolución. Y el hombre no quiere hacer el esfuerzo de evolucionar. Pero, si esta es la razón por la cual vive, él deberá realizarlo. El Evangelio es Ley del futuro y es inevitable que la humanidad tenga que alcanzarlo algún día.

Como se ve, el problema del “ama a tu prójimo”, si fuera concebido como muchas veces se hace, sólo como un acto de sentimentalismo, se mantendría fuera de la realidad. Él forma parte de la evolución. El progreso es un fenómeno complejo que, para realizarse, requiere la maduración de muchos elementos diferentes: psicológicos, económicos, científicos, sociales. Aquella máxima evangélica envuelve con ella otros problemas, hasta los prácticos. Manteniéndose cada quien apegado a su egoísmo, constriñen a los demás a mantenerse también apegados a él. Se forma así una culpabilidad y responsabilidad colectivas que arrastran a todos en el mismo báratro de tribulaciones. Nadie quiere encargarse del deber de dejarse devorar cuando la vida también es un deber que debe ser defendido. El trabajo para llegar a vivir el Evangelio es arduo y complejo. Pero es verdad también que, al lado de los demás instintos, el hombre también tiene el instinto del progreso para mejorar sus condiciones. Más allá de eso, están allí sus actuales sufrimientos, y no hay nada como el sufrimiento para despertar la inteligencia. De esta forma podrá comenzar el hombre a comprender cómo dirigir su insaciable deseo de subir, o sea, subir inteligentemente en la dirección indicada por el Evangelio. También existe la solución en curso, que cada vez más se va realizando, de muchos otros problemas paralelos, como el de la justa distribución de la riqueza y el de la elevación del nivel de vida por medio del progreso científico. Todo concurre, también la solución de muchos problemas hasta ahora insolubles del conocimiento, para mejorar las

condiciones de vida, disminuyendo su ferocidad y aspereza, abriendo las mentes y los corazones para una mejor comprensión recíproca.

Así se realiza la gran transformación por etapas. Como fue abolida la esclavitud, así también mediante providencias sociales estatales será abolida la miseria; de este modo, como cada individuo, por el nacimiento, tiene derecho a la libertad, así también tendrá derecho a aquel mínimo que le es indispensable para vivir, aunque mezclado con el deber del trabajo. Serán inauguradas nuevas formas de vida social y, en el seno de los nuevos sistemas, podrá madurar mejor el individuo. La vida opera sus transformaciones biológicas por etapas. El interés colectivo disciplinará cada vez más el desordenado interés individual. El más vasto egoísmo de la unidad colectiva circunscribirá y reabsorberá siempre más en sí el limitado egoísmo individual. El poderío y las ventajas de la organización social vencerán la anarquía del individuo rebelde. Esto, por etapas, hasta que sea eliminado el egoísmo absoluto, para el cual la justa medida del dar y del recibir, es "todo para sí y nada para los demás". A lo largo de este camino de subida, el hombre podrá ir verificando los beneficios de la disciplina, porque el orden, al cual él debe esforzarse por obedecer, vuelve a él después por parte de los demás, como reciprocidad, para su ventaja. De esta forma él verá cuán mejor podrá vivir también como individuo en un régimen de orden, que en un régimen de caos. En la selva, el hombre podría gozar de modo absoluto aquella libertad que tanto le agrada. Mas, él prefiere vivir en la ciudad, donde normas numerosas le limitan aquella libertad. Esto porque la libertad de la selva incluye luchas y peligros que desaparecen en las ciudades, las cuales le ofrecen otras utilidades desconocidas en otras partes.

La mayor recrudescencia de la lucha, lo que más nos mantiene apartados del amor evangélico, es el asalto de las necesidades materiales. Es verdad que no basta haberlas satisfecho con el bienestar para que el hombre se torne espiritualizado. Pero también es verdad que no se puede hablar de cosas espirituales a un hambriento, ni decir que es preciso sacrificarse por otros a quien precisa de todo. El problema del amor evangélico es, por tanto, también un problema económico. El amor es bastante difícil entre hambrientos que necesitan disputarse el alimento. El hombre quiere la satisfacción concreta de sus necesidades y no se satisface con sentimentalismo teóricos. Ni con éstos, ni tampoco con guerras y revoluciones se crean medios. Para elevar el nivel económico, el medio positivo es el trabajo para producir mayores frutos. Con una distribución diferente de la poca riqueza total existente, podrán mejorar algunos, pero en conjunto, el nivel de vida general se mantiene bajo. Entonces, será mejor una sociedad en la cual sean todos más ricos por el hecho de que todos trabajan y producen, aunque allí no sea distribuida la riqueza con justicia, que una sociedad en que ésta es distribuida con justicia, pero todos son pobres porque nadie trabaja ni produce.

En el terreno práctico, el "ama a tu prójimo" es un problema de distribución ecuánime de derechos y deberes. Dado que de la nada, nada puede nacer, es evidente que para

poder alegar derechos contra el organismo colectivo, es necesario realizar en su favor todos los deberes propios. Para recibir es preciso dar. Sin duda, el instinto del primitivo es tomar sin dar, y en esto él hace consistir su sabiduría. Pero este procedimiento puede ser utilitario y productivo en un régimen de caos en que el individuo está solo en un ambiente hostil. Este sistema se torna anti-utilitario y contraproducente en un régimen de orden, en que el individuo necesita completarse con todos los demás, cada uno especializándose en una función diferente, en una sociedad orgánica. En esta sociedad el individuo que quiere vencer subyugando con la lucha ya no encuentra lugar, y el hombre actual sería allí eliminado. En esta sociedad la honestidad de todos es la primera condición de la ventaja y del bienestar de todos. El trabajo deberá producir un producto genuino, y el mercado deberá ofrecer una mercancía no falsificada, pues de otra forma el dinero sólo podrá comprar engaños y perderá valor para todos. Quien roba al prójimo, no dando nada a cambio del valor que apaña, roba a la sociedad humana de la que forma parte y así termina robándose a sí mismo. Con este sistema se desvaloriza el poder adquisitivo de la moneda, llega la carestía a las naciones y se arruinan los pueblos. En tal sociedad los ladinos que creen haber vencido engañando al prójimo, hallarán un ejército de otros ladinos como ellos, y la vida se volverá para todos una pelea feroz, hasta que, engañadores y engañados, caigan todos en la misma ruina. Pero, el hombre actual está tan alucinado por su exclusiva ventaja inmediata, que no comprende que es imposible encontrarse solamente con quien haga la parte de víctima para sufrir el perjuicio; y siendo así, tantos movimientos iguales, todos sumados en el mismo sentido, no pueden dejar de llevarlos a todos hacia el mismo desastre. El mal depende de la ignorancia absoluta de las leyes de la vida o del hecho de pensarse que ellas pueden ser violadas impunemente. Conclusión: son necesarios, para que el hombre comprenda como debe comportarse, los sufrimientos que él mismo busca, y que son hasta pocos delante de aquellos que él provoca y merece.

“Ama a tu prójimo” será el concepto base de las sociedades futuras más evolucionadas. En éstas, la riqueza será una función social en las manos de los dirigentes para el bien de todos, y no un medio de ventaja exclusiva y egoísta. En ese nuevo mundo el poder político o gobierno será una misión a desempeñar con la tarea de guiar a los pueblos para su bien y progreso, y no el fruto de feroz lucha contra los rivales para conquistar una posición de dominio, sólo en su beneficio egoísta. Nuestra sociedad está en las antípodas del “ama a tu prójimo”. Hoy se vive el principio opuesto: “aplasta a tu prójimo, antes que tu prójimo te aplaste”. Nuestra evolución emerge del caos, que es nuestro pasado, pero camina hacia el orden y la armonía. En nuestro planeta y dentro de nosotros existen todos los recursos para hacer de la Tierra un jardín y de nosotros unos ángeles. Dios nos dio todos los medios, pero el esfuerzo de procurarlos, desenvolverlos y utilizarlos con conocimiento, debe ser nuestro. El desenvolvimiento de la sensibilidad y de la inteligencia nos llevarán a comprender la tremenda estupidez del fraude, de la explotación, de la violencia, tanto en guerras como en revoluciones, y la gran utilidad de la honestidad, de la paz y de la colaboración. La evolución consiste, sobre todo, en la

reorganización del caos. El paso hacia la fase del “ama a tu prójimo”, forma parte de esta reorganización. Reorganización del caos del ambiente externo de nuestro planeta y reorganización de nuestro mundo interior, también tomado por el caos de los instintos elementales y por las tinieblas de la ignorancia.

Este es el diagnóstico del mal y el remedio para curarlo. Procuremos, todos nosotros, introducir en nuestra vida la mayor dosis porcentual del Evangelio que podamos soportar. Aplicarlo todo, cien por ciento inmediatamente, requiere la fuerza de los santos. Mas comencemos por etapas, tratando de aumentar las dosis en proporción que aumenten nuestras fuerzas. Será un gran esfuerzo, pero ciertamente podremos hacerlo, cuando tomemos conciencia de que es este esfuerzo el que da, aunque pequeña, su contribución a la obra grandiosa de la regeneración de la sociedad humana, llevándola de la animalidad a la verdadera civilización. Seremos los pioneros de los grandes continentes inexplorados del espíritu. Esparzamos a cada momento alrededor nuestro, actos de sinceridad y de bondad. Las vibraciones de cada movimiento jamás se pierden, y alcanzan distancias inimaginables. Y con el tiempo volverán hacia nosotros en forma de bendiciones y de beneficio propio. “Quien hace el bien, se lo hace a sí mismo, y quien hace el mal, se lo hace a sí mismo”. Comencemos teniendo la buena voluntad para hacerlo. No tratemos de justificar nuestra pereza diciendo que esta subida es muy difícil; ni escapar a nuestras responsabilidades, echándole la culpa a los demás. Empecemos cultivando nuestras virtudes, y no exigiéndoselas al prójimo. Procuremos amarlo en vez de importunarlo sacándole sus defectos, y no pidamos que haga los sacrificios y esfuerzos que hallamos demasiado arduos para nosotros.

No olvidemos que no estamos solos. Quien se encamina por esta vía no puede dejar de tener el auxilio de Dios, que ayuda a todos en los esfuerzos que tienden hacia la realización de su Ley. Dios dirige el gran camino de la evolución a través del cual atrae a todos los seres hacia sí. Dios dirige la Historia y el desenvolvimiento del progreso humano, cambiando hacia nuevos tipos de civilización en que el espíritu dominará. Los hombres de buena voluntad serán arrastrados en la corriente de la onda histórica, que les valorizará el esfuerzo, haciéndoles alcanzar resultados inesperados.

No nos espantemos por el hecho de que ahora nos hallamos en el fondo del descenso de la onda de la evolución, es decir, en pleno período involutivo expresado por el materialismo. Quien conoce la estructura del fenómeno sabe que el descenso preludia el progreso hacia lo Alto y que, en breve, en el inicio del nuevo milenio, nos espera una reacción fecunda y constructiva en dirección espiritual. Su resultado será el nacimiento del nuevo tipo de civilización, La Nueva Civilización del Tercer Milenio, en que el espíritu triunfará y la materia será su esclava. En esta civilización el Evangelio no será sólo pregonado, sino vivido, inclusive por las instituciones sociales. Es pues la naturaleza misma del presente momento histórico que, como nunca, torna actual la aplicación de la máxima del Amor Evangélico, porque rápidamente se está acercando el

día en que finalmente se tornará una realidad la palabra que Cristo lanzó como su mayor recuerdo y su mayor enseñanza:

“AMAOS LOS UNOS A LOS OTROS COMO YO OS AMO”.

PIETRO UBALDI Y SU OBRA

A las 08:30 minutos de la noche del 18 de Agosto de 1886, nació Pietro Ubaldi, en Foligno, una pequeña ciudad italiana cerca de Asís. En aquella región impregnada de la espiritualidad de San Francisco, inició su contacto con este mundo, que siempre le pareció muy extraño por el juego desesperado de egoísmos, fruto de la ignorancia general de las leyes de la vida, el cual percibió, desde muy joven.

Ubaldi procuró estudiar esas leyes en los libros. Mas descubrió que ellos poco le ofrecían de la sustancia que en vano procuraba. Se graduó en Derecho en la Universidad de Roma (profesión elegida por sus padres, pero jamás ejercida) y en Música (ofrecimiento, también de sus progenitores), se convirtió en políglota, y hablaba fluidamente, Inglés, Francés, Alemán, Español, Portugués, conocía Latín y Griego.

Era un hombre de una cultura envidiable. Su tesis de grado en la Universidad de Roma, fue sobre la EXPANSIÓN COLONIAL Y COMERCIAL DE ITALIA HACIA EL BRASIL, muy alabada por el jurado examinador y publicada en 1911, en un volumen de 266 páginas por la Editora Ermano Loescher & Cia, de Roma, Italia. La escuela secundaria y la universitaria no le auxiliaron en su angustiosa sed de conocimiento. Comenzó entonces un periodo de intenso sufrimiento que fue su contacto con la vida de todos los días, con los hombres de todas partes, lo que constituyó una gran preparación para su espíritu. Había heredado de su padre una gran fortuna que no quiso considerar como suya por no haber sido producto de su esfuerzo personal, y a ella renunció y comenzó a trabajar como profesor de inglés en un colegio estatal en Módica, en Sicilia, después de ser aceptado en concurso público, siendo éste el medio que encontró para su sustento conforme le dictaba su conciencia.

En 1931 tenía 45 años. Se inicia entonces su gigantesco trabajo. Su inspiración alcanza alturas jamás soñadas, dando explicación genérica, sintética y profunda de toda la fenomenología universal, analizando al mismo tiempo y objetivamente, su evolución y la de toda la humanidad a través de 24 libros escritos que constituyen La Obra. Sus libros

van siendo esparcidos por toda Italia, pero poco después, la guerra por un lado y la mentalidad europea con su conocida tendencia a la cristalización (saturada de culturas seculares) no parecía ser el terreno apropiado para esta novedosa semilla que fructificaría en el espíritu humano a través del tiempo. En el verano italiano de 1932, comenzó a escribir La Gran Síntesis, concluida el 23 de Agosto de 1935 a las 23:00, hora de Roma. Este libro, con cien capítulos, escrito en cuatro veranos sucesivos, fue traducido a varios idiomas. Solamente en Brasil ya alcanzó veinte ediciones y otras realizadas en Uruguay, México, Argentina, Italia y Venezuela. Otros volúmenes, verdaderos manantiales de sabiduría cristiana, surgieron en los años siguientes, completando los diez libros escritos en Italia. Esta parte de La Obra está compuesta de:

Grandes Mensajes
La Gran Síntesis
Las Noúres
Ascensión Mística
Historia de un Hombre

Fragmentos de Pensamiento y de Pasión
La Nueva Civilización del Tercer Milenio
Problemas del Futuro
Ascensiones Humanas
Dios y Universo

En 1951 Pietro Ubaldi realizó su primer viaje a Brasil, invitado a realizar una serie de conferencias por todo el país. Finalmente, en Diciembre de 1952, se instaló definitivamente en tierras brasileñas, escogiendo su domicilio en San Vicente, “célula mater” de Brasil, en el estado de Sao Paulo. En 1953, retornó a su misión apostolar, y continuó la recepción de los libros y recibió el último mensaje, “Mensaje de la Nueva Era”, del Libro *Grandes Mensajes*. Dos años después se mudó con su familia al edificio “Nueva Era” (pura coincidencia, nada tiene que ver con el mensaje mencionado anteriormente), donde completó su misión, la segunda parte de La Obra, llamada Brasileña, porque fue escrita en Brasil. Allí desencarnó a los treinta minutos del 29 de Febrero de 1972, después de concluir su último libro (24º): *Cristo*. Ambos acontecimientos fueron previstos en su libro Profecías, escrito con 16 años de

anticipación. Ubaldi considera que Brasil es realmente el país más propicio para el gran movimiento de transformación de la Tierra, rumbo a la nueva civilización del tercer milenio. Los catorce volúmenes escritos en Brasil son:

Profecías
Comentarios
Problemas Actuales

El Sistema
La Gran Batalla
Evolución y Evangelio
La Ley de Dios
La Técnica Funcional de la Ley de Dios
Caída Y Salvación
Principios de Una Nueva Ética
El Descenso de los Ideales
Un Destino Siguiendo a Cristo
Pensamientos
Cristo

Escritores católicos, espiritualistas, espiritistas, filósofos, poetas y científicos rindieron homenaje a Pietro Ubaldi y a su Obra. Entre ellos: Ernesto Bozzano, Marc'Antonio Bragadim, Antonio D'Alia, Gino Trespioli, Paolo Zoster, Enrico Fermi, Ricardo Pieracci, Franco Lanari, Paola Giovetti, Moris Ulianich, Antonio Pieretti, Monseñor Mario Canciani, Cura Anthony Elenjimittam, Dario Schena Sterza, Cura Ulderico Pasquale Magni, Albert Einstein, Isabel Emerson, Gaetano Blasi, Maurice Schaerer, Humberto Mariotti, F. Villa Guillon Ribeiro, Carlos Torres Pastorino, Canuto de Abreu, Clóvis Tavares, Medeiros Corrêa Júnior, Monteiro Lobato, Rubens C. Romanelli, Emmanuel, Augusto dos Anjos, Cruz e Souza, etc..

Después de analizada su Obra, se puede constatar la magnitud y el interés palpitante que ella encierra para la humanidad de nuestros días. Pietro Ubaldi nunca pretendió hacer prosélitos, formar grupos o desencadenar luchas ideológicas. Insistiendo en estos puntos, declara en sus libros que el único propósito es hacer el bien y contribuir para que este mundo alcance, cuanto antes, su madurez espiritual.